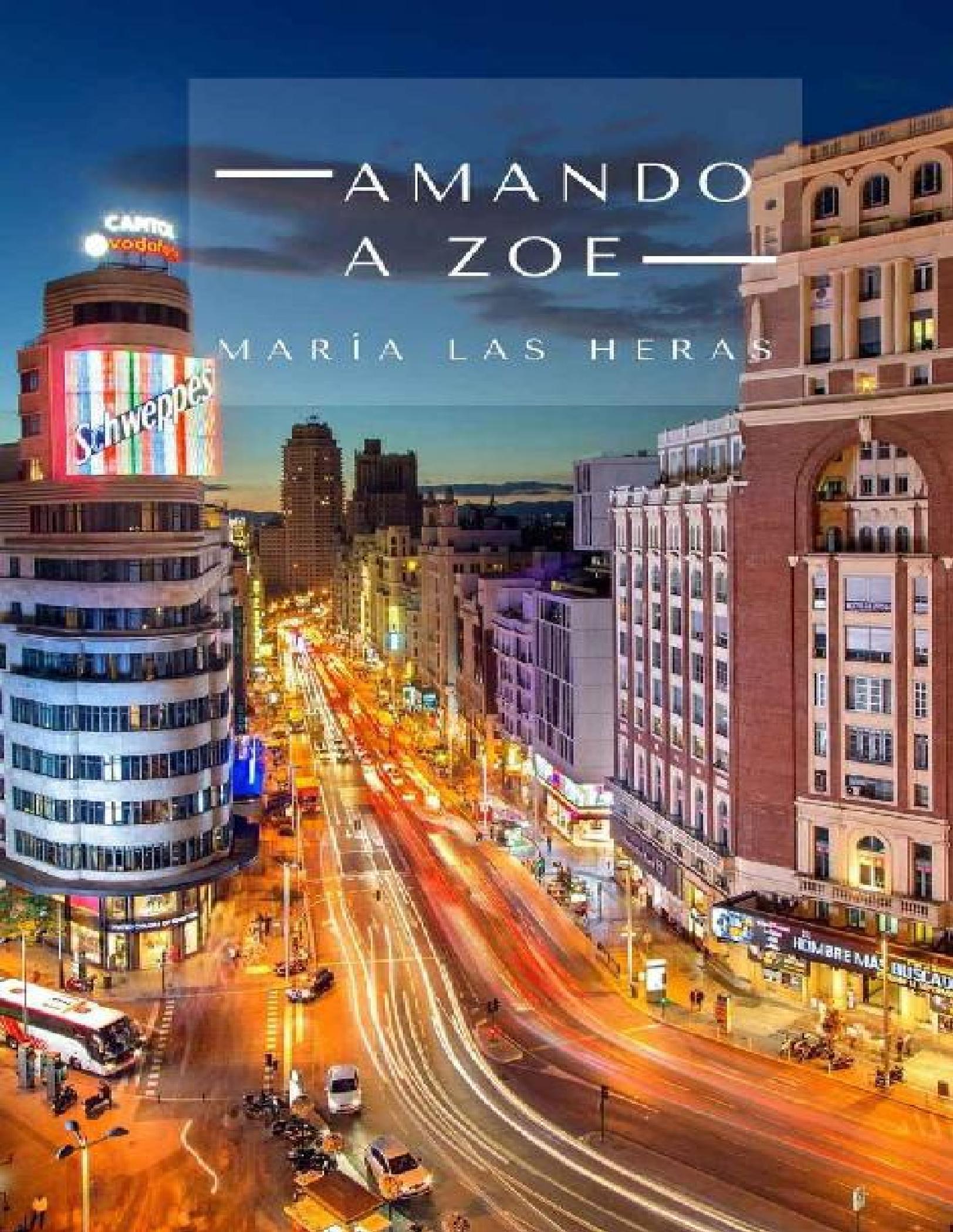


— AMANDO  
A ZOE —

MARÍA LAS HERAS



# AMANDO A ZOE

## Una novela sobre los límites del amor por María Las Heras

*Un encuentro casual, como cualquier otro llevó a Lucía; quien creía conocerse, quien creía tener definida su forma de amar, a descubrir los límites de la pasión de la mano de quien le llevaría a conocer, más allá de las fronteras del bien y el mal, mucho más allá de los límites, el verdadero amor, el que no conoce barreras y que permanece etéreo en el aire que respiran los amantes*

*¿Qué serías capaz de hacer por amor? ¿Cuál es el límite?*

*Una situación al borde del abismo, un plan desesperado, un final inesperado y un amor lleno de pasión eterna...*

*Todos tenemos, hemos tenido, tendremos o deseáramos tener una Zoe en nuestra existencia*

© María Las Heras, [2019]

Todos los derechos reservados.

## *Agradecimientos*

*A las mujeres y al hombre de mi vida;*

*A mi mujer, Cris, sin la cual ni esto ni nada sería posible, mi pasión, mi locura, mi más allá.*

*A mi madre, Mercedes, por transmitirme tanto amor por las letras, tanto sentido crítico y tanta voluntad de que el conocimiento vaya un poquito más lejos.*

*A mi padre, ese genial loco que amó y odió la vida.*

*A mi sobrina, Victoria, que renueva cada día mi ilusión por lo que vendrá, mi esperanza de que el futuro no es gris.*

*Y a todos mis amigos por quererme sin comprenderme y nunca dejar de compartir conmigo mi éxito ni mi derrota.*

*A todos ellos porque yo no sería lo que soy sin ellos y a cualquiera que sienta, ame, goce y sea, como yo.*

# *INDICE*

## Capítulo 1

Dios juega a los dados

Topic

Por favor, térmalo

La cartera

Madrid sonrú

Minutos que parecen horas

Las cañas

En línea

Al que espera...

Redes sociales

Un café

Muros invisibles

Cada cerradura tiene su llave

Quitapenas

Como la brisa del mar

Ábreme la puerta

Limón y sal

¿Quién eres?

El Gamo

## Capítulo 2

Encuéntrame

Órdago

La relatividad del tiempo

No llores

Contigo al fin del mundo

Afortunada

Conociéndonos

Las putas llaves

Te quiero

### Capítulo 3

Sillón, película y Zoe

Mentiras

Besos y fresas

Todo el tiempo del mundo

Obras son amores

La mudanza

Que parezca un accidente

Convaleciente

Orden de alejamiento

### Capítulo 4

Malas noticias

Ángel de la guarda

Para siempre

Amenazas

Hot Madrid

La familia

Chicago – Madrid

Duérmete

Sin culpa

El regreso

## Capítulo 5

La verdad siempre termina saliendo a la luz

Preparativos

Recibimiento

La boda

La confesión

Sin fronteras

Septiembre

Presunción de inocencia

## Capítulo 6

Como cada mañana

Cabos sueltos

¿Qué sabes?

La miel en los labios

Tiempo muerto

El plan

No dejaré que te toque

Ahora me toca a mí

Quédate

Formateando el disco duro

## Capítulo 7

Los muertos flotan

El barrido de frecuencia

Dibujando a Zoe

## Capítulo 8

La verdad es relativa

Abriendo puertas y cerrando heridas

## Capítulo 9

Todo pasa y todo queda

La calma que precede a la tormenta

La declaración

La compasión

El agradecimiento

La espera

La caja

Adrano

[La libertad](#)

[La vida sigue](#)

[Sobre la autora](#)

# Capítulo 1

## Dios juega a los dados

Llevaba meses con esa sensación. Que la vida estaba pasando a mi lado como un tren que pasa por la estación y no para...

Es curioso lo difícil que es para los seres humanos aprender de la experiencia, y ya no digamos de la observación y lo fácil que es cometer una y otra vez los mismos errores. En eso andaba yo, en cometer los mismos errores.

Cuando sonó el teléfono estaba ya decidida a plantar batalla al tedio, a sacar de mi esa molesta sensación. Lo que desde luego no sabía es cuanto iba a cambiar mi vida a partir de ese momento.

—Sí, ¿quién es? —Contesté.

—Hola, ¿eres Lucia? —Una voz de mujer sonó al otro lado.

—Soy Lucia, ¿Quién eres tú? —No reconocí aquella voz.

—Soy...mira, he encontrado tu cartera, por eso te llamo. —Dijo ella atropelladamente.

—¿Mi cartera? Y, ¿de dónde has sacado mi teléfono? —Pregunté extrañada.

—Bueno, rio, la verdad es que no ha sido fácil, si quieres ya te lo explico cuando nos veamos... —Contestó sin más.

Todo aquello era un poco raro, ni siquiera era consciente de haber perdido la cartera, pero la voz que me hablaba sonaba dulce e inocente así que decidí confiar.

—Bien, ¿cuándo podemos quedar y dónde? —Pregunté.

Hubo una pausa y cuando ya empezaba a ser molesta..

—¿Conoces el Topic? He quedado allí con unos amigos esta tarde. —  
Dijo ella

—No. —Contesté rápidamente.

—Te mando la ubicación, ¿a las 7 te va bien? —Preguntó.

Me quedé apenas unos segundos pensando y contesté:

—Sí, allí estaré. Oye y gracias.

—¿Por? —Preguntó.

—Por lo de la cartera. —Reí.

—Ah. —rio también—. Sí, de nada. Hasta luego.

—Adiós.

Me quede sentada mirando la pantalla de mi móvil, como si eso me fuera a dar más detalles de quien era la misteriosa benefactora que esa mañana de tedio y reflexión se había colado en mi vida. De sobra sabía que mi euforia era del todo desproporcionada, pero me dejé llevar, era tan dulce el momento que no estaba dispuesta a desaprovecharlo.

## **Topic**

Eran las cinco de la tarde, sentía que traicionaba a “Federico García Lorca” con mi inconsistente emoción y me daba igual, me sentía feliz.

Me tomé mi tiempo para elegir cuidadosamente la ropa, como si aquella desconocida, de la que no sabía ni su nombre hubiera llegado para cambiar mi vida.

Sonó el móvil, era la ubicación del Topic, vi que no estaba demasiado lejos y como me sobraba tiempo decidí ir dando un paseo. La primavera estaba perturbadoramente presente fuera de mis cuatro paredes. Me lamenté de no haberlo visto antes.

Cuando entré en el Topic estaba sonando Happy Together, me pareció un momento increíble. Vi una mesa que parecía reservada para mí y me senté. Eran las siete menos cuarto.

## **Por favor, termínalo**

Mientras esperaba saqué mi libreta y me puse a dibujar, era una inseparable amiga, me protegía de la soledad y de los malos pensamientos, estaba llena de dolor y desamor y también de emociones y esperanza. Mi vida, la real, estaba en aquellas libretas, que se podían deshojar como margaritas: me quieres, no me quieres, te quiero, no te quiero...

Embebida en mis dibujos no me percaté de que frente a mi unos enormes ojos verdes me acompañaban en aquel íntimo pero público momento. No fue su mirada ni su voz lo que me sacó de mi aislamiento, sino su embriagador perfume, la miré con los ojos cerrados, temiendo abrirlos y que ese sueño se me escapara entre los dedos como la arena y la sal...entonces ella acercó suavemente sus dedos a mi boca y habló:

—No pares por favor, termínalo.

Obedecí.

Cuando hube terminado, arranqué la hoja de mi libreta, la doblé y escribí : “por la primera vez”, ella se guardó el dibujo y me sonrió.

## La cartera

Lo malo de empezar un encuentro tan poéticamente, es que luego cuesta mucho encontrar las palabras con las que romper sin dolor ese momento. Afortunadamente para mí fue ella quien nos devolvió a la realidad.

—Toma tu cartera. —Dijo con voz rotunda.

—Gracias, ¿dónde la encontraste? —Pregunté.

—Vi cómo se te caía después de pagar en aquel antro. —Afirmó mientras la dejaba sobre la mesa.

—¿Antro? —Pregunté extrañada.

—Sí, creo que se llama Sound. —Dijo ella.

—Ah, si el Sound, tocaban unos amigos. ¿Qué hacías tú allí? —Pregunté.

Me sonrió dejando claro que no iba a responder, así que no insistí.

—¿Cómo te llamas? —Pregunté

—Zoe. —Dijo mientras se dibujaba en su cara una enorme sonrisa.

—Le di las gracias y le pedí que me dejara al menos invitarla a una cerveza. Me miró fijamente sin dejar de sonreír y me dijo:

—No es necesario, no lo he hecho por eso.

—Ya imagino. —Reí

—Me tengo que ir, ya te dije que había quedado con unos amigos.

—Es cierto. —Asentí

Se levantó de la mesa y yo hice lo mismo, me acerque a ella para darle dos besos y entonces me susurro en el oído:

—Llámame otro día.

—Sí, adiós. —Le contesté mientras me ruborizaba ligeramente.

—Adiós Lucía. —Me dijo mientras se marchaba sin dejar de mirarme.

## Madrid sonrío

Cuando salí del Topic tuve la impresión de que la gente me sonreía, de que los árboles me acariciaban, de que las calles me acunaban. No sé porque me sentía tan feliz, realmente no había ningún motivo, sólo en mi fantasía aquello era principio de una historia, pero eso, allí y entonces me valió.

Al llegar a casa revisé la cartera, no por desconfianza sino con la

esperanza de encontrar algo de ella, algo olvidado, dejado caer, entremetido, algo que confirmara que no era yo la única que soñaba, pero no hallé nada.

## Minutos que parecen horas

Eran las diez y media cuando el exprimidor del vecino me despertó. Subí la persiana y sonreí al sol, hacía un día precioso.

El chat de amigos estaba increíblemente activo, me preparé el desayuno y me senté a leer la retahíla de propuestas y emoticonos. Lola que siempre era más madrugadora intentaba movilizarnos para salir al campo, al final todo quedó en tomar juntos unas cañas antes de comer. Contesté que me apuntaba.

De pronto recordé a Zoe. Me apetecía muchísimo volver a verla, pero llamarla tan pronto...me di cuenta de que no había guardado su número, lo localicé en seguida y lo guardé en la agenda. Respiré aliviada. No podía parar de darle vueltas y con cada una se acrecentaban mis ganas de llamarla pero no quería parecer ansiosa. Pensé escribirle un WhatsApp y lo hice, pero no lo envié.

## Las cañas

Cuando llegué al bar ya estaba casi todo el mundo allí, Santi que estaba pidiendo una ronda me hizo la señal inequívoca y luego levantó su pulgar en señal de aprobación a mi respuesta afirmativa. Me dirigí a la barra para ayudarle a llevar las cañas.

—Siempre la última. —Me dijo Lola.

—Alguien tiene que serlo, como tú la primera... —Le dije con ligero desdén.

Lola y yo éramos amigas porque nos conocíamos desde el colegio, pero a parte de un gran cariño no nos unían muchas más cosas, bueno sí, que las dos habíamos salido con casi todos los chicos del grupo. Siempre me pareció que entre nosotros había una endogamia preocupante. En este momento, todas las parejas eran externas, cada vez que alguien se traía un ligue nuevo me daba la sensación de que él o la pobre se iba pensando que lo nuestro no era un grupo de amigos, mas bien un club de intercambio de parejas.

A las cuatro ya nos habíamos bebido todas las cañas del bar, algunos empezaron a levantarse pero yo no tenía ganas de irme a casa. Se me pasó por la cabeza proponer tomar unas copillas, pero la verdad es que no era allí

donde quería estar, así que me movilicé con los demás y sin alargar mucho la despedida, inicié un camino que ni yo misma sabía a dónde me llevaría.

## **En línea**

Cuando ya hube perdido a todos de vista me senté en un banco para pensar. Eran las cuatro y veinte de la tarde una hora malísima para llamar por teléfono, aunque buena si lo que se quiere es ser el primero en proponer un plan. Siempre he sido bastante impulsiva y esta vez no iba a serlo menos. Cogí el móvil y empecé a escribir a Zoe, me di cuenta de que estaba en línea y el corazón se me aceleró. Escribí: “hola, no he dejado de pensar en ti desde el otro día”, me invadió el pánico...comencé de nuevo: “hola, ¿te apetece que tomemos algo esta tarde/noche?”. Le di a enviar, ya no había vuelta a atrás. Miré la hora del mensaje y guardé el móvil en el bolsillo, en un intento por controlar mi ansiedad.

Había pasado más de media hora y aún no tenía respuesta, sabía que lo había leído. Me levanté un poco taciturna, una puta nube había tapado el sol. Irme a casa y llamar a algún amigo para salir esta noche me pareció la “menos mala” de las soluciones.

## **El que espera...**

De camino a casa me sentía decepcionada y también porque no decirlo, algo avergonzada. Aquello no tenía sentido, Zoe no era mi amiga y aunque sin duda había despertado en mí emociones imposibles de negar, ni siquiera sabía si ella había sentido lo mismo. Quizá sólo le había gustado mi dibujo y quiso ser amable en su adiós...¡pero no! Ella me había susurrado que la llamase otro día, no susurras a alguien si te es indiferente. Quizá la pillé ocupada y no podía contestarme en ese momento. He de decir que la paciencia no es mi principal virtud, sólo recurro a ella cuando no me queda otra y esta era una de esas veces, así que a esperar tocaba.

Subir a casa me parecía una derrota, me di la vuelta cuando estaba casi en la puerta. Un café en el bar de enfrente me daría un poco más de tiempo, no lo dudé.

## **Redes sociales**

Las redes sociales me daban un poco de pereza. Al principio cogí Facebook con mucho ímpetu: amigos actuales, compañeros del cole, compañeros de la facultad, amigos del verano, ligues de la noche, familia...tenía tal revuelto social que ya no podía subir nada sincero sin vetar al menos al cincuenta por ciento de mis contactos. El resto de las redes las usaba a penas para marcarme momentos “fan” y enterarme de lo que se movía por la red.

Me pareció un buen momento para repartir “likes”.

## Un café

Estaba tan absorta en mi tarea que no me percaté de que hacía varios minutos que alguien me miraba fijamente, levanté lentamente la cabeza y “boom”, sentí como toda la sangre de mi cuerpo se agolpaba en mis mejillas.

—Hola, ¿me puedo sentar contigo? —Era Zoe de nuevo mirándome con aquellos ojos mágicos.

Me quedé bloqueada, no me salían las palabras.

—Lucía, ¿estás Bien? —Preguntó.

—Sí, sí, perdona, claro siéntate. —Le dije al fin.

Se me agolpaban las preguntas, quería saber por qué no me había respondido y sin embargo estaba allí, sentada frente a mí, sonriéndome provocadora. No podía dejar de mirar su boca, quería besarla, decirle que no había dejado de pensar en ella ni un sólo instante desde que sonó el teléfono y oí su voz por primera vez. Ella rompió el hielo.

—Esperaba verte dibujando, no mirando el Facebook — Me dijo con sonrisa burlona.

—Yo no esperaba verte... —Le dije intentando que no sonara a reproche.

—Me extraña, tu mensaje no decía eso. Bueno, tu segundo mensaje. Me habría gustado saber qué pusiste en el primero...

¿Como demonios sabía eso? El maldito WhatsApp me había delatado: escribiendo...en línea...escribiendo.

## Muros invisibles

Poco a poco me fui relajando, la conversación era un puro tonto, ella se mostraba retadora en todo momento y yo me sentía como un cervatillo encañonado, me di cuenta de que no podía luchar contra eso, así que me dejé

llevar.

Tenía muchas preguntas, para mí era un gran enigma todo lo que rodeaba a Zoe. Parecía conocer todos y cada uno de mis pasos, antes incluso de que yo decidiera darlos, y yo, sin embargo, no sabía absolutamente nada de ella, sólo su nombre, sólo que la deseaba. Aquello era nuevo para mí. No voy a negar que alguna vez me había fijado en otras chicas y que en alguna fiesta entre copas y excusas me había besado con alguna, pero luego todo se quedaba en eso, por comodidad o por miedo, o porque hasta ahora no había sentido nada lo suficientemente fuerte como para dar el paso.

—¿Por qué no respondiste a mi mensaje? —Le pregunté sin venir a cuento.

Ella se levantó y se sentó en la silla mas cercana a mí, me puso la mano suavemente en la cara y acercando sus labios a mi oído me susurró:

—¿Acaso no es esto una respuesta?

Quería girar la cara y besarla, el corazón se me salía por la boca, la miré, estaba tan cerca que podía sentir su respiración en mis labios y entonces me entró el miedo. ¿Y si me rechazaba? Bajé la mirada y me retiré de su boca. Sentí como se incomodaba, pero ya no había marcha a atrás, ella quitó su mano de mi cara y noté una tensión en todo su cuerpo hasta ahora desconocida. Quise acercarme de nuevo pero había un muro entre nosotras, invisible pero imposible de saltar. Se levantó, me miró fijamente y me dijo:

—Me voy, cuando tengas valor para enviarme el primer mensaje que escribiste quizá volvamos a vernos.

Me quedé callada y dejé que se marchara, así, sin una sonrisa si quiera, sentí que una lanza se me clavaba en el corazón. La miré mientras se alejaba, quería correr detrás de ella, pero no lo hice. Me levanté, pagué al camarero y me fui a casa.

## **Cada cerradura tiene su llave**

Sentí un tremendo vacío. Me senté con el teléfono en las manos, quería escribirle ese mensaje, el que ella adivinó y a la vez no quería hacerlo. Cuantas más vueltas le daba más confusa me sentía. ¿Qué me estaba pasando?

Cuando volví a mirar el reloj eran más de las ocho, aún sostenía el móvil pero la confusión había dejado paso a una profunda melancolía. Su imagen tan cerca y luego tan lejos se repetía una y otra vez, como la última escena de una película en la que mi personaje se iba poco a poco diluyendo para al final

desaparecer.

Abrí el chat de amigos, tenía que salir de ese bucle enfermizo: “¿Alguien se apunta a unas copillas?” En menos de quince minutos ya tenía plan para esa noche. Sonreí por primera vez en muchas horas.

## Quitapenas

Aquella noche lo di todo: la reina de la pista, la reina de la barra y por supuesto la reina de los retos absurdos, esos por los que acabas en la cama con el guapo de turno. Pero yo esa noche sólo quería sexo, nada que se pareciera ni de lejos al amor romántico, así que todo terminó en un polvo mal echado en el baño de la discoteca, un chupito para celebrarlo y si te he visto no me acuerdo.

A las seis de la mañana nos echaron a patadas de la disco, mi estado era ciertamente lamentable pero no quería quedarme sola. Mendigué compañía entre mis amigos, sólo convencí a Santi para irnos a desayunar. Santi fue mi primer novio del colegio, llevábamos la vida juntos, éramos como hermanos, él nunca me fallaba. Me confesó hace años que era gay, fue un trauma, yo siempre había pensado que por muchos tumbos que diera en la vida al final terminaríamos casándonos. Me costó, pero cuando lo asumí descubrí en él a mi mejor amigo, la tensión sexual que durante años me había bloqueado desapareció y la confianza y la complicidad se multiplicaron por mil.

Desayunamos una hamburguesa bien grasienta en el bar de enfrente de mi casa, tengo comprobado que es un gran antídoto contra la resaca. A las siete estábamos los dos en mi portal.

—Quédate a dormir conmigo, por favor. —Le dije con una seriedad que no se correspondía en absoluto con la juerga que nos acabábamos de correr.

—Claro tonta, ya me contarás mañana. —Me dijo sin dudarlo.

## Como la brisa del mar

Me desperté a las doce, tenía una resaca de campeonato. Me escurrí como pude de los brazos de Santi, con cuidado para no despertarlo y me fui directa a la ducha. Abrí el grifo y dejé que el agua helada me vapuleara, poco a poco se fue volviendo mas cálida y entonces Zoe volvió a mi mente, sentí sus manos dibujando ríos en mi piel, bebí sus labios y sentí su cuerpo fundiéndose con el mío. Salí del baño a medio secar, cogí el móvil y escribí:

“no puedo dejar de pensar en ti” y se lo envié.

No quise pararme a pensar en lo que había hecho, no quise tener miedo, ni siquiera quise dejarme llevar por la ansiedad de esperar su respuesta, simplemente lo hice y sentí la profunda paz que da la confesión de lo negado.

A la una menos cuarto Santi salió del dormitorio.

—Buenos días Lucía. —Me dijo con voz de ultratumba.

—Buenos días. Dúchate si quieres y preparo el desayuno. —Le dije sonriente.

Preparé café y zumo natural y lo llevé a la mesa de la terraza, se estaba genial allí.

—Tengo ropa limpia de mi hermano en el armario pequeño, coge lo que quieras. —Le grité desde la terraza.

—OK. —Dijo él.

Hacia un día imponente, el sol nos calentaba la piel y una leve brisa nos refrescaba lo justo. No parecía Madrid sino algún lugar cerca del mar.

Manteníamos una animada charla cuando sonó un mensaje en mi móvil, me quedé paralizada...¿y si era ella? Tenía que verlo, así que fui a por él, desbloqueé la pantalla y allí estaba: “...” ¡Puntos suspensivos! ¿Pero qué mensaje era ese? Me quedé mirando el teléfono, incrédula. Santi se levantó de la mesa, me dio un beso en la mejilla y me dijo:

—Me voy guapa, luego hablamos.

—Vale Santi, gracias. —Le dije mientras le despedía en la puerta. Santi siempre sabía cuando irse.

## Ábreme la puerta

Cerré la puerta y cogí de nuevo el móvil. Zoe estaba en línea, pero no escribía, claramente esperaba a que yo lo hiciera. Me confundían esos puntos suspensivos, eran un “dame más” o un “te estás equivocando conmigo”, decidí arriesgarme y escribí: “ Si me susurras de nuevo al oído no dejaré que se me escapen tus labios”, entonces vi que estaba escribiendo y el corazón me dio un vuelco: “Ábreme la puerta”. Corrí a abrir, no había nadie, ¿era una metáfora acaso?

¡Claro la puerta de la calle! Cogí el telefonillo y pregunté:

—¿Zoe?

—Ábreme Lucía. —Dijo sin más.

Al poco sonó el ascensor, dejé abierto y retrocedí unos pasos para evitar

que las murallas invisibles me paralizaran, entró cerrando suavemente la puerta tras de sí. Me acerqué a ella, apoyó su mejilla en la mía y me dijo:

—Aquí tienes tu susurro.

La miré un instante, la cogí suavemente hasta dejarla a un centímetro de mi boca y en voz muy baja, tanto que apenas podía oírse le dije:

—Aquí tienes tu beso.

No se cuanto tiempo estuvimos besándonos, creo que todo el día, mi casa se transformó en un inmenso tálamo, no quise dejar ni un rincón sin el recuerdo de sus caricias. Al final, exhaustas física y emocionalmente nos quedamos dormidas, una sobre otra, adheridas, enlazadas...fundidas.

## Limón y sal

A las ocho menos cuarto sonó el despertador, lo apagué rápidamente para no despertar a Zoe, no tenía ninguna intención de separarme de ella, así que llamé a la Facultad donde estaba becada en un proyecto de investigación mientras terminaba la tesis doctoral, para decir que no podía ir debido a una incómoda gastroenteritis.

Me senté al borde de la cama para contemplarla, ¡era preciosa! Me acosté a su lado con mucho cuidado y aproveché un leve movimiento suyo para envolverla con mis brazos, acaricié su espalda, sentí su piel en mi piel. Zoe abrió ligeramente los ojos y me sonrió. La besé y ella me besó, trepó por mí hasta parecer un reflejo en el agua, sentí que me deshacía en sus manos que recorrían mi cuerpo y me dejé llevar por aquella pasión tan brutal, sólo me preguntaba como podía haber vivido hasta entonces sin ella. Hicimos el amor durante horas, sin hambre, sin sueño, sin miedo.

Estábamos en la ducha cuando sonó su teléfono, cogió una toalla y salió del baño. Se me hizo eterna la espera, como no volvía decidí salir a buscarla. La encontré sentada en la cama, prácticamente vestida.

—Tengo que marcharme. —Me dijo bajando la mirada.

—¿No quieres comer algo antes de irte? Deberíamos reponer sales minerales. —Le dije con sonrisa pícaro.

—No, en serio me tengo que ir. —Dijo ella

Zoe se incorporó y se dirigió directa a la puerta de la calle, sin pasar por mí. Corrí hacia ella pero sólo para verla marchar. Me quedé unos instantes aferrada al picaporte de la puerta hasta que finalmente me decidí a cerrar.

## ¿Quién eres?

Habían sido las veinticuatro horas más intensas de mi vida, la huida de Zoe me tenía un poco desconcertada, pero decidí justificarla. Seguramente llegaba tarde al trabajo, o había quedado con su madre para ir de compras, sí, sí, eso debía ser, a una madre no se la puede hacer esperar.

Eran casi las cuatro de la tarde, me había saltado comida, cena y desayuno...mi estómago me lo confirmó. Abrí la nevera y encontré un tupper de albóndigas de mi madre, ¡perfecto!

Ya hacía dos horas que Zoe se había marchado y todo ese tiempo lo había pasado flotando en un flash de imágenes, saltaba de la ternura a la pasión y de ahí al ensueño ignorando la última escena, que claramente no pertenecía a la misma película. De pronto me di cuenta de que se me había apagado el móvil, eso no me había pasado en mucho tiempo, tras ponerlo a cargar tuve que esperar un par de minutos hasta que conseguí encenderlo, cuando lo hice empezaron a saltar mensajes y avisos, como si acabase de aterrizar de un vuelo a Indonesia...

Comencé a contestar por orden de importancia, mi madre, los compañeros de la facultad, el chat de amigos y dejé para el final a Santi. Tenía dos mensajes suyos , uno de las once de la noche del domingo: “¿Todo bien?” Y otro de las diez de la mañana “Me he pasado a verte por el laboratorio y me han dicho que estabas con gastroenteritis, extraño nombre para un ligue, ja ja ja.”

Santi me conocía muy bien, no le podía engañar, llevábamos juntos desde el colegio proporcionándonos coartadas el uno al otro, teníamos prácticamente el mismo “modus operandi”, así que le contesté sin rodeos ni explicaciones: “¿Te tomas unas cervezas esta tarde?” En menos de un minuto tenía su respuesta: “Desde luego, ¿te va bien a las seis?¿Dónde siempre?”, le confirmé con un pulgar arriba.

Antes de vestirme me senté un momento en la terraza, quería decirle algo a Zoe, intenté no parecer ansiosa pidiéndole vernos otra vez, ni fría, ni excesivamente apasionada, intenté adivinar qué querría ella que le escribiese y entonces caí en la cuenta, no sabía absolutamente nada de ella, ¿a qué se dedicaba?¿Cuantos años tenía?¿Dónde vivía? Sonreí pensando cómo se podía conocer a alguien tan íntimamente y a la vez tan poco. Decidí escribir lo que me pedía el cuerpo: “te echo de menos”.

**El Gamo**

Vi a Santi sentado en la terraza de El Gamo. Llevábamos yendo allí desde antes de tener edad legal para beber. El Gamo aseguraba una larga jornada de cañas y buenas tapas, era uno de esos sitios donde tomarse la penúltima es una ley.

Nos saludamos y sin más rodeos me preguntó:

—¿A quién te estás tirando zorrón?

Me reí, me resultaba imposible ocultarlo, otra cosa era que él pudiese imaginar lo que realmente había pasado. Insistió:

—Venga, dame detalles de tu gastroenteritis.

—Vale, vale. Déjame que pida una caña y ahora te cuento. —Le dije mientras le hacía una señal a José, el dueño del Gamo.

Tras un refrescante sorbo de cerveza empecé a contarle todo lo que había pasado. Aunque me costó mucho conseguí utilizar el género neutro en toda mi narración, quería dejar lo mejor para el final. Él me escuchaba atento, prácticamente sin preguntar nada, entonces aprovechó una pausa mía para hacerlo:

—¿Y cómo se llama ese enigmático amante? —Me dijo con sonrisa pícaro.

Respiré profundamente, le miré a los ojos y tras ruborizarme ligeramente contesté:

—Zoe, ella se llama Zoe.

—¿Zoe? ¿Ella? ¿En serio?. —Dijo sorprendido.

Estaba claro que mi manejo del neutro había sido perfecto...

—¿Te parece mal? —Le pregunté frunciendo ligeramente el ceño.

—No, desde luego que no, estaría bueno que precisamente a mí me pareciera mal, es sólo que no me lo esperaba.

Me cogió las manos y volvió a preguntar:

—¿Pero vais en serio? ¿Estás saliendo con ella?.

A eso no sabía que contestarle. Estuvimos hablando muchas rondas, le conté como me sentía de feliz y cuantas incertidumbres tenía, cómo se había ido de mi casa y que aún no tenía respuesta a mi último mensaje. Le enseñé la foto de su perfil de WhatsApp que era la única que tenía de ella y mientras lo hacía me percaté de que estaba en línea, pero no escribía...El mensaje lo había recibido y leído, pero por algún motivo no me respondía. No quería perder los nervios ni dejarme invadir por la ansiedad, seguro que había una razón para aquel silencio, siempre la hay, yo sólo esperaba que la razón no fuera cruel

conmigo.

Ya era tarde y yo llevaba suficientes cañas como para que al día siguiente se creyeran en mi trabajo que había estado con gastroenteritis, de todas formas, como mi futuro era tan incierto en aquel momento pedí una cita médica por si las cosas se torcían. Pagamos y me fui a casa.

## Capítulo 2

### Encuéntrame

Había pasado más de una semana desde aquel mensaje sin respuesta. Era un mensaje claro y sincero y su silencio era una certeza de que aquello no había sido para ella lo mismo que para mí. No voy a negar que estuve a punto de escribirle un millón de veces, pero yo no era nada masoquista y me había propuesto no sufrir más de lo necesario y eso, por supuesto, pasaba por olvidarla. Casi lo estaba consiguiendo cuando aquel mensajero llamó a mi puerta:

—Traigo un paquete para Lucía Ramos. —Dijo mostrándome una caja de tamaño medio.

—Soy yo. —Contesté

—Firma aquí por favor. —Dijo mientras me entregaba el paquete con un bolígrafo y un albarán sobre él.

Cerré la puerta y puse la caja sobre la mesa, yo no esperaba ningún envío, aquello me tenía bastante intrigada. Miré la dirección del remitente, pero no me dio ninguna pista, era una empresa de la que no había oído hablar nunca con dirección en un polígono industrial en San Fernando de Henares, no obstante recorté la etiqueta en la que aparecían los datos de la empresa por si en algún momento pudiera necesitarla. Quité el resto de la bolsa y abrí la caja de cartón, dentro de ella había una caja más pequeña, parecida a las que se usan para guardar los relojes. La abrí despacio, como si temiera que explotase al hacerlo. Dentro de la caja había una bolsita de terciopelo, la palpé antes de desatar el cordón que la cerraba, lo hice y le di la vuelta para vaciar su contenido. De ella salieron dos llaves y quedó asomando un pedazo de papel. Tiré del papel y lo desplegué, en él decía: “Encuéntrame”

Me quedé hipnotizada, mirando aquel papel y las dos llaves, sabía que era Zoe quien me las enviaba. Le di vueltas a la caja, a la bolsa, hasta al papel de burbujas buscando alguna pista que me llevara a la solución del enigma, pero no hallé nada concluyente. Era bastante obvio que una de las llaves era de un portal y la otra de una puerta blindada, ¿pero de dónde? Madrid es muy grande como para empezar a probar la llave en todos los portales, tenía que haber alguna pista más, algo que me dirigiese al menos a una zona determinada. Se me ocurrieron tres sitios por los que empezar a buscar, cerca

del Topic, cerca del Sound o bien cerca de mi casa, no tenía ninguna otra referencia espacial de ella. Descarté los dos últimos y decidí centrarme en la zona del Topic. Me puse unas deportivas y con las llaves en el bolsillo salí de casa dispuesta a encontrarla.

## Órdago

Cuando iba de camino al Topic empecé a pensar en que coño estaba haciendo. ¿Realmente tenía sentido aquella búsqueda? Llevaba ocho días sin saber nada de ella, de los cuales al menos cinco intentando olvidarla y a la primera de cambio me prestaba a sus juegos dejándome llevar como una marioneta. Me paré en seco. Miré al suelo, toqué las llaves en el bolsillo y me di la vuelta.

Ya en casa saqué una cerveza de la nevera y me senté en la terraza mirando al infinito. Quería escribirle y preguntar de que iba todo aquello, pero pensaba que no me iba a responder. De pronto se me ocurrió, ¿por qué no hacer que aquel juego fuera para las dos? Tenía que tentarla con algo que fuera lo suficientemente atractivo como para comprar sus pistas...¿pero qué?

Cogí las llaves, les hice una foto y busqué una imagen de un candado en forma de corazón, hice un pequeño montaje y se lo envié, bajo la imagen puse: “Tengo dos llaves y un candado, ninguna de ellas lo abre ¿Por qué piensas que quiero encontrarte?” Yo sabía que aquello era un órdago, pero si ella no lo veía quizá no mereciera la pena jugar la partida.

Me sentí aliviada, como si me hubiese quitado una correa del cuello. Dejé el móvil sobre la mesa y empecé a beberme tranquilamente mi cerveza. No habían pasado ni diez minutos cuando recibí su mensaje: “Es posible que yo tenga la llave que te falta, mientras la busco esto es lo que veo por la ventana...”, bajo el texto había una foto, la reconocí en seguida, era mi calle, apenas dos o tres portales más arriba.

Reconozco que aquello me perturbó un poco, de pronto me sentí observada. Hasta ese momento no se me había ocurrido pensarlo pero ¿y si no era más que la víctima de un maquiavélico plan? Nada había sido normal desde que la conocí, ella tenía muchos datos míos y yo ninguno suyo. Decidí tomar algunas precauciones. Calculé aproximadamente el portal desde el que había hecho la foto y fui al dormitorio, que era la habitación con ventana más cercana al objetivo, mientras disimulaba regando las plantas coloqué entre las macetas una pequeña cámara web que me había traído mi hermano de China.

Nunca hasta ese momento le había encontrado ninguna utilidad, pero aquel día di gracias por la tecnología que tanto nos facilita la vida.

Abrí el ordenador en el salón y me dispuse a una larga tarde de espionaje, puse el software en modo grabación para no perder ningún detalle. Cuando ya tenía todo preparado sonó el teléfono, era Santi proponiéndome unas cañas, al principio dudé, pero luego me pareció una excusa perfecta para no acudir esa misma tarde a la enigmática cita.

Estuve con él hasta las once de la noche, en varias ocasiones estuve a punto de contarle lo que estaba sucediendo, pero en parte por no parecer una paranoica y en parte por mantener la cabeza fría decidí no hacerlo. Además él venía muy ilusionado con un chico al que había conocido hace unos días y con el que pensaba que podía haber algo más, ese tema nos dio para casi toda la velada. Nos despedimos en mi portal con el compromiso de vernos el fin de semana para que me presentara al chico.

## **La relatividad del tiempo**

Cuando llegué a casa tenía cuatro horas y pico de grabación. Me preparé un cubata y me senté a ver lo que se había grabado, tenía la esperanza de que Zoe hubiese salido de alguno de esos portales, dándome la pista o más bien la evidencia que andaba buscando. Pasé toda la película a la velocidad más rápida que me permitía el programa. De aquel portal salió y entró mucha gente en ese tiempo pero no ella desde luego. Estaba a punto de dar la sesión por perdida cuando caí en algo que sucedía en la tercera planta de aquella casa. De pronto se abrió una ventana por la que asomaron unas manos que apuntaban directamente hacia mi terraza con los dedos índices extendidos para terminar haciendo la figura de un corazón. Indudablemente era Zoe, sólo eran sus manos pero no pude evitar estremecerme al verlas. Miré la hora de la grabación, las siete y seis. Me sentí un poco perdida, en mi gran plan de espionaje no había pensado que hacer si ella aparecía. Todo mi esfuerzo de la última semana por olvidarla se fue al traste, deseaba tanto volver a verla...

Miré el reloj, eran más de las doce, me moría por coger aquellas llaves y entrar en su casa, pero había pasado demasiado tiempo desde su mensaje, demasiado tiempo desde que ese corazón asomó por su ventana y aunque yo llevaba nueve días esperándola esas cinco horas me parecían una eternidad insalvable.

Ya había decidido que no iría esa noche, pero no quería que el silencio

fuera mi única respuesta así que decidí escribirle un mensaje y cruzar los dedos: "Zoe, ese corazón que asomaba por tu ventana es el mismo que te esperó tres días, que te lloró cinco y que estaba empezando a olvidarte apenas hace veinticuatro horas. ¿De verdad quieres probar si tu llave lo abre?" Su respuesta no se hizo esperar: "Sí".

## No llores

Me quedé dormida en el sillón del salón con el móvil en una mano y las llaves en la otra, me despertó un rayo de sol sin piedad que entraba por la terraza. Me sobresalté pensando que llegaba tarde al laboratorio pero pronto caí en que ese jueves era fiesta en Madrid: era San Isidro. Vi que el ordenador seguía grabando, pensé en cerrarlo y olvidar todo aquello, pero la curiosidad dominó mi decisión.

Me preparé un café y me senté a verla. Pasé rápido la grabación, había muy poco movimiento, sólo unos pocos fiesteros que volvían a casa en la madrugada y de pronto, a eso de las cinco de la mañana se abrió la ventana de Zoe, ella se asomó, encendió un cigarro y se puso las manos en la cara, luego apoyó los brazos en el alfeizar y la cabeza sobre ellos, hice el máximo zoom que el programa me permitía. No cabía duda, estaba llorando. Se me encogió el corazón. Me sentí culpable por no haber escuchado los motivos de su ausencia, culpable por haber desconfiado de ella y culpable por no haber cogido esas putas llaves para ir a verla. Era una sensación desoladora, no podía quedarme de brazos cruzados, así que me di una ducha rápida y salí a la calle con las llaves en mi bolsillo.

En la esquina de la plaza había un puesto de flores, cogí el ramo más bonito que vi y me dirigí a su portal, probé la primera llave que entró sin resistencia. Miré los buzones para asegurarme del piso: era el 3ºB. En su buzón tachado había otro nombre: Carlos Alejo Robles, quizá había sido el anterior inquilino, o algún amigo con quien compartió piso, en ese momento no quise pararme a pensar. Salí del ascensor, su puerta quedaba justo en frente, saqué la segunda llave y la introduje en la cerradura, la giré y la puerta se abrió. Me quedé unos segundos parada, sin atravesar el umbral, con las flores en una mano y el corazón en la otra.

Había llegado hasta allí, ya no tenía sentido acobardarse así que entré. Era una casa antigua, de techos altos y grandes ventanales. La puerta de la calle daba directamente a un pasillo con dos puertas cerradas a cada lado y

una al fondo abierta, que se veía claramente que era el salón. Me dirigí allí aunque sabía que no era donde la encontraría pero me parecía menos invasivo, obviamente no la encontré. No quería tener que abrir las cuatro puertas así que hice un cálculo mental y concluí que la segunda puerta de la derecha era la suya. La abrí lentamente, la persiana estaba bajada y me costó acostumbrar los ojos a tan poca luz, pero no necesitaba verla, olía tanto a ella. Adiviné una cama al fondo de la estancia, me senté a su lado contemplándola sin atreverme a tocarla. Me incliné lentamente sobre ella y la besé, abrió los ojos y me rodeó con sus brazos.

—Te estaba esperando. —Me dijo mientras me llevaba de nuevo a su boca.

Retiró la sábana que la cubría, estaba completamente desnuda, cogió mis manos y las guio sin preámbulos, sentí como se estremecía con cada movimiento de mis dedos, aquello era tremendamente morboso. Su cuerpo se retorció, su respiración se agitaba, sentí como se tensaban sus músculos y estallaba toda aquella pasión, todo aquel desbordante placer. Sentí como su cuerpo se relajaba, me desnudé y me tumbé a su lado y ella apoyó su cabeza en mi pecho, sus lágrimas resbalaron por mi cuerpo.

—Perdóname. —Dijo mientras sus manos bajaban suavemente por mis ingles.

—Que otra cosa puedo hacer. —Le contesté secando sus lágrimas y llevando su boca a la mía para besarla apasionadamente.

Me fundí en ella durante horas, me daba miedo salir de aquella habitación y volver a perderla y ella lo sabía. Yo no quería estropear el momento pero necesitaba algo a lo que agarrarme.

## **Contigo al fin del mundo**

Sonó mi móvil, era el chat de amigos: “cañas por el patrón”. Me senté en la cama. Zoe me miraba curiosa.

—Son mis amigos proponiéndome un plan. —Le dije para ver su reacción.

—¿Qué plan?. —Preguntó.

—Nada especial, nuestras tradicionales cañas por San Isidro. —Contesté quitándole importancia.

—¡Ah! ¿Y vas a ir? —Me preguntó mientras se incorporaba.

Decidí lanzarle un órdago.

—Sólo si tú vienes conmigo. —Sonreí.

Me cogió la mano y sonriendo me dijo:

—Contigo iría al fin del mundo.

Cogí el móvil y contesté: “contad con dos más”, la respuesta no se hizo esperar, a los pocos segundos se disparó la actividad del chat, con una retahíla de interrogantes y elucubraciones sobre mi misterioso acompañante. Sólo Santi permaneció en silencio. Cuando se hubo calmado un poco el gallinero contesté: “Voy con Zoe”. No sabían quien era Zoe, pero todos pensaron que tan sólo era alguna nueva amiga que se apuntaba sin más y su curiosidad desapareció.

## Afortunada

Para variar llegamos al bar las primeras, ni Lola estaba allí. Quería coger un buen sitio, no tener que separarme de Zoe ni un centímetro. Poco a poco fueron llegando, la última fue Marta, ¡ya estábamos todos!

Zoe charlaba y reía relajada como si los conociese de toda la vida, yo sin embargo estaba más callada que de costumbre, la contemplaba y pensaba en cuándo sería el mejor momento para contarles quien era ella para mí. Pablo me abrió el camino, él siempre trataba de ligarse a cualquier tía nueva que apareciera en el grupo y si además era guapa podía ponerse muy pesado.

—Bueno Zoe y tú ¿tienes a alguien? Porque yo ahora estoy solo. —Le dijo guiñándole un ojo.

Ella se ríó y me miró, sentí que me ponía roja, pero no pasaba nada porque todos la miraban a ella.

—Es muy tentador pero sí, tengo a alguien. —Dijo mientras bajaba ligeramente la mirada.

—¡Vaya! ¡Qué afortunado! —Dijo Pablo

—Afortunada, con “a”. —Le corrigió sonriente Zoe. —Esta vez voy yo a por la ronda, ¿cuántas?.

Todos levantamos la mano.

Pensé, ahora o nunca:

—Chicos, tengo que contaros algo. Yo soy la afortunada que está con ella.

Hubo un breve silencio, salvo a Santi a nadie se le había pasado por la cabeza que pudiese ser yo. Pero pronto fue Pablo de nuevo el que rompió la tensión.

—Tía, que seas lesbiana me la pela pero que te lleves a una tía buena ya me jode. —dijo mientras me espachurraba entre sus brazos.

Nos reímos todos.

Cuando Zoe volvió con las cervezas, supo sin que yo le dijera nada que había confesado, así que las repartió una a una dejando la mía para el final, me miró a los ojos y me plantó un beso de los que hacen historia. Mis amigos a partir de la cuarta ronda podían ser muy escandalosos, mientras Zoe me besaba oía los silbidos, los gritos y los golpes con las cañas en la mesa. Creo que no hubo nadie en el bar que no nos viera besándonos, fue una salida del armario de lo más pública.

Ese día si hubo copas tras las cañas, cada vez que Zoe iba al baño o a pedir uno o varios de mis amigos me asaltaban con preguntas, algunas más y otras menos afortunadas...

A las tres de la mañana ya no me cabía ni una gota más de alcohol en el cuerpo y no era la única, la jornada había sido dura. Cogí a Zoe de la mano y le pregunté si le apetecía que nos fuéramos, asintió con la cabeza. Nos despedimos de los que quedaban y emprendimos el camino de vuelta.

Era un paseo corto, apenas quince minutos, pero tardamos mucho más. No hubo banco, farola o árbol en el que no nos paráramos a besarnos. Yo me sentía un poco mareada, pero me daba igual, en ese momento se podía haber acabado el mundo y no se me habría borrado la sonrisa.

Al fin llegamos a nuestra calle, no tenía ninguna intención de separarme de ella, así que la miré y le pregunté:

—¿En tu casa o en la mía?

Me sonrió. Saqué las llaves del bolsillo y sin soltarle la mano la llevé hacia mi portal.

Cuando llegamos a casa estábamos agotadas. Nos quitamos la ropa y nos quedamos dormidas, una sobre la otra, a mitad del último beso.

## Conociéndonos

Por la mañana me desperté temprano, yo no solía dormir más de seis horas, en cualquier otro momento me habría levantado como un resorte, pero no ese día. Me acerqué a Zoe, estaba profundamente dormida, la cogí con mucho cuidado, se dejó llevar como un niño. Aunque no quería despertarla no podía evitar acariciarla, su cuerpo era una tentación y su olor me volvía loca. Decidí contenerme y dejarla descansar un rato más.

Me acordé, de la webcam y del software espía. No era la mejor manera de empezar una relación que alguien descubra que le espiabas por desconfianza. Me levanté sigilosamente, quité la cámara de la ventana, fui al salón, donde había dejado el portátil. Llevaba más de un día grabando, lo detuve pero no lo borré. Cerré el portátil y volví al dormitorio.

Cuando entré Zoe se estaba despertando, me hizo un signo con el dedo para que me acercara a ella, me quité la camiseta que me había puesto para no andar desnuda por la casa y me tumbé de nuevo a su lado.

Esa mañana fue distinta, hicimos el amor por supuesto, pero también nos reímos y hablamos mucho. Descubrí que ella sabía muchas menos cosas sobre mí de las que yo había pensado. Lo mío era fácil porque yo no sabía absolutamente nada de ella, me contó que tenía veintidós años y estaba terminando Filosofía, no me extrañó.

Me contó que sus padres vivían en Chicago y tenía dos hermanos, que ella se había quedado en Madrid para terminar la carrera con su hermano mayor, pero que hace unos meses se separaron porque los dos tenían pareja y el cuarteto no funcionaba bien. Le pregunté si ese tal Carlos Alejo era su novio y me contestó que lo era hasta hacía algo más de una semana. Entendí por qué había desaparecido del mapa esos diez días. No pude evitar preguntarle si le había dejado por mí. Me sonrió y me susurró al oído:

—No lo quieras saber todo.

Decidí no hacerle más preguntas de momento. Cerré los ojos y me dejé llevar por el inmenso placer de sentir sus labios recorriendo mi cuerpo, se apoyó en mi vientre, me miró con sus inmensos ojos verdes y mientras recorría lentamente los últimos centímetros me dijo:

—Te quiero.

Sentí que aquel instante daba sentido a toda mi vida, si se podía sentir algo así desde luego que este viaje merecía la pena. Quería decirle que la amaba, quería pedirle perdón por haber desconfiado de ella, pero no dije nada, al menos en voz alta.

El resto del puente de San Isidro fue un puro idilio, salimos, bebimos, paseamos agarradas de la mano, nos besamos y nos amamos sin importarnos qué, quien, dónde ni cuándo.

## **Las putas llaves**

El domingo, mientras preparábamos algo de cenar caí en la cuenta de que

Zoe no tenía llaves de mi casa. Le ayudé a llevar las cosas a la mesa y cuando se hubo sentado le dije:

—Espérame un momento.

Fui al dormitorio y cogí de la mesilla el juego de llaves que solía dejarle a mi hermano cuando venía a verme. Volví al salón con las llaves escondidas en mi puño. Me acerqué a ella y apoyando la rodilla derecha en el suelo, lo puse sobre su mano extendida, la abrí lentamente dejando caer las llaves y pregunté:

—¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Ella me miró, dejó las llaves sobre la mesa y con un gesto serio que no había visto hasta ahora me habló:

—Lucía, cuando cada día la primera y la última frase que salga de tus labios sea “te quiero”, entonces y sólo entonces mi respuesta será sí.

Sentí que me reventaba el corazón, quería decirle que así era, que aunque no se lo decía lo sentía a cada momento, pero no habría resultado creíble. Bajé la mirada y me senté a cenar. Cenamos en silencio y cuando terminamos se levantó, me dio un beso, rápido y frío y me dijo que se iba a casa, que mañana tenía clase.

Oí como se cerraba la puerta, quería salir detrás de ella, gritarle que la quería, rogarle que no se fuera, pero no lo hice. Vi las putas llaves sobre la mesa y les eché la culpa a ellas, las apreté en mi mano hasta notar como se me clavaban y las lancé contra la pared con todas mis fuerzas.

Me asomé a la terraza para ver como se marchaba y entonces la vi, estaba hablando con un chico delante del portal de su casa, abrió la puerta y ambos entraron. Yo nunca había sido celosa, pero aquella imagen y todo lo que mi angustiada mente se estaba imaginando me reventaba las entrañas. Apagué todas las luces y me quedé allí durante horas, mirando su ventana, esperando una señal que no llegó.

## Te quiero

Se me pasó por la cabeza no ir a trabajar, pero me lo pensé mejor. Ella tampoco iba a estar en casa y quedarme era una tortura sin sentido. Además en el laboratorio teníamos una prueba importante programada. Hice bien, porque ese día fue muy productivo y al menos durante unas horas pude dejar de pensar en ella.

Otra cosa fue la vuelta a casa, ahí ya no pude ni quise sacarla de mis

pensamientos. Tenía claro que no quería perderla y que iba a hacer todo lo que fuese necesario. Comencé a urdir mi plan.

Antes de subir a casa pasé por la papelería y compré una cartulina enorme. Escribí bien grande para que pudiese verlo desde su ventana: “Zoe te quiero”. Cogí un folio y lo llené de “te quiero”, al final escribí: “Estas son todas las veces que lo he sentido y no te lo he dicho, si tu quieres te lo diré cada mañana y cada noche durante el resto de mi vida. Si me abres la puerta te lo diré en persona”

Coloqué la cartulina en la terraza, cogí las llaves de su casa y subí a su piso, pegué la oreja a su puerta para comprobar que estaba dentro, deslicé un sobre por debajo de la puerta con cuidado de no hacer ruido. Cogí el móvil y escribí: “Asómate a la ventana”. Sonó la puerta y luego la persiana de su cuarto. Esperé unos segundos y volví a escribir: “Ahora coge el sobre que hay junto a la puerta”. Oí como lo abría y desplegaba el folio, estábamos a menos de un metro la una de la otra, un metro que podía separarnos para siempre si ella no abría la puerta. Se me hizo eterna la espera. Oí como se alejaba por el pasillo, no podía creerlo. Entonces me llegó un mensaje: “Tienes mi corazón y tienes mi llave, la puerta siempre ha estado abierta para ti”.

Saqué la llave del bolsillo y abrí la puerta. Zoe estaba mirándome desde el salón. Me acerqué lentamente a ella y saqué mis llaves del bolsillo y mirándole a los ojos le dije:

—Te quiero.

Y dejé las llaves sobre la mesa. Ella me agarró de la cintura y me susurró al oído:

—Ni la mitad de lo que yo te quiero a ti, pero me vale.

Puse cara de protesta, pero no me dio tiempo a abrir la boca porque ya sus labios rozaban los míos y llegado ese punto el resto me daba igual.

## Capítulo 3

### Sillón, película y Zoe

Ya llevábamos juntas varias semanas. Para mí aquella estaba siendo sin duda la más bonita historia de amor que había vivido. Cada instante me parecía un sueño. Cada minuto me enamoraba más de ella. La inseguridad de los primeros días había desaparecido totalmente.

Respecto a la vida práctica todo era un poco caótico, la que llegaba primero a casa marcaba el lugar de residencia del día, la mitad de mi armario y la mitad del suyo viajaban de un lado al otro y había mañanas en las que nos vestíamos la una de la otra por no cruzar la calle, o más bien por no separarnos ni un minuto antes de lo necesario.

Era viernes por la tarde, yo los viernes no trabajaba así que la esperaba en casa. Ella se quedaba a tomar algo con los compañeros después de clase. Yo no solía apuntarme, las dos entendíamos perfectamente que debíamos dejar pequeños espacios privados.

Llegó a casa a las diez y media, estaba un poco seria, me dio un beso y se metió en la ducha. Yo no estaba acostumbrada a su distancia. Me acerqué a la puerta del baño y la oí llorar. Entré y la encontré sentada en la bañera, con el agua cayéndole encima y las manos tapándose la cara. Me acerqué y la acaricié, ella se abrazó a mí. Como pude, sin soltarla, me quité la ropa y me senté detrás de ella protegiéndola con mi cuerpo. Dejé que se llenara la bañera. Poco a poco se fue calmando hasta que se quedó dormida sobre mi pecho. El agua se estaba empezando a enfriar, abrí el grifo y eso la despertó.

—¿Estás bien cariño? —Le dije acariciándola con ternura.

Me miró y acurrucándose aún más en mí me dijo:

—Te quiero.

—No más que yo a ti, pero me vale. —Le contesté.

Nos reímos con complicidad.

Cuando salimos del baño su cara había cambiado, de nuevo volvía a sonreír. Yo me sentía bien por haberla ayudado, pero a la vez estaba intrigada por el motivo de su tristeza. No quería preguntarle para no atraer de nuevo aquellos fantasmas que habían nublado su corazón. Lo dejé pasar, ya habría ocasión de saciar mi curiosidad.

Si Zoe me había enseñado algo era que romper la felicidad nunca trae

nada bueno.

Cuando nos sentamos a cenar eran casi las doce, nos daba igual, los horarios convencionales nunca marcaban nuestros tiempos. Le pregunté si quería salir a tomar algo después y me contestó que no. Sillón, película y Zoe me pareció el plan perfecto para aquel viernes.

## Mentiras

Cuando desperté Zoe se había ido. Fui a la cocina y encontré el desayuno preparado y bajo una rosa roja una nota: “Tengo que salir. Volveré lo antes posible. Te quiero”

Era la primera vez en mucho tiempo que me despertaba sin sus besos y “lo antes posible” era un espacio de tiempo indefinido que me ponía nerviosa.

De pronto oí que llegaba un mensaje, pero no era mi móvil, era el de Zoe. Se lo había dejado sobre el mueble del baño. No pude evitar la tentación y lo leí. Era un mensaje de Carlos: “¿Dónde coño estás? Llevo media hora esperándote” Aquello me dejó helada. No quise entrar en la conversación para que el mensaje no pareciera como leído. Dejé de nuevo el móvil en el baño y me senté pensativa en la terraza.

A las dos y pico vi a Zoe saliendo de su portal, cruzó la calle y al poco sentí que abría la puerta. Se fue directamente al baño y cerró. A los dos minutos salió y me dio un beso como si no hubiera pasado nada. Pero todo aquello era muy raro: la escapada matinal, el mensaje de su ex y la llegada a casa con parada previa en el baño...muy raro.

—¿Qué tal has pasado la mañana? —Preguntó sonriente.

—Muy sola sin ti. —Le dije con ligera ironía.

Se notaba que no quería dar explicaciones.

—Me cambio y te preparo la comida. Hoy te voy a hacer algo especial.

—Me dijo mientras sacaba de una bolsa una botella de vino y algunas viandas que había comprado en su escapada.

Mientras se cambiaba dejó el móvil en la barra de la cocina. Yo sabía que aquello no estaba bien, pero no lo pude evitar. Lo cogí y entré en la conversación de WhatsApp que tenía con su ex. Había borrado el último mensaje, pero aquello no era todo, la conversación se extendía al menos dos semanas y todos los mensajes estaban borrados. Cuando la oí llegar dejé con cuidado su móvil y disimulé cogiendo un vaso de agua.

Decidí darle una oportunidad y le pregunté:

—¿Cómo es que has salido tan pronto esta mañana?

La miré fijamente esperando su respuesta, ella apartó la mirada y dijo:

—Hugo necesitaba unos apuntes para el examen de la semana que viene, se los iba a fotocopiar ayer pero se me pasó, hemos estado dos horas buscando una fotocopidora barata, los sábados están todas cerradas...Además tenía que empezar a preparar con él el trabajo de fin de curso. Nos hemos liado más de lo que pensaba.

Alguien dijo alguna vez que las mentiras tienen que ser sencillas. Si me hubiera dicho que había quedado con su ex para devolverle algo, yo habría cerrado el capítulo inmediatamente, pero no lo hizo, me mintió y yo lo sabía.

## Besos y fresas

Todo lo que me preparó estaba delicioso. Su actitud de amante entregada y servicial era irresistible para mí. Con cada nuevo bocado me regalaba un sutil momento de pasión. Me resultaba difícil terminar la comida, quería llevármela a la cama, pero ella me frenaba suavemente, yo sabía que no me dejaría marchar hasta el postre. Se levantó, cogió en una mano las fresas en almíbar y con mi mano en la otra me llevó hasta el dormitorio. Dejó las fresas en la mesilla, me sentó en el borde de la cama y empezó a desnudarse lentamente. Cogió mis manos y las guio por su cuerpo desnudo, yo ya conocía el camino. Mientras se estremecía con mis caricias empezó a desnudarme, ya nada podía frenar aquella desbocada pasión. Se tumbó a mi lado y dibujó un camino de fresas en su cuerpo, mientras me las comía pensaba que sin duda ese era el mejor postre de mi vida.

Jugamos durante horas. Hacía mucho que no nos dedicábamos un tiempo indefinido. Recordé por qué la amaba tanto, por qué no podía estar sin ella.

Quería decirle: “No me mientas. Dime que te pasa, puedo entender cualquier cosa. Confía en mí”, pero callé, no por miedo, quería darle la oportunidad de hacerlo, cuando estuviese preparada lo haría. Yo no tenía duda de su amor y ella no era una mentirosa. Ese día, en ese momento, sentí que me entregaba a ella sin condiciones. Cogí su mano y la puse sobre mi corazón, me acerqué a su oído y le dije:

—Tenías mi cuerpo y mis pensamientos, ahora tienes mi corazón, haz con él lo que desees.

Me miró sonriendo y me dijo:

—Ese es el “te quiero” que necesitaba oír cada mañana y cada noche.

Le sonreí y nos fundimos en un beso infinito.

## Todo el tiempo del mundo

Nos levantamos de la cama casi a la hora de cenar, los platos de la comida estaban aún sobre la mesa. Ella empezó a recoger pero yo la paré, le dije no con la cabeza y le pedí que se sentara tranquilamente mientras lo hacía yo. Salió a la terraza a fumar un cigarro. Yo la veía a través del cristal, había sobre ella un halo de tristeza. Cuando terminé salí y ella al verme sonrió inmediatamente. Me senté a su lado, le di un beso y sin más rodeos le dije:

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

Ella me miró, sabía perfectamente porque se lo decía.

—No sé por dónde empezar. —Me dijo bajando la mirada.

Yo no quería presionarla, pero si ayudarla. Le dije que sabía que había quedado con Carlos por la mañana, que había visto el mensaje sin querer y que pese a lo que pudiese parecer, confiaba absolutamente en ella.

—Déjame un poco de tiempo y te lo contaré todo. Para mí no es fácil. — Dijo mientras me acariciaba la cara.

—Tienes todo el tiempo del mundo. Sólo te pido una cosa: no me mientas por favor. —Le dije con gesto de súplica.

—Nunca más, te lo juro. —Dijo mirándome a los ojos.

Había demasiada carga emocional en aquel piso, así que le propuse salir a cenar y ella aceptó.

La cena transcurrió muy animada, hablamos de nuestros pasados, nos contamos pequeños secretos, arreglamos el mundo, todo ello acompañado de innumerables gestos cómplices, caricias y algún que otro beso. Evitamos el tema que teníamos pendiente, las dos sabíamos que no era el momento y aunque a mí me preocupaba que Zoe no estuviese bien quería dejarle ese tiempo que me había pedido.

Salimos del restaurante casi a la una de la mañana, vi que tenía un mensaje de Santi: “He salido con Diego. ¿Os tomáis unas copas con nosotros?” Miré a Zoe, su gesto me dijo que le apetecía, así que respondí: “Nos apuntamos. Mándame ubicación y vamos para allá”

Lo pasamos francamente bien aquella noche, Diego, el nuevo novio de Santi era un tipo graciosísimo, llegaba a ser hilarante. Fue una terapia perfecta para soltar toda la tensión acumulada.

Llegada una hora, tanto ellos como nosotras teníamos muchas ganas de

intimidad, así que nos despedimos sin dolor y cada dos nos dirigimos a nuestros respectivos “niditos de amor”.

## Obras son amores

Al llegar a nuestra calle surgió de nuevo el dilema de cada noche, Zoe me miró y dijo:

—Mejor vamos a tu casa.

Me pareció perfecto.

Cuando subimos a casa yo me fui directa al dormitorio, pero Zoe me paró:

—¿Nos tomamos una copita más? Quiero hablar contigo. —Dijo cogiéndome de la mano.

Preparé las copas, puse música romántica y me senté a escuchar lo que tenía que decirme.

—Me gustaría que viviésemos juntas, aquí en tu casa. Quiero trasladar todas mis cosas y cerrar mi casa. —Me dijo con gesto serio.

—Me parece genial. —Le dije sonriente.

Yo quería habérselo propuesto hace tiempo, pero no quería presionarla.

—Si quieres mañana mismo hacemos la mudanza, si tienes muchas cosas llamo a mis amigos para que nos echen una mano. —Añadí.

Asintió con la cabeza.

Se quedó un momento pensativa.

—¿Quieres decirme algo más?. —Le pregunté.

—Sí, quiero explicarte porqué. —Dijo mirándome a los ojos.

—¿No es porque me amas con locura y no puedes estar ni un segundo sin mí?. —Le dije con sonrisa pícara.

—Eso desde luego. —Dijo devolviéndome la sonrisa.

Entonces empezó a contarme aquello que tanto le pesaba:

Hace dos años conoció a Carlos en un concierto. Era un amigo del novio de Ana, una de sus mejores amigas del colegio. Zoe no estaba interesada en él, pero fue tan insistente que al final le dijo que sí. Cuando sus padres se trasladaron a Chicago vio la oportunidad y le propuso que se fuera a vivir con él, al principio le dijo que no porque iba a compartir piso con su hermano, pero la novia de su hermano se pasaba el día en el piso y esta pérdida de intimidad la hizo decidirse. Los primeros meses con él era todo detalles, todo romanticismo, pero poco a poco fue cambiando. Un día, al llegar a casa

después de cenar con unos amigos le montó una bronca tremenda, acusándola de flirtear con todos, la discusión subió de tono y en un momento le dio una bofetada. Fue la primera de muchas.

La llevaba a clase e iba a buscarla a la salida, no dejaba que saliera sola a ningún sitio. La aisló de todo el mundo.

Un día subió a casa muy borracho, ella estaba durmiendo, despertó con él encima, intentó zafarse pero fue imposible.

Cuando él se durmió salió de casa con el móvil y lo puesto. No sabía dónde ir, anduvo por la calle sin destino hasta que vio el Sound, fue la noche en que yo perdí la cartera.

Por la mañana llamó a su hermano, le contó que había dejado a Carlos y le pidió quedarse allí unos días.

Carlos la estuvo llamando, le envió miles de mensajes de “arrepentimiento” y finalmente le dijo que se iba de la casa, que podía volver cuando quisiera. Ella fue varias veces acompañada y tras comprobar que era cierto que se había ido, volvió.

Durante un tiempo la dejó tranquila, pero hace ya varias semanas volvió a escribirle, al principio sólo le preguntaba ¿qué tal estaba? y le decía que la echaba de menos, poco a poco se volvió más insistente, hasta que este viernes fue a buscarla a la salida de clase. Ella le pidió que la dejara en paz pero él insistía en quedarse. Hugo, su mejor amigo de la Facultad le pidió que se marchara y él empezó a gritar como un loco: “Putá de mierda, ¿este es el pringado que te estás tirando ahora?” El espectáculo era deplorable, entre Hugo y otros amigos se la llevaron de allí para protegerla de semejante energúmeno. Estuvo con ellos el resto de la tarde y a las diez y media Hugo la dejó en mi casa.

Por la mañana temprano recibió un mensaje de Carlos, le pedía hablar con ella para cerrar definitivamente ese capítulo. Zoe decidió ir, necesitaba perderle de vista y si no hablaba con él iba a seguir acosándola.

Durante la charla él sacó su cara más amable, le pidió perdón por todo lo que había pasado y le prometió que la dejaría en paz.

A las doce se despidieron amistosamente y Zoe se fue a comprar las cosas para la comida que quería hacerme. Cuando volvía a casa recordó que tenía un par de botellas de buen vino en su casa, así que decidió pasar un momento a buscarlas. Cuando entró encontró la casa adornada con cientos de flores y corazones, en el salón había una nota de Carlos que decía: “Estaré cerca de ti hasta que vuelvas a quererme”. La tiró al suelo, cogió una botella

de vino y salió corriendo de allí. Todas las promesas que él le había hecho eran mentira, no pensaba dejar de acosarla, se había convertido en su obsesión.

Mientras bajaba por la escalera tomo una decisión, dejar definitivamente esa casa, tenía miedo de que Carlos se presentase allí cualquier día y le hiciera daño, pero sobre todo tenía miedo de que me lo hiciera a mí.

Cuando terminó de hablar estaba temblando, la abracé tratando de tranquilizarla.

—Gracias por contármelo. —Le dije mientras le acariciaba el pelo.

—No te preocupes, mañana mismo lo solucionamos, eso sí, tienes que dejar de decir “tu casa”, desde este minuto pasa a ser “nuestra casa”. —Añadí

Ella se abrazó con fuerza a mí apoyando su barbilla en mi hombro. La cogí en brazos y la llevé al dormitorio, le quité la ropa y la metí en la cama, tras hacer lo propio me tumbé a su lado protegiéndola con mi cuerpo. Me mantuve en vela hasta que se durmió. Durante la noche me despertaba cada vez que se movía, no quería que ni por un momento se sintiera sola o desvalida. Esa noche dormí muy poco, pero no me importó, sentía tanto amor por ella...

## La mudanza

Al día siguiente yo ya había movilizado a todos mis amigos para que nos ayudaran a hacer la mudanza a cambio de una paella en casa. Sé que habrían venido de todas formas, pero mi paella era muy valorada y ninguno pudo negarse.

Sobre todo era ropa y libros, entre todos terminamos en un par de horas. Me pareció increíble hasta que punto conseguimos sacar de allí todo lo que recordaba a Zoe. Al final nos quedamos un momento las dos solas en la casa. Le di las llaves que en su momento me había enviado y ella sacó de su llavero la de la puerta, tiró al suelo del pasillo el resto del manajo y tras cerrar metió por debajo de la puerta la que quedaba. No nos quedamos ni un minuto más allí.

Cuando llegamos a casa mis amigos se habían bebido la mitad de mi bodega, nos estaban esperando sendas copas de vino y un aperitivo. La paella de aquel día me salió riquísima, cocinar feliz y en buena compañía es algo que nunca falla.

A eso de las ocho de la tarde se fueron Santi y Diego, ya eran los últimos. Al fin nos quedamos solas.

La casa era un verdadero desastre, entre los restos de la comida para diez, las copas, los cafés y el montón de cajas con ropa y libros de Zoe, parecía que hubiera caído una bomba en el salón. Recordé la frase de Escarlata O'Hara: “Hoy no puedo pensarlo, me moriría si lo hiciera, ya lo pensaré mañana”

Retiré un poco las cosas y me senté junto a Zoe, que me miraba sonriente desde el sillón.

—Eres tan perfecta que a veces creo que todo esto es un sueño. —Me dijo mientras acercaba sus labios a mi boca. Y siguió hablando:

—El día que te vi por primera vez, tú no te acuerdas, pero me miraste un instante y eso me bastó para saber que no debía dejarte marchar sin más. Estaba dispuesta a seguirte cuando vi que se te caía la cartera. Intenté alcanzarte, pero había mucha gente y cuando salí a la calle ya te había perdido el rastro. Miré tu dirección y fui a llevártela. Me abrió un vecino tuyo, nuestro. —Dijo sonriendo.

Nunca me había contado nada de aquel día, así que le pedí que siguiera.

—Miré tu piso en el buzón y subí, estuve parada delante de la puerta por lo menos diez minutos, pero al final me lo pensé y no llamé al timbre. Bajé de nuevo al portal y te robé del buzón la factura del teléfono, así supe tu número. Cuando llegaste al Topic yo ya estaba dentro, te estuve observando un buen rato hasta que me decidí a acercarme, tú estabas tan absorta en tu dibujo que no te diste ni cuenta de que estaba allí. —Hizo una pausa para beber y siguió:

— Cuando me miraste y te pusiste nerviosa me di cuenta de que no era la única que estaba sintiendo algo, no quería que aquello se convirtiera en un momento de pasión sin más, aunque reconozco que lo estaba deseando. Por eso decidí jugármela pasándote a ti el testigo, fueron las veinticuatro horas mas largas de mi vida. Sabía que el mensaje que me llegó no era el primero que me habías escrito, sólo me cabía la duda de si los anteriores eran igual de “correctos” o no, me convencí a mí misma de que no era así. Por la tarde mi hermano me acercó a casa para que cogiera algo de ropa, pensaba contestarte al mensaje en cuanto terminara, pero la casualidad me llevó a ti, te vi allí sentada tomando un café y no me pude resistir a acercarme.

Y así, paso a paso me reconstruyó todo lo que había pasado aquel día, despejando mis dudas si es que me quedaba alguna.

## **Que parezca un accidente**

Ya llevábamos juntas dos meses y desde aquel fatídico sábado no habíamos vuelto a saber nada de Carlos, ella le había bloqueado en el teléfono y con el fin de las clases él no tenía ningún sitio donde localizarla. Lo intentó con su hermano, pero Zoe ya le había advertido de lo que había pasado y él le dijo que se había ido a Chicago con sus padres tras terminar los exámenes.

Estábamos preparando las vacaciones, aunque no andábamos sobradas de dinero se nos ocurrían mil planes para huir del calor de Madrid.

Era siete de julio y habíamos ido a la piscina universitaria, nos encantaba ir allí siempre que podíamos, no había niños dando la paliza y se comía muy barato. Apuramos hasta que cerraron la piscina. Salimos de la mano, comiéndonos a besos. Hacía tiempo que no nos ocultábamos de nadie, realmente nunca lo habíamos hecho, ni siquiera ante nuestras familias. De pronto alguien agarró a Zoe por el hombro, se giró y yo con ella. Su cara me lo dijo todo: era Carlos.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —Le dijo bruscamente.

Él la agarró del brazo y tiró de ella. Yo me interpose y me empujó con fuerza hasta hacerme caer. Zoe no lo dudó y le pegó un puñetazo, pero él era muy fuerte, la agarró del cuello y empezó a zarandearla hasta que la dejó inconsciente. Unos chicos que salían de la piscina se percataron de lo que estaba ocurriendo y acudieron en nuestra ayuda. Cuando vio que no se la podía llevar echo a correr y la dejó tirada en el suelo, a unos metros de mí. Alguien había avisado al socorrista que salió rápidamente para reanimarla. Cuando llegó la ambulancia Zoe ya estaba consciente, aunque muy dolorida y algo desorientada. La policía estaba tomando declaración a todos los testigos. Me fui con ella al hospital y quedé con la policía en presentar una denuncia en cuanto ella pudiese.

En el hospital estuvieron varias horas haciéndole pruebas. Mientras esperaba a que me dijeran algo llamé a su hermano y a Santi. Llegaron los dos casi a la vez. El hermano de Zoe estaba fuera de sí, me dijo que iba a ir a matarle. Traté de calmarle, aunque lo que de verdad quería decirle es: “vamos a hacerlo y que parezca un accidente”. Esa fue la primera vez que lo pensé.

Al tiempo salió una enfermera y me dijo que la iban a dejar en observación y que al menos hasta el día siguiente no la subirían a planta. Pregunté si podía verla y me dejaron pasar un momento. Al verla allí tumbada, llena de golpes y vendajes se me abrieron las carnes. A pesar de que me moría por dentro saqué fuerzas para acercarme a ella sonriendo y ella me devolvió la sonrisa.

—¿Como estás mi amor? —Le dije acariciándole la mano.

—Ahora mismo no siento nada, creo que me han metido un chute de los buenos. —Dijo riéndose.

Me acerqué más a ella y la abracé con sumo cuidado. La enfermera se asomó haciéndome un gesto de que debía irme.

—Voy a casa a coger algo de ropa, estaré aquí por la mañana, antes de que te despiertes para decirte que te quiero. —Le di un beso y me fui.

Fuera me esperaban Santi e Isaac, su hermano. Les di el parte y les dije que iba a pasar por casa a coger algunas cosas, Santi se ofreció a llevarme. Por su parte Isaac me dijo que se quedaría allí esa noche hasta que yo llegara por la mañana. Me pareció genial, no quería que se quedase sola.

De camino a casa yo iba echa una mierda Santi paró un momento el coche y me abrazó. Rompí a llorar como una niña.

—Voy a matar a ese hijo de puta. —Le dije mientras me caían tremendos lagrimones.

Me acarició la cabeza sin decir nada, me conocía de sobra como para saber que tenía la sangre muy caliente y cualquier provocación en ese momento podía ser fatal.

Cuando llegamos a casa no me entretuve, me di una ducha rápida y cogí algo de ropa para Zoe y para mí. No tenía intención de dejarla sola ni un minuto más de lo necesario. Tenía ya la mochila echa cuando recordé que en el cajón de la mesilla tenía mi navaja de tallar. Yo la llamaba así porque solía llevármela al campo y moldear con ella pequeños trozos de madera o corteza. La cogí y me la metí en el bolsillo. Aquello fue un acto ingenuo, porque yo no era capaz de matar ni a una mosca, pero me hizo sentir más segura.

Volvimos al hospital de madrugada, Isaac seguía allí tal y como prometió. Le agradecí a Santi todo y le pedí que se marchara. Nos quedamos Isaac y yo. Isaac quería muchísimo a Zoe y de alguna manera, al no estar sus padres en España se sentía responsable de ella.

## Convaleciente

A las ocho de la mañana salió el médico para informarnos. Nos dijo que Zoe estaba bien pero muy magullada. Tenía la muñeca rota y un fuerte golpe en la cabeza, aparte de múltiples hematomas por todo el cuerpo. Nos dijo que esa mañana la pasarían a planta y que lo mejor era que se quedara un par de días en el hospital y tratarla con anticoagulantes para descartar complicaciones

mayores.

A las once de la mañana por fin la llevaron a una habitación y pudimos verla. Los hematomas habían empezado a salir, se me cayó el alma a los pies ante la imagen de todo su cuerpo amoratado. Le habían puesto un gotero con un calmante y suero, tragaba con dificultad debido al estrangulamiento. En cuanto nos vio sonrió.

—Estoy bien, tranquilos. —Dijo cogiéndonos las manos.

Isaac la abrazó primero.

—Perdóname Zoe, cuando me dijiste que Carlos te acosaba pensé que exagerabas. —Le dijo mirándola con ternura.

—Bueno, tampoco yo pensé que pudiera hacerme esto. —Le dijo comprensiva.

Miró a su hermano y le dijo que se marchara a casa, se le veía muy cansado. Él insistió en quedarse, pero pronto comprendió que Zoe quería quedarse conmigo.

—Volveré esta tarde. —Y añadió:

—Lucía, cualquier cosa me llamas, ¿OK?

Le dije que sí y se marchó.

Nos quedamos solas. Me acerqué a la cama y la abracé con muchísimo cuidado. Estuvimos así mucho tiempo, entre caricias y besos. Yo sabía que ella no quería hablar y lo respeté.

Por la tarde empezaron a llegar las visitas. Santi había avisado a todo el mundo: mis amigos, sus amigos, incluso vinieron los chicos que nos habían ayudado. La habitación parecía una feria, Zoe intentaba estar bien, pero se la veía muy cansada. Salimos de la habitación y tras agradecerles la visita les pedí que se marchasen para que pudiese descansar.

Al final estuvimos casi cuatro días en el hospital, el hematoma del cuello le produjo un coágulo y tuvimos que quedarnos hasta que aquello se disolvió y ella estuvo fuera de peligro.

## **Orden de alejamiento**

Al fin le dieron el alta. Isaac vino a buscarnos para llevarnos a casa. Le pedí que se quedara a comer con nosotras, se había portado genial. Pendiente de Zoe, pero dejándome en todo lugar el sitio que me correspondía. Quería agradecerse.

La comida transcurrió muy animada. Zoe estaba mucho mejor, a pesar de

su aspecto volvía a ser ella.

Por la tarde fuimos a la policía para denunciar a Carlos. Nos citaron al día siguiente y el juez dictó una orden de alejamiento e ingresó en prisión a la espera del juicio. Lo peor de todo fue que tuvimos que verle de nuevo. En un momento que nadie le miraba se giró y me hizo un gesto amenazante con el pulgar en el cuello. Yo no aparté la mirada, me di cuenta de que no le tenía miedo.

Al tiempo fue el juicio y le condenaron a dos años de cárcel por las agresiones, se pagó un buen abogado y consiguió que el juez no considerara el intento de homicidio. La sentencia me defraudó bastante, no dije nada a Zoe, pero ese día tomé la decisión de que no iba a permitir que aquello se volviera a repetir.

## Capítulo 4

### Malas noticias

Durante el tiempo que estuvo en la cárcel Carlos fue un preso modelo. Se ganó la confianza de los funcionarios y de la psicóloga que dirigía la terapia de grupo semanal. Al poco de ingresar ya mostraba arrepentimiento. Participó en todas las actividades que le propusieron y ayudó a otros presos, todo con tal de conseguir cuanto antes los mayores beneficios penitenciarios.

Al año y poco le concedieron la libertad condicional.

Era la última semana de junio cuando llamó nuestro abogado. Zoe estaba en la facultad haciendo el último examen de la carrera. Me dijo que en menos de diez días estaría en la calle, el juez mantenía de momento la orden de alejamiento y tendría que ir a firmar todas las semanas, pero estaba libre.

La noticia me cayó como un jarro de agua fría. El último año habíamos vivido muy tranquilas sabiendo que ese animal estaba entre rejas. No sabía cómo contárselo a Zoe, se me pasó por la cabeza no hacerlo, pero no era buena idea.

Eran las dos y cuarto cuando ella llegó a casa, yo estaba preparando la comida.

—¿Qué tal te ha salido el examen cariño? —Le dije mientras le servía una copa de vino.

—Me ha ido bastante bien. ¡Qué ganas tenía de terminar! —Dijo apretando el puño en señal de victoria.

—¡Perfecto! Ahora a disfrutar de las vacaciones. —Le dije sonriente.

Zoe cogió la copa de vino y tras brindar conmigo me dio un beso de los que quitan el aliento. Cuando nos separamos se quedó mirándome, me conocía demasiado como para ocultarle nada.

—¿Que pasa Lucía? —Preguntó apretando ligeramente los labios.

Le conté que había llamado el abogado y lo que había dicho. Se quedó un momento pensativa y entonces me habló.

—No voy a vivir con miedo. No creo que Carlos se arriesgue a que le metan otra vez en la cárcel. —Dijo cogiéndome la mano.

—Seguro que no cariño. —Le dije intentando parecer lo más confiada posible.

La verdad es que yo no me fiaba en absoluto de él y no tenía ninguna

intención de quedarme parada, esperando a que en cualquier momento se le cruzara un cable y volviera a aparecer en nuestras vidas. Entonces se me ocurrió una idea, contratar a un detective privado para que le siguiera y me informara de sus movimientos. Me parecía un plan de película, pero ¿por qué no?

## **Ángel de la guarda**

El lunes aprovechando que Zoe tenía que ir a la Facultad me puse a buscar un detective. Mi experiencia al respecto era nula, así que hice lo que hago para encontrar cualquier cosa: buscar en Google. Le eché un vistazo a los cinco primeros resultados que me salieron y finalmente me decidí a llamar a uno cuyo logo era el clásico detective con gabardina y sombrero, simplemente porque me hizo gracia. Me dieron cita para esa misma mañana. Tenían varias tarifas en función de lo intensiva que debiera ser la vigilancia. Llegamos a un acuerdo intermedio tanto de precio como de intensidad. Les di un correo electrónico que creé especialmente para aquello para que me enviaran los informes y guardé el teléfono con un nombre falso: “tía Carmen”. Yo no quería decirle nada a Zoe de aquello, quería ser su ángel de la guarda sin que ella se diera cuenta.

## **Para siempre**

Nos habíamos ido unos días de vacaciones a la Costa del Sol cuando me llegó el primer informe. Zoe había bajado a comprar algo para hacerme una de sus maravillosas cenas románticas. Aproveché para ver lo que me habían enviado. Me sorprendió lo detallado del informe, incluía fotos y varias grabaciones de vídeo. Quedé bastante contenta de haber dejado la vigilancia en manos de aquella agencia.

Zoe entró en el apartamento, venía cargada con varias bolsas, le ayudé a llevarlas a la cocina.

Ese día yo estaba doblemente feliz., por estar con ella en ese paraíso y por la tranquilidad que sentía de mantener bajo vigilancia al “monstruo”.

La miré mientras guardaba las cosas en la nevera, ¡estaba preciosa! Yo no podía sentirme más enamorada. La cogí por detrás y empecé a quitarle lentamente la ropa. Mis manos y mis labios recorrían cada centímetro de su dorada piel, la llevé hasta la cama y ella se dejó caer absolutamente entregada

al placer. Intentó acariciarme, le sujeté con suavidad las manos y le susurré al oído: “después”. Cogí un pañuelo de seda que había en la mesilla y le tapé los ojos. Yo la recorría y ella se estremecía, alargué aquel momento hasta que ya fue imposible pararlo, se pegó tanto a mí que sentí que me atravesaba, no me hizo falta más para llegar al mismo punto de placer y estallar con ella. La compenetración era tan absoluta que no podía distinguir su cuerpo del mío, su placer del mío, su orgasmo del mío... Después de que aquel río de lava nos recorriera nos quedamos abrazadas durante mucho tiempo, sin dejar de acariciarnos ni de besarnos. Entendí lo profundo que era mi amor por ella, nunca nadie me había hecho sentir así: grande y pequeña, poderosa y desvalida, entregada sin condiciones regalándole mi alma.

Me incorporé ligeramente sobre ella y mirándola a los ojos le dije:

—Quiero sentirme así cada día de mi vida, quiero compartirlo todo contigo. Zoe , ¿quieres casarte conmigo?

Me miró, cogió mi mano y poniéndola sobre su pecho me dijo:

—Soy tuya y quiero serlo siempre y quiero que tú lo seas y que todo el mundo lo sepa. Sí, quiero casarme contigo.

Bajé hacia ella y apoyando mis labios en su boca sellamos nuestra promesa con un apasionado beso.

## Amenazas

Aquellas vacaciones fueron increíbles, el amor se nos salía por los poros.

Cada noche después de cenar bajábamos a la playa, paseábamos por la orilla, nos sentábamos en la arena, reíamos, nos besábamos, dejábamos que el mar nos acunase con su suave balanceo.

Cada mañana nos sorprendía el sol jugando entre las sábanas, buscándonos y encontrándonos, amándonos profundamente.

Era la última noche que pasábamos allí, Zoe se estaba duchando y yo me estaba vistiendo para salir a cenar cuando me llegó aquel mensaje. Era un mensaje de texto de un número desconocido, decía: “Nunca será tuya”. Lo leí y se me heló el corazón, sabía de quien era. Escribí a la agencia mandándoles el mensaje y el número de teléfono para que lo investigaran. Aquello me dejó muy preocupada pero no quería estropear nuestro momento, respiré profundamente y disimulé todo lo bien que pude.

Al poco tiempo recibí un breve correo de la agencia que me tranquilizó:

“ Estimada Lucía, le informaremos lo antes posible de la procedencia del mensaje. Para su tranquilidad, podemos confirmar que el sujeto se encuentra actualmente en su domicilio.” Adjuntaban una foto hecha con un teleobjetivo con fecha y hora en la que se le veía fumando un cigarro en la terraza de su casa. En ese momento oí que Zoe salía del baño, me guardé apresuradamente el móvil en el bolsillo y me senté al borde de la cama a contemplar cómo se vestía. Su imagen, tan hermosa y sensual, con el pelo mojado resbalándole sobre el pecho me devolvió al éxtasis, bloqueando las malas sensaciones de apenas cinco minutos antes.

La cena, como no podía ser de otra manera fue un deleite para los sentidos, con cada bocado nos comíamos con la mirada, con cada sorbo de vino nos bebíamos los labios. Las caricias por debajo y por encima del mantel aumentaban nuestro deseo. Cuando hubimos terminado las dos teníamos claro lo que queríamos. Esa noche ni el mar pudo retenernos, hicimos el amor durante horas hasta que caímos rendidas. Y así amanecimos, una sobre la otra, sin ninguna separación que pudiera distinguir su cuerpo del mío, ni su corazón del mío.

Nos levantamos sin prisa, preparamos el desayuno en la terraza del apartamento y disfrutamos de la agradable brisa de la mañana.

Yo no podía dejar de mirarla, me cautivaba su voz y cada uno de sus movimientos, sentía una felicidad inmensa y no quería renunciar a ella por nada del mundo. Recordé el maldito mensaje y pensé : “ya es mía maldito cabrón, lo que no va a ser nunca es tuya”, me sonó demasiado posesivo, pero no pude evitarlo. Le cogí la mano y tiré suavemente de ella hasta sentarla sobre mí. Ella me sonrió y como si adivinara mis pensamientos me dijo:

—Sí, soy tuya y de nadie más. —Y me besó.

Zoe a veces hacía esas cosas, parecía que estuviera dentro de mi mente. Al principio me dejaba de piedra, llegué a preguntarme si tenía poderes adivinatorios, poco a poco me fui dando cuenta de que lo que tenía era una extrema sensibilidad para captar la menor de las variaciones en mi expresión, en mis gestos, en mi voz. Yo era transparente para ella. Ella sin embargo para mí era un enigma, me encantaba que lo fuera, aunque a veces me volvía loca de no saber por dónde iban sus pensamientos y por más que elucubraba casi nunca acertaba.

## **Hot Madrid**

La vuelta a Madrid fue rápida, el Ave nos dejó en la estación de Atocha a las ocho y media. Hacía un calor tremendo y ya no olía a mar, pero las vacaciones habían sido perfectas y volvíamos animadas y sobre todo muy relajadas.

De camino a casa me llegó un mensaje de Santi, sabía que volvíamos y nos proponía una cenita en casa de Diego. No teníamos nada en la nevera y de igual manera tendríamos que salir a cenar algo. Diego vivía en un chalé adosado a las afueras de Madrid, tenía piscina y un pequeño jardín, nos pareció un plan fantástico para sobrellevar el calor y hacer menos duro el aterrizaje. Santi nos pasó a buscar a las nueve y media, a penas nos había dado tiempo a deshacer la maleta y darnos una ducha cuando sonó el telefonillo:

—Chicas, ya estoy aquí, bajad cuando podáis. —Dijo Santi.

—En cinco minutos estamos —Le dijo Zoe.

Nos dimos toda la prisa que pudimos, pero aun así le hicimos esperar al menos quince minutos. Santi nos recibió con una sonrisa, le dio dos besos a Zoe y luego me abrazó cariñoso mientras me decía al oído:

—Traes cara de bien follada cabrona. —Nos reímos los dos.

De camino a casa de Diego nos contó que estaba pensando irse a vivir con él, que Diego se lo había propuesto y que, aunque le daba pena dejar el barrio, se pasaba más tiempo allí que en su casa, que sólo era cuestión de trasladar la ropa. Zoe rio y le dijo:

—Conozco esa sensación. —Nos reímos los tres.

Cuando llegamos Diego ya tenía todo preparado, había puesto la mesa en el jardín y estaba abriendo el vino. Nos saludamos y nos preguntó si queríamos tomar antes una cerveza o un vermut, aceptamos, hacía bastante calor y apetecía algo fresco.

La cena fue muy agradable, les contamos nuestro viaje y nuestra intención de casarnos. Eran los primeros a los que se lo decíamos. Se alegraron mucho por nosotras y se ofrecieron a ayudarnos en los preparativos. Les dijimos que les tomábamos la palabra.

Después de cenar Diego y Zoe se fueron a preparar unas copas y yo aproveché para llevarme a Santi un poco a parte y contarle lo del mensaje de Carlos y la agencia de detectives que había contratado. Se quedó un poco preocupado. Ya venían con las copas así que le dije que le llamaría la semana siguiente para contárselo con más detalle.

La noche fue larga, estábamos todos muy animados y cayeron unas cuantas rondas. Al final Diego nos dijo que nos quedáramos a dormir, ninguno

estábamos en condiciones de conducir y la idea de la piscinita mañanera nos terminó de convencer .

## **La familia**

El día siguiente nos lo pasamos organizando la casa, lavando ropa, comprando comida, cuando por fin nos sentamos en el sillón estábamos muertas de cansancio. Habíamos comprado comida, pero finalmente pedir una pizza nos pareció la mejor opción. Pusimos el aire acondicionado y una película y nos sentamos tranquilamente a cenar.

—Lucía, me gustaría ir a ver a mis padres a Chicago. —Dijo Zoe de pronto.

—Claro cariño, ¿cuándo has pensado ir? —Le pregunté

—Mi hermano va la semana que viene y me ha propuesto que me vaya con él. ¿Te parece bien? —Me miró pidiéndome permiso, se me hizo un poco raro, aunque valoré su consideración.

—No tienes que pedirme permiso cariño. —Le dije sonriente.

—Claro que sí, pronto seré tu mujer y las decisiones ya nunca volverán a ser desde yo, sino desde nosotras. —Dijo con cierta seriedad y añadió.

—Además quiero darles la noticia.

Yo no conocía a sus padres. En el tiempo que llevábamos juntas no habían venido a España, Zoe había ido un par de veces, pero desde Navidades no les veía. Aunque la iba a echar de menos, pensé que era una buena oportunidad para ver yo a los míos y darles las buenas nuevas. Estuvimos de acuerdo las dos en que era un buen momento, además sólo sería una semana y aún nos quedaba mucho verano para disfrutar juntas y hacernos algún viaje más.

Cuando terminamos la pizza nos quedamos las dos dormidas en el sillón, no nos dio ni para ver la película. Cogí a Zoe en brazos y la llevé a la cama, se agarró a mí como un niño pequeño, me tumbé a su lado, caímos casi al instante en un profundo sueño.

## **Chicago – Madrid**

El vuelo de Zoe salía a las diez y media. Al final no consiguió billete en el mismo avión que su hermano que se había ido la noche anterior. La acompañé al aeropuerto y Pablo, que trabajaba allí me coló en la zona de

embarque para que pudiera estar con ella hasta que saliera su vuelo. Me quedé hasta que la vi marchar camino de la pista de despegue.

De vuelta a casa sentí un gran vacío, me repetía que sólo era una semana, pero no podía evitar que aquella sensación de profunda soledad me invadiese. Andaba yo sumida en mi tristeza cuando sonó mi teléfono, miré la pantalla: “Tía Carmen”, era la agencia de detectives:

—Dígame. —Contesté.

—¿Lucia? Le llamo de la agencia. ¿Están ustedes en casa? —Dijo una voz femenina al otro lado del teléfono.

—No. —Contesté

—Perfecto. Hemos detectado al sujeto merodeando cerca de su casa. Todavía sigue por allí. Si puede pasarse por aquí le proporcionaremos una escolta para que puedan volver a casa con seguridad —Me dijo.

—Bien, en un rato estoy allí. —Y colgué.

Me quedé pensativa un momento. La principal de mis preocupaciones era que Carlos volviese a hacer daño a Zoe. Eso estaba descartado. Me preocupaba que volviera a obsesionarse con ella, podía ser muy peligroso. Entonces por primera vez me alegré de que Zoe se hubiese marchado esa semana, eso me daba tiempo suficiente para pensar en la solución definitiva.

Decidí que no iba a pasar por la agencia y me fui directa a casa. Subí tranquila por mi calle y le vi, sentado en la terraza del bar de enfrente. Busqué una mesa cerca de la suya y me senté. Él me miró, saqué un cigarro e hice como si no encontrara el mechero, se levantó y me dio fuego. En ese instante me di cuenta de que no me había reconocido, al fin y al cabo, sólo me había visto dos veces hace más de un año y yo estaba un poco cambiada, llevaba el pelo distinto, estaba más delgada y muy morena de la playa. Le sonreí. Él vio la oportunidad de ligar conmigo y no lo dudó. Se volvió a levantar y me preguntó si me importaba que se sentase conmigo, le dije que no. Tuvimos una conversación muy animada, no había ni una sola verdad ni en sus palabras ni en las mías, pero yo lo sabía y él no. Al rato le dije que me tenía que ir, me dio su número de teléfono haciéndome prometer que le llamaría pronto.

Por la tarde fui a la agencia. Les conté que durante el verano no íbamos a pasar casi nada de tiempo en Madrid por lo que no necesitaría más sus servicios hasta septiembre. Al salir compré un móvil de prepago y escribí a Carlos: “ Me ha encantado conocerte. Si quieres podemos vernos algún día esta semana”. No había pasado ni un minuto cuando me contestó. “Claro preciosa. ¿Te parece bien mañana?”

## Duérmete

Nos vimos casi todos los días esa semana, él se portaba como un perfecto caballero, tal y como Zoe me había contado que era al principio. Tuve que darle un par de besos que me dolieron en el alma para que aquello resultara verídico. Por fin me llegó el mensaje que llevaba días esperando: “Te invito a cenar esta noche en mi casa”. Le contesté rápidamente que iría encantada y me envió la dirección, aunque yo ya sabía donde era.

Antes de salir de casa cogí un frasco que tenía de Difenhidramina, eché las pastillas en el mortero y las molí hasta dejarlas como un polvo fino. Me informé bien de la cantidad necesaria para dejarle profundamente dormido y las dividí en varias dosis. Probé con la punta de la lengua su sabor para ver cuanto iba a tener que disimularlas.

Cuando estaba a punto de salir me llamó Zoe. Estuvimos hablando un buen rato, nos echábamos muchísimo de menos. Me dijo que el domingo estaría de vuelta y quedé en ir a buscarla al aeropuerto. Su llamada me hizo dudar por un momento si seguir adelante con mi plan o no, pero mi decisión estaba tomada.

A las nueve y media llegué a casa de Carlos. Me había preparado una cena estupenda y había llenado la casa de flores, no pude evitar que me recordara al trágico episodio en casa de Zoe. Le fui echando pequeñas dosis del somnífero cada vez que se levantaba a traer algo de la cocina. Cuando terminamos de cenar ya se empezaban a notar los efectos, le convencí de que se le había subido un poco el vino para que se sentara en el sillón y fui a la cocina para preparar unas copas y darle el remate final. A los tres sorbos ya estaba completamente dormido. Le agité con fuerza para comprobar que así era. Vacíé el contenido de todas las copas y de dos botellas de vino para que pareciera que habíamos bebido muchísimo y comencé a buscar pruebas de su obsesión. Abrí cajones y armarios de todas las habitaciones, levanté alfombras, moví muebles, ya empezaba a pensar que no encontraría nada cuando recordé que tenía un trastero.

Cogí las llaves que tenía a la entrada y bajé al garaje donde estaban los trasteros, cada plaza tenía tras de sí una puerta. Localicé su coche y abrí la puerta. Lo que encontré allí me puso los pelos de punta, parecía un templo a Zoe. Por lo menos había veinte cajas con fotos, recuerdos, ropa interior. Dejé para la última una caja que parecía más nueva que las demás, era un auténtico diario de Zoe, en ella se detallaban todos sus movimientos, incluso había

datos de nuestros viajes y lo que me preocupó más, tenía hasta la información de su vuelo de regreso de Chicago. Me di cuenta de que muchos de los datos los había sacado del correo de Zoe, ella era muy confiada y a pesar de que yo le dije que cambiara todas sus contraseñas, claramente no lo había hecho.

Encima de todo había un sobre grande. En su interior había dos pasaportes falsos, uno con su foto y otro con la de Zoe, y dos billetes de avión a Caracas con los nombres falsos de los pasaportes. Miré la fecha de los billetes y era para el día siguiente a la vuelta de Zoe de Chicago, el corazón me dio un vuelco. En un sobre más pequeño había una gran cantidad de dinero y una llave, la saqué y me di cuenta en seguida de que era la llave de mi casa. También había una pequeña botella con un líquido que parecía cloroformo, aunque por precaución no lo olí, y un paño, había cuerdas y cinta americana. En aquel momento empecé a entender su plan. Pensaba entrar en nuestra casa la noche que volvía Zoe, dormirnos con el cloroformo y llevársela del país. Cogí la llave de mi casa y la cinta americana y dejé todo tal y como estaba.

Mientras subía en el ascensor supe que tenía que llegar hasta el final, de nada serviría llamar a la policía, antes o después volvería a salir de la cárcel y acabaría haciéndole daño a Zoe, estaba harta de ver a las víctimas de violencia de género en el telediario. Tenía que matarle.

Entré en la casa haciendo el menor ruido posible, él seguía dormido en el salón, le zarandeeé de nuevo para comprobarlo. Le di la vuelta y le até las manos con la cinta americana, previamente se las envolví con una bufanda intentando que no quedaran marcas. Fui a la cocina y cogí una bolsa de plástico. Cerré un momento los ojos, sabía que lo que estaba a punto de hacer me iba a cambiar la vida, respiré hondo para coger fuerzas.

Le puse la bolsa en la cabeza, la agarré con fuerza, noté como se despertaba cuando le faltaba el aire hasta que finalmente cayó al suelo. Me costó muchísimo levantarlo, nunca imagine que un cuerpo inerte pesara tanto. Le arrastré hasta el dormitorio y le metí completamente desnudo en la cama. Cogí una papelina de coca que había visto en un cajón y le dejé restos por la nariz y otras partes del cuerpo, como si se hubiese pegado un fiestón tremendo aquella noche.

No estaba segura de hasta que punto iban a investigar aquello, así que formateé el teléfono para que no quedara rastro de los mensajes y llamadas que nos habíamos hecho aquellos días ni de mi número en su agenda. Lo apagué y lo metí en la bolsa con el resto de las cosas de las que me tenía que deshacer. Limpié la casa de arriba a abajo para evitar que encontraran allí ni

un pelo mío ni una huella de más.

Cuando salí de su casa eran las tres de la mañana. Tuve que andar bastante hasta un sitio céntrico donde coger un taxi. Por precaución no me había llevado ninguno de los dos móviles así que no me quedó otra. Dejé el taxi a un par de calles de mi casa y me fui andando desde allí, eran casi las cuatro de la mañana y no había nadie por la calle.

Cuando llegué a casa me metí directa en la ducha, todos los nervios que había estado conteniendo salieron entonces, rompí a llorar como una niña pequeña. Yo, Lucia la piadosa, la que no era capaz de matar ni a una mosca había asesinado a un hombre y lo había hecho a sangre fría.

## Sin culpa

Al día siguiente me desperté temprano, había dormido sorprendentemente bien. Ví que tenía un mensaje de Santi proponiéndome salir a tomar el aperitivo, me daba miedo que me notara algo y no quería hacerle cómplice, pero conocía a Santi, sabía que, si le decía que no se presentaría en mi casa a sacarme de los pelos , así que le dije que sí.

Intenté por todos los medios que no saliera el tema, pero sabía que antes o después Santi me preguntaría, tomé la iniciativa y le conté lo de la agencia y lo del mensaje con algo más de detalle, le dije que al final había tenido que prescindir de los servicios de los detectives porque me salía muy caro, que además cuando volviera Zoe nos iríamos de viaje casi todo el verano y que en septiembre me volvería a pensar contratarles. Debí sonar bastante convincente porque no volvió a preguntarme nada del tema.

Las cañas se alargaron hasta la noche como era nuestra costumbre, a eso de las diez me dejó en la puerta de casa, le pregunté si se quería quedar a cenar, pero me dijo que Diego le esperaba en su casa, me dio un beso y se marchó.

Ya en casa me preparé una cena ligera y salí a la terraza a tomarla. Me sentía extraña, sabía que lo que había hecho era horrible, pero por otra parte sentía una inmensa liberación. Me acordé de Zoe, inconsciente en el suelo y de como Carlos huyó en vez de asistirle, de como la había violado el día que Zoe encontró mi cartera y de todas las palizas que le había dado mientras estuvieron juntos. Me acordé de cuanto la amaba y sentí que la frase “mataría por ti” había cobrado un sentido que nunca hubiese imaginado.

Lo peor de todo aquello es que sabía que nunca se lo podría contar a

nadie y mucho menos a ella, pero era un precio que con gusto estaba dispuesta a pagar.

## El regreso

Al fin llegó el día de regreso de Zoe. Su avión llegaba a las cuatro y media, era una hora malísima para salir por Madrid a mediados de julio, pero yo tenía tantas ganas de verla que los 35°C a la sombra que hacían a esa hora me parecían perfectos. Salí de casa con mucho tiempo, pensaba ir en transporte público y no quería llegar tarde. Ese día no trabajaba Pablo en el aeropuerto así que tendría que esperarla fuera. No me importaba, me parecía romántico verla llegar entre los otros viajeros y besarla apasionadamente delante de todos.

A las cuatro menos cuarto ya estaba en el aeropuerto. Saqué mi libreta y me puse a dibujar la terminal y a nosotras abrazadas y luminosas entre multitud de viajeros. Se me pasó el tiempo rápido. Cuando volví a mirar el panel luminoso ya había aterrizado el vuelo. Al rato abrieron las puertas, me levanté nerviosa y me dirigí hacia ellas, en seguida la vi, salió de las primeras, ella también me vio y comenzó a correr hacia mí. La cogí prácticamente al vuelo y nos fundimos en un beso apasionado. Unos chavales que venían en el mismo avión, al ver nuestra pasión empezaron a silbar y a aplaudir formando una algarabía que me recordó al primer beso que me dio delante de mis amigos. Cuando se separaron nuestros labios miramos alrededor y descubrimos que media terminal nos estaba mirando, les sonreímos y nos marchamos.

Al llegar a casa Zoe estaba bastante desorientada, eran cerca de las seis de la tarde, pero para su cuerpo eran las once de la mañana.

—Te propongo un plan. —Le dije mientras le acariciaba el pelo.

—¿Cuál? —Dijo sonriente.

—Te preparo una cenita rica, nos tomamos una copilla mientras me cuentas todo y luego te llevo a la cama y te hago el amor hasta que te entre el sueño. —Le dije con sonrisa pícaro.

—Acepto. —me dijo mientras me llevaba hacia ella para besarme.

Mientras ella se daba una ducha fui preparando la cena, había comprado cosas ricas para homenajearla y como plato principal iba a preparar Steak Tartar. Iba a sacar las cosas cuando me llamó desde el baño. Entré, estaba sentada en la bañera, me hizo un gesto con el dedo para que me acercara:

—¿No me puedes dar un adelanto? Tengo muchas ganas de ti. —Me dijo

agarrándome de la mano.

La miré y me fui quitando la ropa poco a poco, entré en la bañera y pasé mis piernas bajo las suyas hasta que la senté sobre mí. Yo también tenía muchas ganas de ella.

Al final él plan de cenar pronto no salió, pero mereció la pena, contra sus besos y sus caricias no había nada que pudiese competir.

Durante la cena me contó que sus padres al principio se habían quedado un poco a cuadros. Aunque sabían que estábamos juntas lo de que nos casáramos les pareció extraño. Me contó que Isaac le echó un cable hablándoles muy bien de mí. Les contaron lo que había pasado con Carlos, antes no lo habían hecho por no preocuparles, ellos al principio se enfadaron, pero luego lo entendieron. No les dijo que había salido de la cárcel, eso lo dejaría para otro viaje.

Mientras ella hablaba yo no podía evitar que ciertas escenas volvieran a mi mente, intenté por todos los medios que no se me notara, pero con Zoe eso me resultaba casi imposible. Se dio cuenta de que algo pasaba y me preguntó:

—¿Qué te pasa cariño?

—Nada, que he estado muy triste sin ti. —Le dije bajando la mirada.

—Y yo sin ti. Te prometo que esta es la última vez que nos separamos tanto tiempo. Cuando vuelva a Chicago la próxima vez te llevaré conmigo. — Me dijo cogiendo mi cara entre sus manos.

Por lo demás conseguimos seguir el plan trazado. Al final conseguí que se durmiera rendida en mis brazos.

## Capítulo 5

### La verdad siempre termina saliendo a la luz

Estábamos preparando las cosas para irnos a pasar unos días al pueblo con mis padres cuando llamó nuestro abogado. Yo estaba en el baño y lo cogió Zoe. La oí hablar con él, sabía lo que le estaba contando así que me preparé para interpretar el papel de mi vida. Colgó y se quedó sentada en el sillón mirando al infinito.

Entré en el salón con la mejor sonrisa que pude fingir y me dirigí a ella mirándola con extrañeza:

—¿Quién era cariño? ¿Qué pasa?

—Era Luis Alcocer. —Me dijo mientras levantaba la mirada.

—¿Que quería? ¿Ya la ha liado tu ex? —Pregunté haciéndome la sorprendida.

—Carlos está muerto. —Me dijo sin preámbulos.

—¿Queeee? —Dije echándome las manos a la cabeza.

Mientras la miraba me costaba hasta tragar.

Nos quedamos un instante calladas y entonces ella me cogió la mano y mirándome a los ojos me preguntó:

—Lucia, ¿le has matado tú?

En aquel momento iba a tomar la decisión más importante de mi vida, confesar o callar para siempre. A pesar de que había ensayado muchas veces lo que le diría cuando llegara el momento, nunca había pensado que Zoe me haría una pregunta tan directa.

—Sabes que ganas no me faltaban. —Le dije mirándola con una sonrisa amarga.

Ella bajó la mirada. Fue una de las pocas veces en nuestra vida juntas en las que sus pensamientos se hicieron absolutamente obvios ante mis ojos. Sabía que no le quería mentir y realmente ella no quería saber. Si me seguía preguntando obtendría la verdad o la mentira y ninguna de las dos le parecieron buenas, sintió que la duda era la mejor de las opciones.

La policía nos citó a declarar. Nos contó lo que habían encontrado en el trastero, yo me di cuenta de que deliberadamente omitían ciertos detalles, debía tener mucho cuidado con eso.

Una vez que nos hubieron puesto en antecedentes nos hicieron pasar de

una en una al interrogatorio. Zoe entró primero, tenía claro que no estarían demasiado tiempo con ella, su coartada era sólida. Mientras declaraba repasé mentalmente todos los pasos que había dado aquellos días, había tenido mucho cuidado de no llevar los móviles encima ninguno de los días que estuve con él, salvo el primero. No había pasado ni media hora cuando Zoe salió. Me levanté para recibirla, se acercó para darme un beso y me dijo en voz muy baja: “Ten mucho cuidado amor, van a por ti”.

A los cinco minutos me llamaron. Me tuvieron más de cuatro horas sometida a una gran presión. Me hacían una y otra vez las mismas preguntas intentando que en algún momento cometiera algún error. En los primeros momentos de interrogatorio ya me di cuenta de lo que intentaban hacer, yo era muy buena con los juegos matemáticos así que me diseñé mentalmente una ecuación invariable, transformé sus preguntas en sentencias que serían ciertas “si y sólo si” cumplían al cien por cien con la ecuación. De esta manera les arrebaté su mayor baza: la componente emocional. Al final del interrogatorio se abrió una puerta y una inspectora que había presenciado todo tras el cristal entró, rodeó la mesa que me separaba de los otros policías y situándose muy cerca de mí dijo:

—Lucía, la verdad siempre termina saliendo a la luz.

—Verdad puede ser un término muy relativo. —Le dije con mirada retadora. Y añadí:

—¿Puedo marcharme ya?

Antes de marcharnos, nos dijeron que debíamos estar localizables, que en cualquier momento podían volver a llamarnos a declarar.

## Preparativos

Al llegar a casa llamamos a mis padres para decirles que tardaríamos un par de días en ir. No les dimos detalles del porqué de nuestro retraso y ellos ignorantes de todo lo que estaba sucediendo tampoco sospecharon nada.

Zoe estaba pensativa. Hasta que la policía no le contó lo que habían encontrado en el trastero no se había parado a pensar el peligro real que había corrido. Hasta entonces, no había podido entender como había sido capaz de matarle, si es que lo había hecho. Hasta ese momento, no había comprendido la tremenda carga que yo estaba soportando sobre mis hombros.

Se acercó a mí y me abrazó, yo no lo pude evitar y rompí a llorar, era demasiado tiempo aguantando la presión. Me acurruqué en sus brazos mientras

ella me acariciaba con ternura.

Llevábamos un buen rato abrazadas cuando de pronto se le ocurrió.

—Vamos a casarnos ya. Si soy tu mujer no podrán obligarme a declarar contra ti. —Me dijo sonriente.

—Pero cariño, los trámites tardan varios meses, no es algo que podamos hacer mañana. —Le dije inclinando ligeramente la cabeza.

—No si lo hacemos en el pueblo de tus padres. —Dijo ella convencida.

Me quedé pensando un momento, puede que tuviese razón, allí todo era mucho más fácil, yo conocía al alcalde y había varios restaurantes donde podríamos celebrarlo por mucho menos dinero. Por otra parte, no estaba lejos de Madrid y podíamos alojar a los que viniesen a la boda en las casas de mi familia y amigos del pueblo.

Cogí el teléfono y llamé al ayuntamiento, pedí que me pasaran con el alcalde. Le conté nuestro plan de casarnos allí y le pareció perfecto, me dijo que debíamos empadronarnos ese mismo día. Me envió por mail el detalle de los documentos que necesitábamos y la hoja del padrón para que la rellenásemos. Nos dijo que podríamos casarnos en diez días.

Después llamé a mis padres y les conté nuestros planes. Mientras Zoe llamaba a los suyos para que pudieran venir a la boda.

Aquello fue un no parar, preparar una boda siempre es una locura, pero hacerlo con sólo diez días es casi un suicidio. A pesar del poquísimo tiempo con que avisamos a la gente no nos falló nadie, al menos de los importantes.

Los dos días siguientes nos los pasamos recopilando los documentos y rematando el resto de los preparativos. El viernes por la tarde salimos por separado a buscar sendos vestidos, parecía imposible encontrar algo decente con tan poco margen, pero no fue así. Las dos llegamos contentas de lo que habíamos encontrado. Compré dos fundas de esas con percha para no desvelar el misterio y los dejamos sobre la cama en un gesto simbólico que sellamos con un apasionado beso.

## **Recibimiento**

El sábado a medio día llegamos al pueblo. Tuvimos un recibimiento de lo más multitudinario. Mis padres habían invitado a mis tíos y a mis primos, también estaba mi hermano, los abuelos y algunos de mis mejores amigos de allí, en total casi treinta personas. Zoe había visto un par de veces a mis padres y tres o cuatro a mi hermano, pero no conocía a nadie más.

Aquello era una locura, todos querían conocer a la mujer que me había cambiado de acera. La frase que más oí en esa comida fue: “No me extraña que te quieras casar con ella”. Zoe era muy guapa y encantadora, creo que aquel día todos de una manera u otra se enamoraron de ella.

Como éramos tantos mi padre había hecho barbacoa y cada uno había traído algún plato, había tanta comida que podíamos haber invitado al resto del pueblo.

Me sentía muy feliz de tener aquella familia. Mis padres eran gente sencilla, para ellos una boda de dos chicas era algo extraño, pero me veían tan enamorada de Zoe que ni por un momento noté la más mínima oposición, lejos de eso la acogieron como lo que iba a ser muy pronto: una hija más. Mi hermano por otra parte nunca se metió en mi vida, ni yo en la suya. Era un par de años mayor que yo y sobre todo en el pueblo salíamos con la misma pandilla y nos metíamos en los mismos líos desde que éramos unos enanos.

La comida fue larga, después vinieron los cafés y las copas, los cánticos y hasta el baile. Sin darnos cuenta llegó la noche, así que sacamos los kilos de comida que habían sobrado para la cena y seguimos la fiesta hasta la madrugada.

Mis padres nos habían preparado una habitación en el piso de arriba para que pudiésemos dormir juntas.

A eso de las cuatro de la mañana se marcharon los últimos y pudimos subir a descansar. Vestidas aún nos dejamos caer en la cama. Zoe me miró riéndose y dijo:

—Si esto es el recibimiento no quiero pensar cómo será la boda.

—Imagínatelo, como las bodas gitanas. —Le dije y nos reímos las dos.

Aquellos días fueron estupendos, recorrimos la zona y le enseñé los lugares más bonitos del entorno. Montamos en bici, nos bañamos en el río, hicimos excursiones y por supuesto vivimos intensamente la noche discotequera.

En cuanto al sexo tuvimos que poner un pestillo en la puerta al tercer día, creo que no hubo nadie de la familia que no nos pillara infraganti.

El jueves llegaban los padres y el hermano pequeño de Zoe a Madrid. Mi padre nos dejó el coche para que fuéramos a buscarlos y los trajéramos al pueblo. Isaac trabajaba hasta el viernes así que vendría por su cuenta el fin de semana.

Yo estaba un poco nerviosa, no conocía a sus padres y no estaba segura de que no se abrumaran un poco con mi numerosísima familia. Zoe me

tranquilizó.

—Todo va a ir bien, les vas a encantar, ya lo verás. —Me dijo agarrándome la mano.

A la hora de comer estábamos de nuevo en el pueblo. Temí que mis padres hubiesen organizado otro fiestón multitudinario como el del sábado, pero no fue así, todo lo contrario. Habían organizado una comida formal en el comedor bueno, que sólo se utilizaba para las Navidades y eventos destacados, incluso se habían vestido para la ocasión.

La comida fue muy agradable, sus padres y los míos se regalaban cumplidos y se alternaban la importancia, parecía como si ya se conociesen hace tiempo. Por supuesto no se habló en la mesa ni de política, ni de religión, ni siquiera de fútbol.

## La boda

Al fin llegó el gran día. Esa noche nos obligaron a dormir separadas, nos íbamos a echar mucho de menos, pero nos pareció bastante romántico, así que accedimos. Nuestras respectivas familias y amigos se ocuparon de que no nos viéramos en todo el día. Nos vistieron, nos peinaron y nos dieron cientos de consejos para que nuestro matrimonio durase para siempre.

Para casarnos habíamos elegido el claustro románico de un antiguo convento, que actualmente se utilizaba como casa de la cultura. Mi padre me llevó hasta allí en coche, apenas había doscientos metros desde mi casa, pero él se empeñó en hacerlo así. Me dejó en la puerta donde me esperaban ya casi todos los invitados y volvió para buscar a Zoe. Cuando salió del coche, con aquel vestido blanco, impoluto, pensé que era la mujer más bella que había visto jamás. Subió los escalones hasta donde yo estaba y me dio un beso en la mejilla mientras me susurraba: “estás preciosa”. Entramos en el claustro, cada una del brazo de su padre hasta nuestros sitios, con los testigos a los lados y todos los demás detrás.

El alcalde había preparado un emotivo discurso sobre la libertad y el orgullo de casarnos en el pueblo, que leyó antes de proceder con el acto en sí. Nos leyó nuestras obligaciones y derechos, nos pidió nuestro consentimiento y nos invitó a ponernos las alianzas. Finalmente, con gesto solemne y mirando al foro dijo:

—Así pues, y visto vuestro consentimiento, y en virtud de las facultades que legalmente me han sido otorgadas os declaro unidas en matrimonio.

Nos miramos y nos besamos apasionadamente hasta que nos dejaron, porque pronto teníamos encima a todos los asistentes dándonos la enhorabuena. Salimos del claustro para que nos lanzaran los quilos de arroz que habían traído y hacernos fotos con todos los invitados.

Después de un buen rato allí nos fuimos hacia el banquete. La verdad es que lo pasamos en grande. Fue un día maravilloso, aunque agotador.

A las cinco de la mañana, aprovechando un despiste de los amigos nos escapamos al hotel a pasar nuestra noche de bodas. La separación del día anterior hizo que la cogiéramos con mas ganas si cabe.

A la suite no le faltaba detalle, estaba adornada para la ocasión, y nos habían dejado champán y fresas. Serví el champán en las copas y cogiendo a Zoe por la cintura le dije:

—Creo que no se puede ser más feliz de lo que yo soy ahora mismo, brindo por ti: mi mujer, mi compañera para la eternidad. —Bebimos y nos besamos.

Lo que siguió después fue fuego puro, nos amamos hasta más allá del alba, no queríamos dejar de besarnos y acariciarnos y seguimos así hasta que al final nos venció el cansancio.

## **La confesión**

Al día siguiente a la hora de comer dejamos el hotel y volvimos a casa de mis padres. La familia de Zoe volvía a Chicago el lunes y queríamos ir a despedirnos de ellos. Sus padres nos querían regalar una luna de miel recorriendo Estados Unidos, era muy tentador, pero yo dudaba que la policía me permitiera viajar al extranjero, aunque de momento no tenían nada contra mí eso podía sonar a huida y preferimos no arriesgarnos a aceptarlo hasta hablar con nuestro abogado.

Por la tarde aprovechamos que Santi y Diego volvían a Madrid y nos fuimos con ellos. De camino les contamos lo que había pasado con el ex de Zoe, la misma versión que a la policía obviamente. Se quedaron horrorizados de pensar que podía haber alguna sospecha sobre mí. Santi me conocía desde el colegio y me había visto salvar a todo tipo de animalitos, ayudar a los más inadaptados y meterme siempre en las peleas para separar a la gente, él tenía claro que yo no podía haber hecho daño a nadie. Me dijo que si necesitaba alguna coartada para quitarme el marrón de encima estaba dispuesto a mentir por mí, sin dudarlo.

Eran un poco más de las siete cuando nos dejaron en casa. Después de diez días de auténtica locura nos apetecía mucho estar solas. Dejamos la maleta en el dormitorio, nos pusimos cómodas y nos sentamos en la terraza con un par de cervecitas heladas. Zoe se acercó y apoyó la cabeza en mi hombro, yo pasé el brazo por detrás de su cintura y la traje hacia mí para darle un beso. Me miró con sus preciosos ojos verdes, en su mirada había un interrogante, sabía que no iba a aguantar sin averiguarlo.

—Lucía, ahora soy tu mujer. Cuéntame lo que pasó. —Me dijo sin separarse de mí.

—Seguro que quieres saberlo. —Le dije yo bajando la mirada.

—Sí, no voy a permitir que lleves tú sola este peso. —Añadió

Me quedé callada un momento, confesar aquello no era fácil. Ella se dio cuenta e intentó facilitármelo.

—Cariño, hicieras lo que hicieras lo hiciste por amor, yo en tu lugar habría hecho lo mismo. —me dijo acariciándome la cara.

—Está bien, te lo contaré todo, pero mejor vamos dentro. —Le dije tirando de ella hacia el salón.

—Creo que me voy a poner algo más fuerte. —Añadí.

Cogí la botella de Chivas y saqué dos vasos de whisky y un par de hielos para cada una y los puse en la mesa baja que había delante del sillón. Nos sentamos y empecé a contarle todo lo que había pasado, que cuando Carlos salió de la cárcel tuve miedo por ella y contraté una agencia de detectives para tenerle vigilado, que estando de vacaciones me había llegado un mensaje de él y que el día que se fue a Chicago me llamaron de la agencia para avisarme de que estaba cerca de nuestra casa. Que al principio pensé ir a la agencia para que un escolta me acompañase a casa pero que luego pensé que aquello no solucionaría nada y me fui sola con intención de enfrentarme a él. Le conté que cuando me senté en la mesa de al lado en el bar pensé que me reconocería, pero que al ver que no lo hacía se me ocurrió que acercarme a él era una buena forma de averiguar si tramaba algo. Le conté como planifiqué cada movimiento y que tuve la precaución de no llevar nunca los móviles encima. Que finalmente cayó en mi trampa y me invitó a cenar a su casa, que le dormí con el somnífero y que estuve registrando de arriba abajo cada habitación, que no encontré nada hasta que bajé al trastero y le conté con todo detalle lo que allí había, que era mucho más de lo que nos había contado la policía. Le dije que dejé todo como estaba y que lo único que me llevé fue nuestra llave y la cinta americana.

Paré un momento. Lo que venía ahora era demasiado duro como para contarlo sin tomar aire. Zoe me abrazó y me dijo:

—Date un respiro cariño, ahora seguimos.

La miré y seguí. Le conté que cuando subía en el ascensor pensé en llamar a la policía, pero que me di cuenta de que aquello sólo iba a ser una solución momentánea, y yo no quería pasarme la vida con miedo de que a ella le pudiera pasar algo, y que entonces tomé la decisión de hacerlo.

—¿Cómo lo hiciste? —Me preguntó.

Bajé la mirada, contar aquello me resultaba demasiado doloroso.

—No me pidas que te lo cuente por favor. — Le dije sin poder evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos.

Zoe me secó las lágrimas con sus manos y dijo:

—Tranquila, no es necesario que me cuentes los detalles.

Le conté que una vez hecho le llevé a su cama y simulé que se había corrido una juerga, que limpié todo para evitar dejar huellas, que me llevé en una bolsa todo lo que pudiera indicar que había estado allí y lo tiré en un cubo de basura bastante lejos de su casa. Que al final cogí un taxi y lo dejé a cinco minutos de casa y desde allí volví andando.

Cuando terminé de hablar Zoe estaba un poco seria. Ella siempre había sospechado que le maté, pero tener la certeza era un peso mucho más grande que el de la duda.

—Tenemos que dejar todo bien atado, no creo que la policía te deje tranquila tan pronto y el más mínimo fallo podría ser fatal. —Me dijo con determinación.

—Lo he repasado mil veces, el único fleco que hay es del día que te fuiste, cuando estuve con él en el bar, pueden situar los móviles en la misma zona, pero al fin y al cabo puede parecer que yo estaba en casa, era él el que estaba violando la orden de alejamiento. —Le dije mirándola a los ojos.

—Lucia, eres muy valiente. Lo que hiciste es horrible y a la vez tremendamente romántico y aunque jamás te habría pedido que hicieras algo así por mí, que lo hayas hecho me hace amarte aún más. Te pido perdón por no haberme dado cuenta de lo que estaba pasando. No tengas ninguna duda de que estoy contigo hasta el fin y haré todo lo que sea necesario para que salgamos de todo esto bien paradas. —Me dijo intentando esbozar una sonrisa tranquilizadora. Y añadió:

—Ya te lo dije, ahora no somos tú o yo, somos nosotras, tu destino es el mío y mi destino el tuyo.

Nos dimos un largo abrazo y tras prometernos que no volveríamos a hablar de aquello sellamos nuestro silencio con un beso.

## Sin fronteras

El lunes por la mañana llamamos al abogado. Nos dijo que la advertencia de la policía de que me mantuviera localizable no era más que una amenaza, que, aunque tenían sospechas sobre mí no tenían ninguna prueba y que si el juez no decía lo contrario yo podía ir a donde quisiera dentro y fuera de España. Nos parecieron fantásticas noticias, eso nos permitía aceptar el regalo que nos habían hecho sus padres.

El viaje fue increíble, estuvimos casi un mes recorriendo Estados Unidos, visitamos los sitios más típicos y al final del viaje reservamos unos días para estar con su familia. Nos trataron a cuerpo de rey sin dejarnos pagar ni una cerveza. Además, nos dieron dinero para ayudarnos, Zoe aún no tenía trabajo y mi sueldo era pequeño para mantenernos a las dos. Intentaron convencernos para que nos quedáramos allí. Con mi curriculum yo podía buscar trabajo en alguna universidad cobrando un sueldo decente y con acceso a algunos de los más interesantes proyectos científicos del momento. No voy a negar que me lo pensé, de hecho, les prometí que me informaría de las becas que había en aquel momento cuando llegara a España.

## Septiembre

El día 31 de agosto aterrizamos en Madrid, era jueves. A mí me quedaban sólo cuatro días de vacaciones, había sido un verano muy intenso así que decidimos pasar esos días tranquilamente, sin grandes planes, viendo a los amigos, paseando por la ciudad y disfrutando la una de la otra. Nos apetecía tener un poco de rutina juntas, esa que había desaparecido desde que recibimos la noticia de que Carlos estaba en la calle.

El lunes cuando sonó el despertador abrí los ojos con dificultad, hacía tiempo que no me pegaba esos madrugones. Zoe no estaba en la cama, me levanté para buscarla y la encontré en la cocina, preparándose el desayuno.

—Vamos dormilona dúchate que vas a llegar tarde. —Me dijo acercándose para darme un beso de buenos días.

Me duché rápido para disfrutar el mayor tiempo posible del desayuno. Yo a veces me iba andando a la Facultad, pero ese día no pensaba gastar ni un

minuto de más que no fuera con ella. Apuré al máximo y sólo me levanté de la mesa cuando ya no me quedó más remedio.

Zoe me dijo que se iba a acercar a secretaría para ir arreglando las cosas del título y que luego me esperaría por allí.

La jornada me pareció eterna sin ella, a pesar de que la mayor parte del tiempo me la pasé hablando con mis compañeros, contándonos nuestras respectivas vacaciones. Las mías sin duda fueron de las más aclamadas, con tres viajes y una boda era difícil competir. Casi todo el mundo me preguntó por qué nos habíamos casado tan repentinamente, los que me conocían bien sabían que yo podía ser muy impulsiva, les dije que estábamos muy enamoradas y que decidimos no esperar más. La locura por amor es algo que casi todo el mundo entiende.

A las tres cerré la puerta del despacho, Zoe me estaba esperando fuera, algunos de mis compañeros que habían salido antes que yo se habían parado a darle la enhorabuena. Les dije que les invitaba a una cerveza en el bar y nos tomamos un par de rondas con ellos.

Aunque ya era tarde se nos había quitado un poco el hambre, así que volvimos dando un paseo. A las cuatro estábamos en el barrio, decidimos tomarnos un par de raciones en el bar de enfrente.

Cuando José, el dueño me vio le hizo una señal al camarero para decirle que iría él a atendernos. Se acercó a la mesa y tras saludarnos me dijo:

—Lucia, tengo que decirte algo en privado.

Me pareció muy extraño.

—Puedes decirme lo que quieras delante de ella, es mi mujer. —Le dije

—¡Ah! Enhorabuena. —Dijo sorprendido y añadió:

—Hace unos días estuvo aquí la policía. Me enseñaron tu foto y la de un chico, aquel con el que estuviste sentada un día este verano. Me preguntaron si os reconocía y si os había visto juntos. Les dije que a ti te conocía desde hacía años y que a él le había visto por el barrio hace tiempo, pero que nunca os había visto juntos. No sé si hice bien.

Me quedé pensativa un momento y le contesté.

—Si José, hiciste bien. Yo no le conocía de nada y se sentó un rato conmigo intentando ligar. No tengo ni idea de su vida, mejor que no me relacionen con él, no vaya a ser un traficante o algo así. —Le dije con la cara más inocente que pude poner.

—Menos mal, hace días que quería preguntártelo, pero me dejaste más tranquilo. Si vuelve la policía mantendré esa versión, que gente como esa le

puede complicar a uno mucho la vida. —Me dijo sonriente mientras me hacía con la cara el gesto de “¿qué queréis tomar?”.

Cuando se fue Zoe y yo nos miramos, no hizo falta que nos dijéramos nada, las dos estábamos pensando lo mismo. Por más que nosotras nos empeñáramos en pasar página, aún nos quedaban muchas barreras que saltar.

## **Presunción de inocencia**

Acabábamos de subir a casa cuando recibimos una nueva llamada del abogado. Nos citaban para declarar el próximo jueves, esta vez ante el juez. Quedamos en pasarnos por su despacho el día de antes para preparar la declaración.

Cuando colgamos Zoe me miró y dijo:

—¿Qué vamos a hacer Lucia? ¿Crees que deberíamos contarle al abogado la verdad?

—Creo que de momento no. Mientras no tengan nada contra mí, cuanto menos gente lo sepa mejor. —Le dije convencida.

Ella asintió con la cabeza.

La declaración ante el juez fue más relajada que la de la policía. Nuestro abogado frenó en todo momento las preguntas más incisivas, dejando claro que las víctimas éramos nosotras y no él, y que si la policía no era capaz de explicar la muerte de Carlos, intentar relacionarnos con ella sin prueba alguna violaba totalmente el principio de presunción de inocencia. El juez le dijo a la policía que investigara por otro camino y me dejó marchar en libertad sin cargos.

Esa noche salimos a cenar para celebrarlo, sentíamos que nos habíamos quitado un peso de encima.

## Capítulo 6

### Como cada mañana

Habían pasado cinco semanas desde la declaración en el juzgado. Zoe había decidido prepararse las oposiciones y yo andaba liadísima con mi tesis, nuestra casa parecía una biblioteca.

El dinero que nos mandaban los padres de Zoe nos ayudaba a llegar a fin de mes, pero las dos teníamos muchas ganas de ser totalmente independientes y eso pasaba por muchas horas de estudio.

Todas las mañanas nos levantábamos juntas, madrugar a su lado era algo mágico. Casi todos los días hacíamos el amor antes de levantarnos y aquella mañana no fue distinta.

Era bastante temprano cuando me desperté, Zoe estaba a mi lado, tumbada boca abajo, retiré la sábana con cuidado y comencé a besarla desde la planta de los pies. Mientras subía por sus piernas noté como se despertaba, su respiración se iba agitando, se dio la vuelta y tiró suavemente de mi, mi boca calló justo entre sus muslos, notaba su sabor y me excitaba tanto como si sus propias manos me estuviesen recorriendo, coloqué sus piernas sobre mis hombros y me agarré a su cintura con las manos, sabía muy bien como darle el máximo placer, ella se estremecía y se retorecía, su cuerpo se tensó como un arco, me aferré a ella sólo un segundo más y trepé rápidamente para sentir como se derrumbaba sobre mí.

—Buenos días. — Le susurré al oído.

—Si lo son. —Me dijo ella mirándome con su encantadora sonrisa.

Miramos el reloj, se había hecho un poco tarde, tendríamos que elegir desayuno o cama. Zoe me miró y me dijo:

—Tu ya has desayunado, ahora me toca a mí.

Llegamos a la Facultad tarde y con el estómago vacío, pero con el corazón plétórico de felicidad.

A las diez y media hice un descanso y fui a buscarla a la biblioteca. Me acerqué a ella por detrás y le dije:

—Te invito a desayunar o a lo que quieras.

Se volvió sonriente y me dijo:

—No me tientes, mala.

Fuimos a la cafetería y nos pedimos un desayuno completo, estábamos

desfallecidas las dos. Me habría gustado quedarme con ella toda la mañana pero el trabajo me llamaba, me acompañó hasta el despacho me dio un beso y se fue a la biblioteca a seguir estudiando.

A las tres y cinco ya estábamos las dos en la puerta preparadas para irnos a casa. Nos dimos la mano y nos fuimos dando un paseo.

Esa noche habíamos invitado a cenar a Santi y a Diego. Aún no teníamos nada preparado, pero teníamos hambre así que nos subimos a casa y Zoe me dijo que después de comer bajaría ella a comprar algo.

## Cabos sueltos

Mientras ella iba a comprar yo le di una vuelta a la casa. Limpié un poco y quité todos los papeles que teníamos diseminados por el salón. Cuando hube terminado me senté en la terraza a esperar que volviera. La vi bajar por la calle cargada de bolsas. Cuando estaba a penas a veinte metros del portal se le acercó un hombre, aquello me pareció extraño así que me levanté apoyándome en la barandilla para ver mejor. El tipo tenía tatuado casi todo el cuerpo, vi que la agarraba del brazo y ella se retiraba bruscamente. No le veía bien la cara, pero la expresión de su cuerpo era de rechazo absoluto. Me puse volando unas zapatillas y bajé lo más rápido que pude. Cuando llegué a donde estaba ella ya estaba sola. Me vio llegar y soltó las bolsas en el suelo.

—¿Que ha pasado? ¿Quién era ese?. —Le dije preocupada.

—Mejor vamos a casa y te lo cuento. —Me dijo con la cara descompuesta.

Subimos y me contó que el tío se le había acercado llamándola por su nombre. Le había dicho que era amigo de Carlos de la cárcel y que tenía pruebas de que yo había estado con él el día que murió. Que si no le dábamos dinero iría a la policía con el cuento. Ella le dijo que no teníamos dinero, pero él conocía muchos detalles de su vida y le insinuó que se lo pidiera a sus papás. Le pidió cincuenta mil euros, luego, cuando la cogió del brazo le propuso una rebaja si se acostaba con él, dijo que no le extrañaba que Carlos estuviese obsesionado con ella. Antes de irse le apuntó su teléfono en un papel y le dio de plazo una semana.

—¡Hijo de puta! —Me salió del alma.

—Tranquila. Vamos a preparar la cena a los chicos y ya mañana pensaremos qué hacer. El tío quiere la pasta, no va a ir a la policía corriendo. Mantengamos la mente fría, ¿acaso no somos más listas que un expresidiario

yonki? —Me dijo con cierta sorna.

—Tienes razón. Mañana lo pensaremos tranquilamente. —le dije mientras le ayudaba a sacar las cosas de las bolsas

La cena estaba riquísima, Zoe cocinaba de miedo. Con los chicos siempre lo pasábamos genial, consiguieron que nos olvidáramos totalmente del percance de la tarde. Tomamos una copa, pero la cosa no se alargó mucho porque ellos trabajaban el viernes por la mañana. Cuando se fueron nos pusimos otra y nos vimos unos cuantos capítulos de la serie “Episodes”, que siempre nos hacía reír, acurrucadas en el sillón.

## ¿Qué sabes?

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, desayunamos y cada una se puso con sus estudios. Estuvimos muy concentradas toda la mañana. Eran casi las tres cuando levantamos la cabeza de los papeles.

—¿No tienes hambre cariño? —Preguntó Zoe.

—La verdad es que sí. —Dije.

Se levantó y empezó a preparar la comida. Yo le serví una copa de vino y abrí una lata de berberechos para que picáramos algo mientras. Me encantaba verla cocinar, me entraban unas terribles tentaciones de llevármela a la cama, se lo dije y ella se rio, me dijo que la estaba poniendo nerviosa, pero yo sabía que no, le encantaba que la provocase. A las dos nos encantaba.

Nos sentamos a comer entre caricias y besos. La verdad es que si no fuera por la que se nos venía encima éramos muy felices, sabíamos disfrutar de cada momento que estábamos juntas, nos amábamos profundamente y nos deseábamos aún más.

Sabíamos que teníamos un tema pendiente, pero nos sentíamos tan a gusto en ese momento que ninguna se decidía a sacarlo. Cuando llegamos al café ya era una cuenta atrás, no podíamos huir de aquello, si no lo resolvíamos toda esa felicidad que habíamos construido se desmoronaría y nos arrasaría. Zoe siempre era más valiente que yo y esta vez no iba a ser distinto, así que empezó ella:

—¿Qué vamos a hacer?. —Me preguntó sin esperar ninguna respuesta en concreto.

Me quedé un instante pensativa, recordé sus palabras “¿acaso no somos más inteligentes que él?” ¡Por supuesto que lo éramos!

—Tenemos que averiguar que sabe, eso es lo primero. Una vez que

sepamos si realmente tiene alguna prueba tendremos que ingeniárnosla para deshacernos de ella y después... —Hice una pausa, las dos sabíamos como terminaba la frase.

Zoe me miró, vi en sus ojos que estaba decidida a hacer cualquier cosa, pero yo sabía que llegado el momento, tiene que haber un motivo muy importante para ser capaz de llegar hasta el final, y esta vez el motivo era yo, y no ella.

Por experiencia sabía lo importante que era no dejar rastro. Llamarle desde nuestros teléfonos no era una opción, tampoco debíamos hacerlo desde un teléfono público demasiado cercano a nuestra casa, ni llevar los móviles encima cuando hiciéramos la llamada. Además, ahora en Madrid prácticamente no había cabinas. Recordé que había una en la Puerta del Sol. Se lo dije a Zoe.

—Vale, el sitio es perfecto. —Dijo mientras sacaba un papel y un bolígrafo para dibujar nuestro plan.

La miré inclinando la cabeza y entonces añadió:

—Tranquila que luego lo destruimos.

Nos miramos con complicidad y nos sonreímos sin pararnos a pensar como terminaba el plan.

—Una vez que sepamos lo que tiene, tendremos que buscar un sitio donde quedar con él sin que nadie nos vea y preparar el dinero, o al menos que parezca que lo tenemos... —Le dije.

Ella asintió con la cabeza. —Luego habrá que pensar como dejarle fuera de juego, pero eso ya lo pensaremos más adelante, vamos paso por paso. —Dijo Zoe.

Miré el reloj, eran casi las cinco y media.

—Zoe, le tienes que llamar tú. Él está flipado contigo, usa tus armas para conseguir toda la información y el máximo tiempo posible. ¿Podrás hacerlo cariño? —Le dije

—Me sobran motivos para hacerlo. —Me dijo cogiéndome suavemente por el cuello, me miró un instante a los ojos y me besó.

## **La miel en los labios**

Eran cerca de las siete cuando llegamos a la Puerta del Sol, como de costumbre estaba de bote en bote, nos paramos un momento bajo el reloj para localizar la cabina. Nos cogimos de la mano para darnos fuerzas y nos

dirigimos hacia ella. Zoe me miró y me dijo que prefería estar sola, tenerme cerca podía descentrarla en ese momento. Lo entendí perfectamente. Le dije que la esperaba en el Rey del Jamón tomando una cerveza y así lo hice.

Zoe se quedó sola frente a la cabina, miró el pedazo de papel en el que estaba apuntado el teléfono y tras respirar profundamente unos segundos lo marcó.

Él descolgó rápidamente, se le notaba cierta ansiedad y ella se percató. Esperó unos segundos y le dijo “soy Zoe”. Él le dijo que la estaba esperando y se atropelló intentando hacer ver que se le acababa el tiempo para evitar que fuera a la policía. Ella le vaciló un poco:

—Creí que no eras demasiado amigo de la policía.

—No lo soy, pero sí del dinero que puedo ganar gracias a ellos. —Le dijo con chulería.

—Mira, nosotras no tenemos tanto dinero y no se lo puedo pedir a mis padres, he pensado en lo que me dijiste y estoy dispuesta a hacerlo. —Dijo Zoe

—¿Estás dispuesta a echar un polvo por un descuento? —Dijo riéndose.

—Sí. Siempre que el descuento merezca la pena y las supuestas pruebas que dices tener también. —Le dijo con voz tierna.

—Quieres saber lo que tengo. —Dijo él haciéndose el interesante.

—Si no no hay trato. —Le dijo tajante Zoe.

—Tengo un montón de conversaciones de WhatsApp en las que Carlos me contaba que había conocido a una tía, me dijo que estaba bastante buena y me mandó unas cuantas fotos que le hizo sin que ella se diera cuenta cada vez que quedaron. Además tengo varios del día en que tu amiga le mató, diciéndome hasta la hora a la que habían quedado, me mandó fotos de como le había preparado todo, con flores vino y toda la pesca y de una papela que había pillado para el fin de fiesta. ¿Te parece que merece la pena negociar? —Dijo sintiéndose el dominador absoluto.

—Creo que sí. —Le dijo Zoe fingiendo sumisión.

—Entonces cuanta pasta tenéis. —Preguntó

—Lo máximo que podemos conseguir son unos veinte mil, eso y una noche conmigo. —Le dijo Zoe.

—Eso es muy poco. —Dijo él.

—Piénsatelo, te llamo en un par de días. —Y le colgó sin dejarle decir nada más.

Zoe era una verdadera artista en eso, sabía dejarte muriendo de pasión

por ella y él no iba a ser el primero que se le resistiera.

La vi llegar, pagué la caña y salí a su encuentro. Nos fuimos paseando hacia casa, por el camino me contó con pelos y señales la conversación. Al instante entendí su plan. Los dilemas morales cada vez tenían menos sitio en mi mente, la supervivencia primaba sobre todos ellos. Lo único que me preocupaba era el peligro que pudiera correr ella.

Cuando llegamos al barrio estábamos las dos un poco saturadas, así que decidimos quedarnos a tomar unas cañas en el bar de José para no subirnos a casa con todo ese mal rollo.

## Tiempo muerto

Ese día bebimos un poco más de la cuenta, estaba justificado. A partir de la quinta ronda, dejamos de pensar en aquello y nos dio por recordar algunos de nuestros mejores momentos, que eran muchos a pesar de que no llevábamos juntas ni dos años.

De pronto hacia las diez aparecieron Santi y Diego, llevaban llamándonos toda la tarde. Les dijimos que habíamos salido a dar una vuelta por el barrio, y nos habíamos olvidado de los teléfonos en casa, que luego habían surgido unas cañas y no nos habíamos preocupado de subir a buscarlos. Viendo la cantidad de vasos que había en la mesa resultaba totalmente creíble.

Nos tomamos con ellos unas cuantas cañas más y después otras tantas copas. Teníamos tanta adrenalina en el cuerpo que a pesar de la excesiva ingesta de alcohol no estábamos borrachas. A las dos de la mañana José nos dijo cariñosamente que nos fuéramos a casa y le hicimos caso, nos despedimos de los chicos y nos subimos sin pensarlo más.

Ya en casa nos pusimos la “penúltima”. Nos sentamos en la terraza, la luna estaba frente a nosotras, como un espejo que sólo te devuelve la imagen si sabes como mirarlo. Era una bonita metáfora de lo que sentía en aquel momento. Cogí a Zoe entre mis brazos y ella me besó en el cuello y luego apoyó la cabeza en mi hombro.

—Te quiero. —Le dije y ella se aferró a mí con más fuerza.

Al cabo de un rato noté como se quedaba dormida en mis brazos así que la cogí como tantas otras veces y la llevé a la cama.

Antes de acostarme salí a fumarme un cigarro, necesitaba estar un momento a solas. Cuando hube terminado cerré la ventana y me reuní con Zoe, la abracé por detrás y me quedé dormida en sus pliegues.

## El plan

Cuando desperté ese sábado seguíamos abrazadas, pero Zoe se había dado la vuelta y estaba prácticamente sobre mí. Intenté escurrirme de sus brazos, pero se despertó y no me dejó escapar. Me susurró al oído: “primero hagamos el amor, luego ya pensaremos en lo demás”. Mientras hablaba sentí como sus dedos me acariciaban sin rodeos, ante eso no había escapatoria posible. Ella me tocaba y sin dejar de hacerlo noté como se masturbaba, quería esperarla, me resultaba casi imposible pero no hizo falta, porque mi orgasmo la arrastró al suyo como el agua de la presa al arroyo calmado al abrir la compuerta. Nos quedamos así, empapadas la una de la otra, sin separarnos ni un milímetro.

A las doce nos sentamos a desayunar. Sabíamos que teníamos que empezar a pensar en lo que íbamos a hacer, tenía que ser un plan perfecto sin un solo fallo. Debíamos buscar un lugar discreto al que nadie nos viera llegar, y tener una coartada muy sólida que nos situara en otro lugar todo el tiempo que estuviésemos con él. Había que pensar en como deshacernos de las pruebas sin dejar rastro. Conseguir una cantidad importante de dinero en efectivo y una excusa creíble para sacarla del banco sin levantar sospechas. Por último había que pensar que haríamos con él.

Lo primero de lo que nos ocupamos fue del dinero. Todavía teníamos doce mil euros de los regalos de nuestra boda, pero no era suficiente. Zoe llamó a sus padres y les dijo que íbamos a comprarnos un coche y necesitábamos que nos prestaran el dinero. No hubo ningún problema, ellos mantenían su cuenta de España y Zoe tenía una tarjeta, le dijeron que cogiera lo que necesitara y que ya hablarían de si tendríamos que devolverles algo o no. Mi tarjeta tenía un límite de mil doscientos euros al día y la de Zoe de mil quinientos, así que lo máximo que podíamos sacar cada día eran dos mil setecientos, en una semana diez y ocho mil novecientos, además en casa teníamos más de cuatro mil de los cinco mil que nos habíamos llevado a Estados Unidos y de los que no nos habíamos gastado prácticamente nada. En total unos veintitrés mil euros. Tendríamos que convencerlo de que los aceptara.

Lo segundo era dónde. Aunque pudiera parecer que algún sitio apartado al aire libre era lo más discreto, aquello tenía muchos inconvenientes, necesitaríamos un coche, que no teníamos, además sin conocer bien el paraje podíamos encontrarnos con alguna sorpresa desagradable o algún testigo

inesperado. Pensamos que lo mejor era quedar en algún hotel -picadero de esos que están fuera de las ciudades y se accede discretamente a la habitación por el garaje. Tendríamos que convencerlo de que reservase él la habitación y conseguir el código de reserva para que las dos pudiésemos acceder. Otra cosa sería como llegar allí sin ser vistas.

Por último y no menos importante era que íbamos a hacer con él, no teníamos claro si era un traficante, un ladrón o un asesino, en cualquier caso no era el tipo de tíos con los que estábamos acostumbradas a tratar. Por su aspecto físico no iba a ser fácil reducirlo, en un cuerpo a cuerpo teníamos las de perder, incluso yendo las dos contra él. Había que pillarlo de improviso y la opción de drogarlo no iba a ser tan fácil como con Carlos, este se las sabía todas y desde luego no se fiaba de nosotras.

Para el tema de la coartada se me ocurrió un plan, era algo rebuscado pero podía funcionar. El inconveniente es que tenía que implicar a Santi, tenía que madurarlo antes de ni siquiera pedírselo.

Faltaba el coche, recordé que Lola tenía uno y que en múltiples ocasiones me lo había ofrecido, la llamé y le pregunté si me lo podía prestar para él próximo sábado. Me dijo que sin problema, que ella no lo usaba y que incluso le venía bien, así se ahorrraba darle la vuelta a la manzana semanal para evitar que se quedara sin batería. Quedó en llevarme las llaves a la facultad un día de la semana siguiente. Lola no vivía muy lejos y cuando tenía turno de tarde solía irse a caminar por allí casi cada mañana.

Mientras yo hablaba con Lola, Zoe localizó un hotel, se accedía con un código de barras que te enviaban al correo al hacer la reserva. Eso era perfecto, le daríamos un correo electrónico especialmente creado para la ocasión, podríamos imprimir el código en cualquier locutorio, sin necesidad de llevar encima ningún dispositivo electrónico el día de marras.

El plan estaba prácticamente montado, sólo nos faltaba hablar con Santi y pensar como íbamos a librarnos de aquel tipo.

## **No dejaré que te toque**

El domingo quedamos a tomar unas cañas con Santi y con Diego en el bar de abajo. Yo quería hablar primero con Santi para ver si aquello era viable. Cuando estábamos en el bar le pedí que me acompañara un momento a casa para bajar una caja muy pesada del armario, mientras Zoe y Diego se quedaron abajo tomando algo.

—Santi, tengo que pedirte un favor enorme. Puedes decirme que no, porque no te voy a poder contar todo, pero te lo pido porque eres mi mejor amigo y lo necesito. —Le dije cuando entramos en casa.

—¿De qué se trata?. —Me preguntó intrigado.

—El próximo sábado necesito que vengas a buscarnos después de comer, sobre las cinco de la tarde. En un momento a mitad de camino Zoe y yo nos bajaremos, pero te llevarás nuestros móviles a tu casa, para simular que pasamos con vosotros el fin de semana. El domingo por la mañana iremos a buscarlos. No puedo explicarte más. —Le dije con cara seria.

—¿Es por lo del ex de Zoe verdad? —Me preguntó.

—Sí. —contesté.

—No hay problema, ya te dije que estaba dispuesto a mentir por ti. Diego también está de acuerdo, hemos hablado alguna vez de ello y por su parte no había inconveniente. —me dijo mientras me ponía la mano en el hombro.

Le di las gracias y bajamos a tomar algo con Zoe y Diego.

Por la tarde volvimos a la cabina de la Puerta del Sol. En un locutorio cercano creamos una dirección de correo electrónico, todos los datos de la cuenta eran de Carlos. Después Zoe llamó al chantajista. Al principio protestó por el dinero, pero terminó aceptándolo porque vio que era difícil que sacara algo más en este momento. Le convenció de que lo reservara él para evitar que yo me enterara. Se puso cachondo el gilipollas. En sus planes estaba tirarse a Zoe, llevarse la pasta y volver a chantajearnos tiempo después. Al poco de colgar volvimos al locutorio, ya teníamos allí el código de acceso.

Durante la semana fuimos sacando el dinero hasta reunirlo todo. Lola me llevó las llaves y yo salí un día a media mañana, aprovechando la hora del desayuno para dejar el coche en un lugar estratégico.

Aún nos quedaban por rematar un par de cosas: como íbamos a hacer para que si nos gravaba alguna cámara no se nos reconociera y de qué manera nos íbamos a librar del indeseable. Lo primero fue fácil, mis amigos y yo llevábamos años disfrazándonos en carnaval, teníamos un montón de pelucas y ropa de todo tipo. La mayoría estaban en mi trastero, porque fui de las primeras en emanciparme y solían venir a mi casa a vestirse. Lo segundo ya no era tan fácil, nos costaba hablar de ello, aunque sabíamos que era lo más importante de todo el plan.

El jueves por la noche nos sentamos a cenar. Estábamos las dos un poco ausentes, el día se acercaba y aquello empezaba a pesarnos mucho.

—Zoe, tenemos que planear como hacerlo. —Le dije con seriedad.

—Lo sé. —Me dijo bajando la mirada.

Las dos sabíamos que nuestra única baza era pillarle distraído y eso sólo iba a pasar cuando se la estuviese follando. Para ella era muy duro y a mi pensarlo me destrozaba el corazón, ¿pero ¿qué otra opción teníamos?

—Cariño, si no quieres hacerlo podemos pensar en otra cosa, aún estamos a tiempo. —Le dije acercándome a ella y agarrándole las manos.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —Me dijo mientras las lágrimas le brotaban de los ojos.

La abracé y entonces se me ocurrió.

—Tengo una idea. No voy a dejar que ese cabrón te toque. —le dije convencida.

Cogí el teléfono y llamé a mi primo Manuel, trabajaba de escolta y era un auténtico fanático de todo tipo de armas. Le conté que en el laboratorio estábamos trabajando con un nuevo gel aislante para los chalecos antibalas, que lo habíamos probado con electrodos inmóviles pero que necesitábamos ver si resistía al impacto de los dardos de una pistola Taser, que habíamos pedido una pero la burocracia era lenta y tardarían al menos un mes en aprobarnos el gasto, y necesitábamos hacer los ensayos esa misma semana. Que me había acordado de que él había comprado una hace muy poco y quizá nos la pudiera dejar hasta que tuviéramos una en el departamento. Me dijo que sí sin dudarle, que esa misma noche nos la llevaba a casa, que había quedado a tomar unas copas en el centro.

A la hora y media llegó mi primo.

—¿Quieres una cerveza Manu? —Le dije señalándole un botellín bien frío que acababa de sacar del congelador.

—Sí, me la tomo mientras os cuento como funciona. —Sacó la pistola de la funda y siguió hablando:

—Esto lleva dos arpones que se clavan unidos por un cable a la pistola y se produce una descarga eléctrica, mientras aprietas el gatillo continua la descarga, el máximo con personas son cinco segundos, con eso ya le dejás frito. Lo ideal es disparar a unos tres metros como mínimo y cinco como máximo. Pesa un poco, pero a esa distancia es difícil fallar, además el chaleco no va a salir corriendo. —Dijo riéndose.

—No, creo que le va a ser imposible huir. —Nos reímos los tres.

Mi primo no se quedó mucho rato, sólo el tiempo de tomarse la cerveza con nosotras

Aquella idea inesperada cambiaba bastante las cosas, de echo las

facilitaba bastante. Nuestro principal problema hasta entonces era como inmovilizarle y eso estaba resuelto.

—Zoe, nos habíamos olvidado de la principal premisa de nuestro plan.  
—Le dije.

—¿Cuál cariño? —Preguntó.

—Somos mucho más listas que él. —Le dije sonriendo.

Zoe me abrazó y me susurró en el oído: “gracias”

Con aquello resuelto el resto del plan lo teníamos claro. Yo llegaría antes a la habitación y me escondería, Zoe esperaría hasta verle entrar y lo haría justo detrás de él, se las apañaría para situarle de espaldas a mí, entonces yo le dispararía y a partir de ahí ya lo teníamos claro.

Le serví una copa y quedamos en que no volveríamos a hablar de ello hasta el sábado por la tarde para repasar todo el plan.

## **Ahora me toca a mí**

El sábado llegó antes de lo que hubiéramos querido. Nos levantamos pronto y empezamos a preparar las cosas. Yo bajé al trastero y cogí las pelucas y algo de ropa para cambiarnos cuando llegara el momento. Para Zoe un vestido corto y ajustado, y para mí unos pantalones y un jersey negros, y un verdugo. Aunque tenía bastante clara mi elección cogí algunas cosas más por si algo se torcía. Ya en casa busqué una mochila pequeña y metí en ella un rollo de cinta americana, varias bolsas y un cuchillo de monte, además de la pistola Taser y varios cartuchos. Cogí todo y lo metí en una maleta. No quería pensar en lo que estaba haciendo, simplemente lo hacía, como el que viaja habitualmente por trabajo, y ya sabe lo que se tiene que llevar repasando mentalmente la lista. Zoe estaba sacando la ropa que íbamos a llevar puesta cuando Santi viniera a buscarnos. Cogió una bolsa de deporte que nos habían regalado al comprar las cremas solares el verano pasado y metió en ella el dinero.

Comimos temprano y bastante ligero, ninguna de las dos teníamos hambre, aunque intentábamos mantener la calma la tensión se podía cortar.

A las cinco en punto nos llegó un mensaje de Santi:” Chicas, ya estoy abajo, ¿listas para pasar un estupendo fin de semana con nosotros?”. Le contesté: “Desde luego, en cinco minutos bajamos”

Nos subimos en el coche cargadas con todo lo necesario. Le dimos nuestros móviles y los guardó en la guantera. Justo antes de salir de la zona

urbana, aprovechando un semáforo nos bajamos rápidamente. Yo había dejado el coche de Lola a un par de calles de allí. Una vez en el coche nos dirigimos a la Ciudad Universitaria. Yo conocía un sitio bastante discreto detrás de la Facultad de Derecho, que en mis tiempos de estudiante había utilizado como picadero más de una noche. Aún había luz pero no había nadie por allí. Dentro del coche nos pusimos la ropa que habíamos traído y las pelucas. Me costaba reconocer a Zoe con aquel disfraz, iba tan maquillada que no parecía ni ella.

Eran las siete y media. Todo iba según lo planeado. Zoe había quedado con él allí a las diez. No debíamos llegar hasta que no fuera de noche, pero tampoco tan tarde como para toparnos con él.

Aparcamos el coche detrás de una nave que había al lado del hotel. Me quité la peluca y me puse el verdugo, cogí la mochila y me fui hacia la puerta de acceso. Estaba desierto, saqué el código, entré en la habitación y busqué el mejor lugar para esconderme. La ventana tenía una cortina doble y justo detrás la pared hacia un pequeño recodo en el que yo cabía perfectamente. A la habitación no le faltaba detalle, había bebidas en la nevera y profilácticos y geles en la mesilla. En el baño había un jacuzzi de los grandes y sales de baño, además de dos copas y una botella de champán sumergida en agua con hielo. Habíamos comprado una caja de bombones de licor que yo debía dejar debidamente colocados para que Zoe supiera donde estaba. Al lado justo de la cortina había una mesita baja, los dejé ahí. Cuando ella le tuviese colocado de espaldas a mí debía decir la palabra clave: “tatuajes”. Entonces yo saldría y le dispararía.

Saqué el puñal de la funda y lo coloqué bajo el colchón justo frente a la cortina.

Ya eran casi las diez cuando oí llegar un coche, oí como se abría la puerta del garaje y entraba en la plaza que daba acceso a la habitación. Se paró el motor y el tipo entró, era un gañan, al ver la habitación dijo en alto:

—Menudo garito, ¡vaya polvos que se tienen que echar aquí!

A los dos minutos oí que se habría de nuevo la puerta de acceso: era Zoe, con disimulo dejó caer la peluca justo a la entrada y se dirigió hacia la puerta de la habitación. Nada más entrar vio la mesita con los bombones. El tipo había entrado en el baño y estaba flipando con el jacuzzi. Al oírla llegar salió del baño.

—Ya estás aquí morena, nos lo vamos a pasar muy bien esta noche tu y yo. —Le dijo con cara lasciva.

—Primero enséñame los mensajes. —Dijo Zoe

El la miró desafiante.

—Tranqui nena. Primero dame la pasta. —Le dijo agarrándola del brazo.

Zoe le dio la bolsa con el dinero. Él lo cogió e hizo el amago de contarle, pero paró y dijo:

—Cumple tu trato y luego te daré el móvil.

La cogió con fuerza, yo ya estaba a punto de salir a rescatarla cuando de nuevo habló:

—Tranquilo, si tenemos toda la noche, vamos primero a la cama y luego ya veremos. —Le dijo con voz juguetona.

El tío estaba mas caliente que un seminarista en una sauna.

—Ven que te voy a hacer un estriptis. —le dijo mientras le cogía de la mano para llevarle a la posición deseada. Yo cogí la pistola con el dedo en el gatillo.

Zoe se quitó lentamente el vestido, se sentó en la cama y empezó a quitarse la ropa interior.

—¡Qué buena estás! Te voy a hacer gozar muñeca. —Le dijo acercándose a ella.

—Eso espero, pero primero enséñame tus tatuajes. —Le dijo Zoe.

Creo que no tardé ni un segundo en salir de detrás de la cortina, le apunté a la espalda y disparé. Zoe que ya estaba completamente desnuda saltó por encima de la cama para evitar que la tocara al caer. Apreté el gatillo mucho más de cinco segundos. El tío se desplomó en el lateral de la cama, saqué la bolsa de plástico, pero cuando estaba a punto de ponérsela en la cabeza Zoe me frenó, cogió el cuchillo de debajo del colchón y mirándome a los ojos me dijo:

—Tú me salvaste a mí y ahora yo te salvo a ti.

Le agarró del pelo y le rebanó el cuello. Al instante empezó a sangrar como una fuente, la imagen era tremenda, convulsionaba mientras se ahogaba en su propia sangre, hasta que al final paró.

Zoe fue al baño y lavó el cuchillo. Se vistió y con una toalla limpió todo lo que había tocado. Cogimos el móvil y borramos todo su contenido. Limpiamos nuestras huellas, lo apagamos y lo metimos en la mochila. Revisamos la habitación para asegurarnos de no haber dejado ni un pelo. Cogimos la toalla y todo lo que habíamos llevado, incluido el dinero por supuesto. A la salida se colocó la peluca de nuevo y yo el verdugo que me tapaba toda la cara menos los ojos. Se puso detrás de mí, agarrándome por la cintura para evitar que se le viera la cara, y tras comprobar que no había nadie

cerca, nos metimos en el coche.

Eran las tres de la mañana. Era demasiado pronto para ir a casa de Santi y Diego. Condujimos hasta una zona muy poco iluminada del polígono, donde nos volvimos a cambiar de ropa. Había varios coches, a bastante distancia unos de otros. Eran todo parejas, entretenidas en sus propios juegos de amor. Nos colocamos de manera que no se viese nuestra matrícula desde ningún sitio y esperamos a que amaneciera. Cuando empezó a clarear el día nos fuimos de allí. Para ir a casa de Diego, teníamos que atravesar media Comunidad de Madrid, nos lo tomamos con calma para no llegar demasiado pronto. A las ocho aparcamos el coche y llamamos a la puerta con los nudillos. Santi salió rápido.

—Os estaba esperando. —Nos dijo en voz baja para no despertar a Diego.

—¿Queréis dormir un rato? —Añadió.

Le dijimos que sí y nos subimos con él. Santi había dejado en la mesilla nuestros móviles. Nos desnudamos y nos metimos en la cama. Prácticamente no habíamos hablado desde que salimos del hotel. Me acerqué a Zoe y ella me abrazó.

—¿Estás bien cariño?. —Me preguntó mientras me acariciaba.

—Ahora sí. —Le dije y nos besamos apasionadamente.

## Quédate

A las doce y media nos levantamos. Oímos a los chicos preparando el desayuno y bajamos. Habíamos dormido muy poco y se nos notaba, pero teníamos ganas de volver a casa. Antes de hacerlo repasamos con ellos algunos detalles, si en algún momento la policía nos interrogaba, lo más fácil era contar lo que había pasado la última noche que de verdad habíamos estado allí juntos, no hacía tanto y todos nos acordábamos perfectamente. Nos despedimos de ellos y nos fuimos.

Llegamos cerca de las dos. Zoe cogió todas las cosas y los móviles y los subió a casa. Bajó y fuimos a devolver el coche a Lola. Lo aparcamos cerca de su casa, y le dejamos las llaves en el buzón que es lo que habíamos acordado, porque me dijo que no estaría ya que iba a comer a casa de sus padres.

Cogimos el metro y en veinte minutos estábamos de nuevo en el barrio.

Entramos en casa, las cosas estaban en el suelo del salón. Zoe se sentó en

el sillón, frente a ellas, tenía la mirada perdida. Yo sabía que no estaba bien.

Me acerqué a ella y le giré delicadamente la cara hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

—Zoe, tenemos que hablar de todo esto. No sólo de lo que hemos hecho, también y sobre todo de como nos sentimos. —Recalqué.

Ella cerró los ojos y giró la cabeza, apartándola de mi mirada.

—No puedo. —Me dijo poniéndose las manos en la cara.

Era la primera vez desde que estábamos juntas que ella me ocultaba sus sentimientos.

—No tiene que ser ahora mismo. Ven. —Le dije mientras la rodeaba con mis brazos.

Ella bajó la cabeza y rompió a llorar sobre sus manos, escurriéndose de mi abrazo. Sentí su dolor y también que quería estar sola. Me levanté y salí a la terraza a fumarme un cigarro. Mientras lo hacía comencé a pensar en como sacarla de aquella oscuridad. Yo sabía que su dolor no era sólo por haber matado a un hombre, había algo más y era por mí.

Entre de nuevo, no quería dejarla solo demasiado tiempo. Decidí hablar yo.

—Cuando entraste en la habitación y noté que él te agarraba, quise salir y matarle en aquel momento, pero pensé que te pondría en peligro y el miedo a que pudiera hacerte daño me detuvo.

—Lo sé, dijo ella, vi como se movía la cortina y temí que te descubriera. —Me dijo mirándome de nuevo a los ojos.

—Luego cuando volviste a hablar supe que le estabas llevando hacia la posición que habíamos planeado y me tranquilicé. —le dije sin dejar de mirarla.

En ese instante Zoe volvió a bajar la mirada. Me di cuenta de que el problema estaba ahí.

—Zoe, sé que lo que hiciste fue para que pudiéramos llevar a cabo el plan. —Le dije seria cogiéndole de las manos.

Ella se soltó y sin volver a posar su mirada en mí dijo:

—Me sentía humillada, él me trataba como a una puta a la que se iba a follar y yo no paraba de pensar en si tú sentías lo mismo. Te odié por no salir de detrás de la cortina antes, por dejar que me desnudara delante de él. Cuando al fin le disparaste y te vi siguiendo el plan paso a paso, sin perder la calma, sentí como si el demonio me poseyera. Por eso salté de nuevo la cama y le rebané el cuello, no le estaba matando a él, me estaba muriendo yo. —

Dijo mirándome con una tristeza que nunca había visto en sus ojos.

Yo sabía que tenía que decirle algo, tenía que consolarla, convencerla de que aquello no había sido así, que yo sabía que estaba actuando y que su dignidad nunca se había perdido para mí. Pero no pude hacerlo. Me quedé callada. Había algo de verdad en sus palabras, aunque yo no quería pensarlo. Lo que yo quería decirle de verdad era: “porqué tuviste que provocarlo de esa manera, porqué te desnudaste delante de él, por qué no le llevaste sin más hacia el sitio convenido.”

Nos quedamos calladas, el silencio se nos clavaba en el pecho. Aquello era insoportable. Ella había sido sincera conmigo, ahora era yo la que no lo estaba siendo con ella. Tenía mucho miedo de dejarle una herida abierta si le contaba lo que había sentido, pero cicatrizar esa herida sin limpiarla antes terminaría por destruirnos. Así que cogí fuerzas y decidí hacerlo.

—Cuando te lo llevaste cerca de mí y empezaste a calentarme de esa manera sentí que me estallaba el corazón. Tu manera de provocarme era tan real que no pude evitar pensar que disfrutabas con ello, me repetía una y otra vez que no era así, pero sentía que algo se había roto. A la mente me venía la imagen de él sobre ti, como un flash de luz intermitente. Fue muy poco tiempo pero se me hizo eterno. Cuando oí la palabra “tatuajes”, el bloqueo mental en el que estaba sumida desapareció, y casi como un acto reflejo salí de detrás de la cortina y le disparé. Mantuve el gatillo presionado porque querría haberle matado en aquél mismo instante. Saqué la bolsa lentamente, quería que el supiese que le iba a matar y cómo iba a hacerlo. No debiste sujetarme, me quitaste la oportunidad de vengarme de él. —Le dije y añadí.

—Quizá no era esta sinceridad la que esperabas. Te aseguro que había decidido callar todo esto y perdonarte, pero quizá sea mejor así. —Finalicé.

Zoe me miró, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Yo la miré y también lloré. Entonces se acercó a mí sin tocarme y dijo:

—Ni por un instante dejé de ser tuya, ni por un instante me desnudé para otros ojos, ni por un instante dejé de amarte. Sólo por ti hice aquello, saltaría ahora mismo por la ventana si con eso te convenciera. Sólo dime una cosa: “quédate” o “márchate”.

Estaba a penas a medio metro de ella. Me quedé callada un momento, cogí su cara entre mis manos y sin dejar de mirarla le dije mientras la abrazaba:

—Quédate. Quédate y perdóname, porque me muero de amor por ti, porque mis celos te han herido y ahora deseo borrar todo esto, quitarte el

dolor y caminar a tu lado hasta la eternidad.

Ella también me abrazó. Sentí que en aquel instante nos lo perdonábamos todo, que nuestros corazones volvían a latir a la par. La cogí de la mano y la saqué de aquel salón lleno de sombras, la llevé al dormitorio y tumbándola con gran cuidado sobre la cama le dije:

—Volvamos a ser una, hagamos el amor hasta que no quede nada en el mundo más que tú y yo.

Zoe me besó, y las sombras se fueron marchando a medida que las caricias y los besos llenaban nuestros cuerpos y nuestras almas, era el amor mas puro y entregado que se pueda imaginar.

## **Formateando el disco duro**

El lunes llegó con una luz sorprendente para el mes de octubre. Me levanté despacio para no despertarla, llamé a la facultad y pedí el día con la excusa de resolver unos temas en el banco, a cambio trabajaría ese viernes. No me pusieron pegas.

Ese día no quería, no debía separarme de ella. Zoe y yo acabábamos de superar el peor momento de nuestras vidas, nunca más, repito, nunca más volveríamos a sentir un dolor tan desgarrador, y ahora necesitábamos estar muy cerca para no olvidar cuanto nos amábamos. Me volví a la cama con ella, me estaba esperando, nos abrazamos y nos volvimos a quedar dormidas.

Un par de horas después nos despertamos, seguíamos abrazadas ninguna de las dos quería separarse, pero yo quería sacar del salón todas las cosas antes de que ella se levantara. Quería recuperar nuestra vida y olvidar lo antes posible aquellos horribles sucesos que habían puesto en peligro nuestra felicidad. Le pedí que se quedara un poco más en la cama mientras yo recogía y le preparaba el desayuno. Zoe sabía perfectamente lo que iba a hacer y me dejó marchar sin preguntar.

Cogí una caja grande de cartón y metí en ella la ropa, las pelucas, la bolsa que había contenido el dinero y el móvil. La cerré bien y la bajé al trastero. Tenía pensado llevármela a la Facultad el viernes, y aprovechando que estaría sola, quemarlo todo en la pequeña incineradora que teníamos en el laboratorio. Cogí el dinero y lo metí en un cajón. Subí la maleta al altillo y me puse a preparar el desayuno.

Cuando Zoe oyó el exprimidor supo que ya estaba todo despejado, se levantó sin vestirse y vino a darme un beso a la cocina. Me miró sonriente y

noté como sus ojos me daban las gracias.

—En seguida estará listo el desayuno. —Le dije mirando su cuerpo desnudo sin ocultarle cuanto la deseaba.

Ella sabía que podía volverme loca con la más mínima provocación. Jugueteeó un poco, y cuando ya me tenía entregada a sus deseos me paró con la mano, y mirándome con su mejor sonrisa entró a vestirse al dormitorio dejándome con la miel en los labios. Le sonreí, me gustaba jugar con ella, le lancé un beso mientras se marchaba, y puse las cosas del desayuno en una bandeja para llevarlas a la terraza.

Estábamos desayunando cuando vi que se sorprendía de la actividad que había en la calle, acababa de darse cuenta de que era lunes. Me miró y sonrió complacida de que me hubiese quedado con ella. Nunca le pasaban desapercibidos mis actos de amor.

El resto del día lo pasamos como si fuera domingo en vez de lunes, ese domingo que la vida nos había robado y que no estábamos dispuestas a perder.

No quisimos poner la tele, leer el periódico, ni escuchar la radio. No teníamos claro hasta que punto la noticia llegaría a los medios, pero en aquel momento no estar informadas nos pareció la mejor manera de mantener la ansiedad a raya.

No podía saber lo que Zoe sentía. Recordé mi confusión y mi angustia cuando ocurrió lo de Carlos. Sin embargo ella no parecía estar atormentada. Aquello me asustaba y me encantaba a partes iguales. Yo por mi parte tampoco sentía lo mismo que la primera vez, aquel tipo había amenazado con quitarme lo más importante de mi vida, y aunque el precio que había pagado era demasiado alto según los cánones morales de nuestra sociedad, un sentimiento de justicia predominaba en mí, frente a la compasión o la empatía que en cualquier otro momento habrían dominado mis emociones.

## Capítulo 7

### Los muertos flotan

El mes de diciembre llegó casi sin darnos cuenta. Faltaban un par de días para las vacaciones. Ese año pensábamos ir a Chicago a pasar Navidad con sus padres y Nochevieja en el pueblo con los míos. Yo estaba trabajando y Zoe se había quedado en casa estudiando. Casi siempre se venía conmigo y se quedaba en la biblioteca, pero aquel día me dijo que quería ir a media mañana a comprar los regalos para su familia. Se estaba preparando para salir cuando llamaron a la puerta de la calle.

—Soy la inspectora Trujillo, ¿puedo hablar un momento con ustedes? — Preguntó.

Zoe le abrió el portal y al rato oyó la puerta del ascensor. En cuanto dio dos pasos por el pasillo la reconoció, era la inspectora que me había interrogado cuando investigaban la muerte de Carlos.

—¿Que quiere inspectora? Lucía no está y yo iba a salir ahora mismo. — le dijo Zoe bastante seria.

—Quería hablar cinco minutos con ustedes, con usted. No le quitaré mucho tiempo. —Dijo mientras se colaba bajo el brazo de Zoe.

Vio que no había manera de escaparse sin parecer que ocultaba algo, así que decidió tomárselo con calma.

—Siéntese inspectora, ¿quiere tomar algo?¿Cerveza?¿Un refresco? —Le preguntó.

—Estoy de servicio, cualquier refresco está bien. —Contestó dándole las gracias con la cabeza.

Zoe fue a la cocina y aprovechó para enviarme un mensaje mientras cogía las bebidas: “Ha venido la inspectora. Te aviso cuando se haya ido. Te quiero.”

—Usted dirá. —Le dijo mientras le ponía el refresco en un vaso con hielo.

La inspectora empezó a hablarle en tono comprensivo maternal. Le dijo que a pesar de lo que había dicho el juez ella seguía convencida de que yo había matado a Carlos, que nos entendía, pero que nadie se puede tomar la justicia por su mano. Mientras ella hablaba Zoe repasaba mentalmente la lista de regalos que quería comprar para su familia, no quería que ninguna

expresión inconsciente pudiese delatarla. En un momento decidió cortar por lo sano.

—Mire inspectora, eso es un tema zanjado, Lucía no hizo nada y yo por mi parte vivo mucho mejor desde que ese hijo de puta está criando malvas. Así que si no quiere nada más será mejor que se vaya. —Le dijo mientras hacía el amago de levantarse.

—No he venido sólo por eso. —Le dijo indicándole que se sentara de nuevo.

La inspectora sacó de la cartera una foto tamaño carné y se la enseñó. Zoe le reconoció al instante, aunque llevaba el pelo distinto el tatuaje de la serpiente que le subía por el cuello era inconfundible.

—¿Quién es? ¿Su novio? —Le dijo en tono burlón.

—Era el compañero de celda de Carlos. Hace dos meses le encontraron muerto en un picadero cerca de Torrejón de Ardoz. Todo parecía indicar que había sido un ajuste de cuentas, el tipo era un pieza y le encontraron degollado.

—¿Y a este también cree que lo mató Lucía? Venga inspectora, ¿de verdad no tiene nada mejor que hacer? —Le dijo sin dejarla terminar.

—Mire Zoe, tengo la grabación de una cámara de seguridad en la que se la ve a usted una semana antes discutiendo con él en la calle. —Le dijo sin dejar de mirarla.

Zoe meditó un instante su respuesta, sabía que lo que dijera podía complicarnos mucho la vida.

—¿La semana pasada? —Preguntó intentando ganar tiempo para pensar en la respuesta adecuada.

—No, una semana antes de que le encontrasen muerto. —Dijo seria la inspectora.

—Mire, no me acuerdo de él. Es verdad que hace dos o tres meses cuando venía de hacer la compra un tío con muy mala pinta me paró en la calle y me pidió dinero, pero no me acuerdo de su cara. Sólo me acuerdo de que me agarró del brazo y le dije que empezaría a gritar si no me soltaba y que en el barrio me conocía mucha gente, pero no se quien era y no le volví a ver más por aquí. —Le dijo sin que le cambiara la cara en ningún momento.

—¿Dónde estuvieron ustedes el sábado cuatro de octubre? —Preguntó

—No lo sé, ¿cree usted que llevo una agenda en el cerebro? —le dijo ofendida

—Piénselo un momento. —Insistió.

Zoe hizo como que hacía memoria y dijo:

—A ver, eso fue justo antes del puente del Pilar...creo que ese fin de semana estuvimos en casa de unos amigos Diego y Santi. Estoy casi segura, pero tendría que confirmármelo Lucia, Santi es su mejor amigo y seguramente tenga algún WhatsApp de cuando vino a buscarnos, casi siempre nos avisa así de que está abajo esperándonos. —le dijo

—Búsquenlo y llámenme cuando lo tengan. Ya no la molesto más. —Le dijo extendiéndole una tarjeta y se levantó para marcharse.

Zoe la acompañó a la puerta y cerró cuando hubo salido.

Se sentó un momento en el sillón y me mandó un mensaje, cuando lo recibí entendí perfectamente lo que estaba haciendo: “Cariño, ya se ha ido la inspectora. Ha venido a enseñarme la foto de un tío, dice que es aquel que me pidió dinero en la calle aquel día. ¿Te acuerdas? Yo ni me acordaba de su cara. Parece ser que conocía a Carlos y que se lo han cargado también. ¿Esta mujer no tiene a otros a los que culpar de los crímenes que no sabe resolver o qué?”

Al segundo le contesté: “ ¿En serio? ¡Lo de esta tía es muy fuerte! Te refieres a ese día que bajaste a comprar y vi desde la terraza a un tipo que te agarraba y bajé “cagando leches”? ¿Y qué tiene que ver ese con el hijo puta de tu ex? Bueno cariño, luego me cuentas en casa. Yo en una horita estoy por allí. Te quiero”

Cuando llegué a casa Zoe estaba preparando la comida. Me fui directa a la cocina y puse mi dedo índice sobre los labios para indicarle que no hablara. Le di un beso y le dije al oído:

—No hables hasta que yo te lo diga.

Tenía la sensación de que la inspectora nos había tendido una trampa. Cogí un papel que había sobre la mesa y escribí: “Estoy segura de que nos ha colocado un micrófono en algún sitio, ¿la has dejado sola en algún momento?” Zoe afirmó con la cabeza.

—Cariño, ya estoy en casa. —Dije en alto como si acabara de llegar.

—Hola amor, ¿qué tal el día? —Dijo Zoe siguiéndome el rollo.

—¿Te apetece que tomemos un aperitivo abajo antes de comer? —le pregunté

—Vale, me cambio y bajamos. —contestó.

Mientras Zoe se cambiaba yo busqué por el salón y el recibidor, que era donde Zoe me había señalado que había estado la inspectora, algún micro oculto. Metí la mano entre los cojines del sillón y encontré el primero. Estaba

segura de que había más, pero con la certeza de tener razón en mis sospechas ya tenía suficiente.

Bajamos al bar, hacía muy buen día para ser diciembre así que nos quedamos en la terraza. Tienen unas estufas de esas de exterior y se estaba francamente bien.

Pedimos un par de cañas y esperamos a que se fuera el camarero.

—¿Has encontrado algo? —Me preguntó Zoe.

—Sí, al menos hay uno en el sillón, y estoy casi segura de que hay alguno más. —Le dije.

—¿Cómo se te ocurrió lo de los micros? —Me preguntó.

—Até cabos, la inspectora sabía que yo no estaba, seguramente nos estaba vigilando y me vio salir sola esta mañana. Con las dos en casa habría sido mucho más difícil colocarlos. Me imagino que pensó que al volver me contarías lo que había pasado y podría pillarnos en algún renuncio. —le dije

—Es muy lista la tía, pero no más que tú y yo juntas. —me dijo guiñándome el ojo.

Le sonreí.

Nos tomamos un par de rondas más mientras planeábamos lo que íbamos a decir. Tenía que quedar natural o se daría cuenta de que la habíamos pillado. Cuando lo tuvimos todo pensado nos subimos a casa a comer.

La conversación transcurría con normalidad hasta que en un momento le hice la señal de que iba a empezar con el tema.

—Cariño, me preocupa lo que me has contado antes en el bar. —Dije

—¿Lo de la inspectora? —Me preguntó.

—Sí. No sería la primera vez que meten a alguien en la cárcel por algo que no ha hecho y esta tía nos tiene enfiladas. —Dije yo

—Pero nosotras no tenemos nada que ver con ese tipo, ella dice que es el mismo que me pidió dinero y que tiene una grabación, pero yo creo que es mentira. No me acuerdo de él, sólo que tenía muy mala pinta. —Dijo Zoe.

—Yo es que ni siquiera le vi la cara, acuérdate de que cuando bajé el tío se había largado ya. Yo creo que esto lo hace porque sigue convencida de que maté a Carlos e intenta hacernos confesar, cosa que es muy complicada porque yo no le maté, aunque ganas no me faltaron cuando te agredió en la piscina. —Dije.

—Ya lo sé cariño. Carlos era un prepotente, seguro que se metió en algún lío que le venía grande en la cárcel y el tipo este u otro de sus nuevos amigos se lo cargó. Y a este vete a saber, ingeniero no parecía desde luego. —Dijo y

nos reímos las dos.

## El barrido de frecuencia

A la mañana siguiente continuamos con el plan. Yo me fui a trabajar y Zoe se quedó en casa. Me dijo en alto que iba a hacer una limpieza profunda de la casa para dejarla perfecta antes de irnos de viaje, que iba a quitar las fundas del sillón y las cortinas para lavarlas. Puso la casa patas arriba sobre todo en el salón y el recibidor y encontró tres micrófonos. Cuando ya tenía todo revisado y estaba segura de que no había nada más me llamó, tal y como habíamos acordado.

—Hola cariño, ¿qué tal llevas la mañana?. —Me dijo en un tono absolutamente normal.

—Hola mi amor. Pues deseando irme a casa contigo, pero ya queda poco y nos esperan unas estupendas vacaciones. —Le dije con voz animada

—Yo también estoy deseando verte cariño. Oye, te llamaba por otra cosa. —Dijo Zoe.

—Dime. —Le dije.

Entonces me contó que había encontrado tres cacharritos pequeños, que no sabía muy bien que eran pero que estaba segura de que era algo mío del laboratorio, que me lo habría traído a casa para mirarlo y que se me había olvidado, que uno se me debía haber caído del bolsillo porque lo había encontrado bajo los cojines del sillón. Yo le dije que no tenía ni idea de lo que era pero que lo miraría al llegar a casa.

Cuando llegué a casa Zoe me estaba esperando con los micrófonos preparados sobre la mesa del salón. Me dio un beso al llegar y me los señaló:

—Mira cariño esto es lo que te dije antes. ¿Sabes lo que es? —Me dijo .

—Si. Son micrófonos. —Afirmé con rotundidad

—¿Cómo micrófonos? —Pregunto ella extrañada

—Micrófonos de esos que ponen para espiar a la gente. —Le contesté.

Estuvimos un buen rato hablando de ello y elucubrando sobre que hacían tres micros en nuestra casa y quien los podía haber puesto allí. Al final Zoe dijo:

—Esto tuvo que ponerlo la inspectora Trujillo el otro día, otra cosa no se me ocurre.

Le pedí la tarjeta que la inspectora le había dado y la llamamos.

—Inspectora, me dijo Zoe que quería ver unos mensajes míos de octubre,

pues cuando quiera venga y se los enseño, así de paso se puede llevar usted los micrófonos que se dejó en casa. Eso sí, avíseme antes porque quiero que en esa conversación esté mi abogado. —Le dije con voz muy seria.

Ella intentó convencerme de que no tenía nada que ver con aquello, pero sabía que la habíamos pillado. Me dijo que estaba muy liada con otro caso que ya me llamaría después de Navidades.

Cuando colgamos cogí los micros, les saqué la batería y los llevé al trastero. Quería estar segura de que no había nada más, así que llamé a la agencia de detectives que había contratado para que vigilaran a Carlos, y les pregunté si hacían barridos de frecuencia. Quedé con ellos al día siguiente para que revisaran de arriba abajo la casa.

Vinieron dos técnicos de la agencia con varios equipos y tras casi cuatro horas de revisión encontraron un cuarto micrófono que se nos había pasado y nos aseguraron que ya no había nada más, que podíamos estar tranquilas.

## **Dibujando a Zoe**

Las Navidades se nos pasaron volando, entre los viajes y las comilonas no nos dio tiempo a pensar en nada. Yo no volvía a trabajar hasta el día ocho de enero, así que decidimos dedicarnos unos días sólo a nosotras y cogimos una casita rural en Cuenca para pasar allí la última semana. El sitio era precioso, la casa estaba un poco lejos del pueblo, pero no nos importaba, buscábamos tranquilidad para disfrutar la una de la otra. La casa tenía un Jacuzzi enorme, muy parecido al del hotel, al verlo no pudimos evitar que nos recordara a aquel día, pero la situación era muy diferente y pronto se nos quitó el mal rollo. Ernesto, el propietario, era muy agradable. Nos explicó cómo encender la chimenea, cómo funcionaba la tele y los electrodomésticos y dónde tenía el menaje. Nos dejó información de los lugares más bonitos del entorno, y nos dijo que le llamáramos si necesitábamos cualquier cosa. Habíamos comprado todo lo necesario para no salir de allí en toda la semana.

Salimos a dar un paseo por los alrededores de la casa, íbamos agarradas de la mano como dos colegialas y a cada momento nos parábamos y nos dábamos un beso. El sol estaba a punto de ponerse, los colores del ocaso eran increíbles. Nos sentamos en una gran piedra redondeada para despedir al sol. La temperatura bajaba rápidamente así que decidimos volver a la casa antes de que callera totalmente la noche.

Encendí la chimenea y deshice la maleta mientras Zoe me preparaba una

de sus deliciosas cenas. Al rato bajé, Zoe me señaló una botella de vino que había dejado sobre la mesa del salón, entendí que quería que la abriera, busqué las copas y serví el vino. Me encantaba verla cocinar y a ella le encantaba que la mirara.

—Oye Zoe, hace tiempo que te quiero pedir una cosa. —Le dije mientras le acercaba la copa.

—Sí. —Me dijo sin esperar mi pregunta.

—¿No quieres saber qué es? —Le dije sonriendo.

—Claro, pero sea lo que sea mi respuesta es sí. —Me dijo con esa mirada cautivadora que me volvía loca.

—Quiero dibujarte desnuda. —Le dije sin dejar de mirarla.

Se quedó pensativa un momento. No esperaba que le dijera eso, pero la idea le gustó.

—Puedes dibujarme cuando quieras, pero no sé si voy a poder estar mucho tiempo desnuda delante de ti, sintiendo como me miras y tus lápices me acarician en cada recodo de mi cuerpo. Sólo te pongo una condición. —Dijo cogiendo la copa de vino.

—¿Cuál es?. —Le pregunté

—Si quieres que sea tu modelo me tienes que pagar las sesiones. —Me dijo acariciándome los labios con el dedo índice.

Entendí en seguida a que se refería, le sonreí.

—Te pagaré generosamente princesa. —Le dije guiñándole un ojo.

Empecé a dibujarla esa misma noche, sabía cuando empezaba pero no cuando iba a terminar. Zoe marcaba el ritmo y la duración de las sesiones, cuando ella lo decidía se terminaba la sesión y cobraba su precio, el juego era tremendamente morboso. Tanto que lo que iba a ser un dibujo terminó siendo una serie y cuanto más la dibujaba más me fascinaba con su belleza y más deseaba seguir haciéndolo.

El último día me hizo una petición especial.

—Este va a ser el último dibujo y quiero pedirte algo. —Me dijo llevándome a la cama.

—Lo que quieras. —Le dije mirándola con curiosidad.

—Quiero que tú también estés en el dibujo. —Me dijo mientras me desnudaba y me colocaba como yo lo hacía con ella.

Cogió el móvil, lo colocó en el trípode, se desnudó y tras activar la cuenta atrás de la cámara se tumbó a mi lado.

Se levantó, me dio el cuaderno y el móvil y volvió a la cama a tumbarse

como si yo aún siguiera junto a ella.

Yo nunca me había dibujado a mí misma, fue extraño y maravilloso, mientras lo hacía sentía que me desdoblaba, a ratos estaba dibujando y a ratos tumbada a su lado. Esta vez me dejó acabar el dibujo, cuando lo hube terminado se lo enseñé. Me sonrió, noté que le encantaba.

—Es precioso. Hoy no te voy a pedir que me pagues, hoy te voy a pagar yo a ti, eso sí, este es para mí. —Me dijo mientras me llevaba de nuevo a la cama y me colocaba suavemente sobre las sábanas en la misma postura que en el dibujo. Se acercó a mi oído y me susurró: “te voy a enseñar como termina la escena”

Pasamos toda la noche haciendo el amor, fue un maravilloso fin de fiestas.

## Capítulo 8

### La verdad es relativa

Entraba el mes de mayo trayendo consigo una primavera explosiva.

Yo acababa de leer mi tesis, todo había ido genial y me sentía feliz y liberada de haberme quitado aquello de encima. Zoe invertía casi el cien por cien de su tiempo en las oposiciones. Le quedaban un par de meses para el examen y se estaba dedicando a ello en cuerpo y alma. Yo la echaba bastante de menos, pero sabía que debía tener un poco de paciencia.

Desde antes de Navidades no habíamos tenido noticias de la inspectora Trujillo. Yo alguna vez pensaba en todo lo que había pasado y supongo que Zoe también lo hacía, pero jamás sacábamos el tema.

Esa mañana yo estaba en una reunión con el jefe de proyecto y mis compañeros cuando me llamó el abogado. Salí un momento para hablar con él. Me dijo que tenía buenas noticias, el juez había dado por cerrado el caso. A pesar de los intentos de la inspectora, no habían encontrado ninguna prueba que me implicase. Parecía que al fin había terminado aquella pesadilla. Tras colgar me quedé unos segundos disfrutando de la victoria y volví a la reunión.

Eran más de las tres cuando cerré el despacho, me había entretenido con un comercial al que le íbamos a comprar unos equipos para el proyecto. Salía imbuida en mis pensamientos cuando alguien me agarró del brazo, me giré pensando que sería algún compañero, pero no, era Trujillo. No me lo podía creer, la insistencia de aquella mujer era digna de encomio.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —Le dije mientras retiraba el brazo.

—¿Podemos hablar un momento? —Me preguntó intentando demostrar cercanía.

La miré, estaba harta de esa situación, pero también sabía que si no hablaba con ella no me iba a dejar en paz.

—Me ha llamado esta mañana mi abogado y me ha informado de que el juez ha cerrado el caso. ¿Qué quiere ahora?. —Le dije en tono poco amable.

—Sólo desahogarme. —Me dijo

No me esperaba esa respuesta y se me notó.

Le pedí que esperara un momento, me aparté un poco para llamar a Zoe y contarle lo que me había dicho el abogado, y que la inspectora había venido y quería hablar conmigo. Zoe me dijo que tuviera cuidado y que intentara darle

largas. Le dije que sí y que volvería lo antes posible y colgué.

Volví donde estaba la inspectora. Me propuso ir a un sitio más tranquilo para hablar. Aquello era una encerrona, pero ya me había metido en ella así que le dije que sí.

Nos subimos en su coche y me llevó a un bar a unos cinco minutos de allí. Dejó el coche en segunda fila y yo bromeé diciéndole que le iban a poner una multa.

Nos sentamos en la mesa más apartada que encontramos y pedimos dos cervezas, me chocó.

—No estoy de servicio Lucía. —Me dijo hablándome con una extraña familiaridad.

—Bueno, ¿de qué quería hablarme? —Le pregunté.

Me dijo que puesto que esto era algo totalmente extraoficial le gustaría que nos tuteáramos, que su nombre de pila era Laura y que si no me importaba hacerlo estaría más cómoda.

Todo ese rollo de cercanía me daba muy mala espina, así que yo seguí en mis trece.

—Mire inspectora, no entiendo muy bien a que viene todo esto y sinceramente no me fío de usted. ¿Dónde ha puesto ahora los micrófonos? ¿Los lleva encima esta vez?. —Le dije señalándola.

—No hay ningún micrófono. Solo quiero saber la verdad. —Me dijo seria.

Sonreí y le hablé.

—La primera vez que la vi, usted me dijo que la verdad siempre termina saliendo a la luz, y yo le contesté que la verdad puede ser relativa. Quizá su problema es que no ha sabido nunca que verdad estaba buscando, y ahora que la tiene delante ya no puede hacer nada.

—¿Qué quieres decir? —Me preguntó intrigada.

—Yo no sé cuál es la verdad, sé cuál es mi verdad. —Le dije.

—¿Y cuál es?. —Preguntó de nuevo.

—Mi verdad es que conocí a la mujer más maravillosa del mundo, que sentía por ella un amor profundo, y que cuando me parecía que nada podía quebrar nuestra felicidad, apareció un indeseable y estuvo a punto de arrebátarmela. Mi verdad es que sentí odio por él, que le deseé la muerte o algo peor, y que si hubiese estado en mis manos ese día apretar el botón y hacerle desaparecer lo habría hecho sin dudar. —Bebí un sorbo de cerveza y seguí hablando.

—La justicia, esa por la que usted lucha cada día, es una pura estadística: porcentaje de mujeres víctimas de violencia de género que terminan muertas a manos de sus agresores, con papeles firmados, con órdenes de alejamiento y con sentencias condenatorias. La sociedad se echa las manos a la cabeza, llora sus muertes y se lamenta de no haber tomado más medidas, de no haber protegido a las víctimas. Dígame una cosa inspectora. —Le dije mirándola fijamente a los ojos.

—¿Qué?. —Me preguntó

—Si se encontrara usted ante una escena en la que el agresor mantiene retenida a la víctima, con un machete en el cuello, tan acorralado que matarla es su única salida. ¿Qué haría usted? ¿Dispararía a la víctima para evitarle el dolor? O, ¿mataría al agresor de un disparo certero, arriesgándose a que la expedientaran por no haber intentado dejarle con vida para que la justicia se ocupara de él? —Le dije y añadí.

—¿Y si esa mujer fuera su hija, su madre, su hermana? ¿Si fuese alguien a quien amase? ¿Qué haría usted? —Le volví a preguntar.

Ella se quedó callada, tragó saliva y tras una pausa breve me dijo:

—Disparar supongo.

La miré, ella había bajado los ojos y estaba pensativa.

—Esa es su verdad y como ve es relativa, no encontrará dos respuestas iguales a la misma verdad, usted es una agente de la ley, su posición le da potestad para impartir justicia y excusas para hacerlo, un ligero corte en el cuello de la víctima y el agresor será abatido sin dudar. ¿Cuál es la profundidad mínima que debe tener ese corte para que sea justo apretar el gatillo? —Le dije mientras me levantaba de la mesa.

Ella me miró, supo que no podía retenerme más, me hizo una señal de que pagaba ella y me dejó marchar.

Al salir del bar vi un taxi que bajaba por la calle, lo paré y subí para volver a casa. Tenía ganas de ver a Zoe, sabía que estaría preocupada y no quería hacerla esperar más.

## **Abriendo puertas y cerrando heridas**

Cuando llegué Zoe me estaba esperando con la mesa puesta. Últimamente era yo quien me ocupaba de todo para dejarle el máximo tiempo para estudiar, pero estaba nerviosa pensando si yo estaría bien, y como no se podía concentrar decidió hacer la comida para distraerse un poco.

Nada más verme supo que algo no iba bien, remover aquello era siempre doloroso. Nosotras habíamos decidido que nuestro amor estaba sobre todas las cosas, que éramos felices sólo con terneros y bloqueábamos todas las imágenes horribles, y todos los sentimientos de culpa y angustia. Pero era muy fina la línea que separaba lo justo de lo real, y el peligro de que la espada de Damocles pendiera sobre nuestras cabezas, siempre estaba ahí.

Se acercó para abrazarme pero en seguida se dio cuenta de que no debía hacerlo, no en ese momento. Se dio la vuelta, cogió una cerveza y un cenicero y se salió a la terraza a esperarme. Yo me fui directa al baño, tiré al suelo la ropa que llevaba y me metí bajo la ducha y lloré hasta que no me quedaron más lágrimas. Zoe me oía desde la terraza y se moría por mí. Cuando mi llanto cesó, entro en el baño y silenciosa se llevó mi ropa fuera de allí. Cogió una toalla limpia y me envolvió con ella, me secó y me peinó, como si fuera una niña, me llevó al dormitorio y me vistió sin que yo tuviera a penas que moverme. Yo estaba sentada al borde de la cama, ella se arrodilló y colándose entre mis piernas se abrazó a mi cintura, yo también me abracé a ella mientras le susurraba: “gracias”.

—Ven a comer algo conmigo. —Me dijo de manera tan dulce que me fue imposible decirle que no.

La seguí hasta el salón y dejé que me sirviera el vino, que me pusiera la comida, que retirara los platos atendiéndome hasta en el más mínimo de mis deseos, dejé que lo hiciera porque ella necesitaba demostrarme su amor y yo no le había dejado hacerlo. Cuando terminamos de comer la llamé:

—Ven.

Ella se sentó sobre mí, la rodeé con mis brazos y sus labios cayeron sobre los míos y se fundieron en un largo beso.

Cerrar aquella página de nuestras vidas era necesario aunque doloroso. Ese día lloré lo que llevaba tiempo callando, necesitaba hacerlo y Zoe supo respetarme. Nunca más me volví a sentir así.

## Capítulo 9

### Todo pasa y todo queda

Habían pasado cinco años desde que se cerró el caso de Carlos. Zoe había sacado la oposición ese mismo año y yo por fin había conseguido una plaza de profesora en la Universidad. Las cosas nos iban muy bien. Nuestros horarios y vacaciones eran compatibles, teníamos bastante tiempo libre y suficiente dinero y lo exprimíamos al máximo. Viajábamos siempre que podíamos, hicimos grandes viajes y también pequeñas escapadas, la mayor parte de las veces organizadas la noche de antes, nos encantaba improvisar.

Ese fin de semana habíamos decidido quedarnos en Madrid. Era sábado por la mañana, yo había bajado a comprar unos churros para el desayuno y me había subido el periódico, casi siempre lo leía en su versión digital, pero de vez en cuando me gustaba comprarlo, ponía como excusa que lo necesitaba para el reposo de la paella, aunque la verdad es que disfrutaba más con el formato clásico.

De pronto una noticia me llamó la atención, era un nuevo caso de violencia de género, otra mujer muerta a manos de su agresor. En la foto una policía intentaba taponarle la herida del cuello a la víctima, la reconocí de inmediato, era la inspectora Trujillo. Dos metros más atrás el agresor estaba tumbado boca abajo con las manos esposadas a la espalda, mientras otro policía le encañonaba. El titular era aplastante: La policía no logra evitar la muerte de Almudena. Leí la noticia completa. El tipo se había saltado la orden de alejamiento y la había esperado después de que ella dejara a los niños en el colegio. En mitad de la calle había empezado a insultarla y a zarandearla. Alguien había llamado a la policía. La inspectora Trujillo y su compañero que estaban cerca de la zona acudieron al aviso. Le dieron el alto al tipo y él al verse acorralado sacó un cuchillo y se lo puso en el cuello a la víctima. La inspectora le gritó que lo soltara o dispararía y lo hizo, pero le disparó en el hombro y él le rebanó el cuello a la chica mientras caía al suelo. En aquel momento pensé en lo irónica que era la vida, me dio pena la inspectora, incluso la entendí, no es fácil matar a alguien sin un gran motivo. El resto del artículo era una quema de brujas.

Zoe me preguntó que leía con tanta atención, le enseñé el artículo y le conté lo que había hablado aquel día con la inspectora, nunca se lo había

dicho. Ya no me hacía daño pensar en ello, hace tiempo que me había perdonado a mí misma y Zoe lo sabía. Le dije que en el fondo me daba pena. La inspectora era una mujer que creía en la ley sobre todas las cosas, creía que ley y justicia era lo mismo. Estoy segura de que aquel día dejó de pensar así, es más estoy segura de que pensó en mí.

Estábamos recogiendo las cosas del desayuno cuando sonó el teléfono de casa. Nos resultó muy extraño porque nadie lo tenía, desde que todos teníamos móviles el teléfono fijo no era más que el soporte de la línea que te daba cada operador de Internet. De hecho desde que estaba con Zoe habíamos cambiado al menos cuatro veces de número. Yo ni pensé en cogerlo, pero Zoe estaba al lado y descolgó.

La oí hablar un rato pero no presté demasiada atención a sus palabras, pensé que luego me lo contaría. Cuando colgó vino a la cocina donde yo estaba poniendo el lavavajillas.

—Era un periodista. —Me dijo

—¿Un periodista? —Contesté asombrada.

—Sí. Está buscándole trapos sucios a la inspectora y alguien les ha hablado de nuestro caso. —Me dijo incómoda con aquello.

—¿Qué le has dicho? —Pregunté

—Que no nos interesaba. El tío ha insistido mucho y al final me ha dicho que le pongamos precio. Me ha pedido que nos lo pensemos. —Me dijo mientras negaba con la cabeza.

Las dos lo teníamos clarísimo, lo habíamos pasado muy mal con todo aquello y lo último que queríamos era airearlo en público.

Le propuse a Zoe dar un paseo por el Retiro, me apetecía salir de casa y no seguir dándole vueltas al mismo tema.

Estábamos saliendo por la puerta cuando me llegó un mensaje de Santi proponiéndonos unas cañas. Le dije que íbamos a dar una vuelta pero que luego hacia la una y media nos apuntábamos.

## **La calma que precede a la tormenta**

Alquilamos una barca en el estanque. A mí me encantaba ir a remar allí, siempre me había parecido un lugar cargado de romanticismo. Zoe se sentó frente a mí y la llevé hasta el centro del estanque. Me pareció curioso que siendo Zoe el gran amor de mi vida y llevando juntas más de siete años nunca la hubiese llevado allí.

Subí los remos y me senté a su lado, el suave movimiento del agua nos mecía lentamente.

—¿Crees que nos van a dar mucho la lata con lo de la inspectora? —Me preguntó Zoe de repente.

—Es posible. Pero si nos mantenemos firmes en nuestra negativa terminarán por dejarnos en paz. —Le dije tranquilizándola.

La verdad es que yo estaba un poco preocupada. No me apetecía ser noticia, y mucho menos por aquello. No me parecía bien aquel aquelarre que la prensa estaba empezando a hacer con la inspectora y no quería ser ni combustible para la pira, ni por supuesto quemarme con ella. Sabía de sobra que eso podía suceder si alguien empezaba a husmear en el pasado.

Ya era cerca de la una, íbamos a coger el metro para encontrarnos con los chicos cuando Santi me llamó.

—Dime. —Le dije al descolgar.

—Lucía no vengáis para acá. Hay un montón de periodistas esperando a la puerta de vuestra casa. —Me dijo

—¡Joder! —Dije yo.

—Quedaos en el Retiro, os vamos a buscar allí y os pasáis el fin de semana con nosotros en casa de Diego, ¿vale?. —Me dijo Santi con voz protectora.

—Vale, os esperamos por aquí. —Le dije y colgué.

Le conté a Zoe lo que estaba pasando y el plan que me había propuesto Santi. Ella casi siempre dejaba que yo tomara este tipo de decisiones, pero no esta vez.

—Lucía, si nos escondemos les vamos a dar motivos para perseguirnos. Yo creo que es mejor dar la cara y si para eso debemos hacer una declaración pública, hagámosla. —Me dijo con rotundidad

Me quedé pensando un momento. Quizá tuviera razón. Volví a llamar a Santi y le dije que nos esperaran allí.

## **La declaración**

Cuando íbamos en el metro preparamos lo que íbamos a decir. Esperábamos que con eso se quedaran contentos y nos dejaran en paz. Estábamos a veinte metros de casa cuando vimos a una cantidad desproporcionada de periodistas, cámaras y micrófonos apostados en la puerta de casa. No debía haber grandes noticias en ese momento para dedicarnos

aquel despliegue...De pronto alguien nos vio y dio la voz de alarma, volaron hacia nosotras como los buitres a la carroña.

En menos de un minuto estábamos rodeadas de cámaras y micrófonos. Todos querían hacer su pregunta y como resultado no se entendía nada. Pedí silencio y aunque costó un poco al fin se callaron todos, entonces empecé a hablar:

—Señores, no entiendo muy bien que hacen ustedes aquí. No vamos a contestar ninguna pregunta. Haré una pequeña declaración y luego espero que cada uno se vaya a ocuparse de temas más importantes. ¿Están de acuerdo?

Se miraron entre ellos y se escucharon varios síes. Proseguí:

—La inspectora Trujillo fue la encargada de investigar la muerte de Carlos Alejo Robles. Como es normal en estos casos investigó a todo su círculo más cercano. A finales de julio el juez nos llamó y tras la declaración descartó absolutamente nuestra participación en aquellos horribles hechos. La actuación de la inspectora fue en todo momento correcta con nosotras. Aunque ahora todos ustedes tratan de encontrarle trapos sucios les va a resultar muy difícil, es una buena policía. Hasta donde yo sé su expediente es impoluto, ha resuelto infinidad de casos y protegido a cientos de víctimas. Lo que pasó el otro día fue una tragedia, toda España deseaba que esa bala hubiese matado al agresor, pero no es tan fácil matar a un hombre, y si lo hubiese hecho seguramente ahora ustedes la estarían juzgando por su frialdad y no por su error. —Hice una pequeña pausa y añadí:

—Lo siento mucho por la víctima y espero que caiga sobre el asesino todo el peso de la ley, y que todos reflexionemos sobre lo que ha pasado para que pare de una vez esta lacra social que es el maltrato de género. Les doy las gracias a todos por prestarme atención y espero que cumplan su parte y nos dejen seguir con nuestras vidas. —Terminé.

Salimos del círculo, yo tenía mis dudas de que nos dejaran marchar sin más, pero sorprendentemente cumplieron su palabra.

Ví que Santi y Diego nos miraban desde una mesa en la terraza, les hice una señal con disimulo de que nos veíamos dentro del bar. Al entrar José que había visto todo el revuelo me señaló el pequeño salón del fondo, normalmente lo tenía cerrado, sólo lo abría para cumpleaños o reuniones de trabajo. Entramos y al rato llegaron Santi y Diego.

José cerró la puerta y nos dijo:

—Aquí estaréis más tranquilos.

Estuvimos allí varias horas, poco a poco se fueron marchando los

periodistas y al final pudimos salir de nuevo a la terraza. Hacía un día estupendo y daba pena estar encerrado.

## **La compasión**

La persecución contra la inspectora duró varias semanas. Casi todas las cadenas hicieron algún programa sobre ella. Emitieron nuestra declaración y a pesar de lo prometido aquel día, sufrimos el acoso de los periodistas que buscaban algún detalle escabroso que añadir al ya manido relato. Prácticamente no podíamos entrar ni salir de casa sin que apareciera una cámara o un micrófono. Era bastante agobiante.

De los casos en los que había trabajado la inspectora, hubo quien quiso sacar tajada de todo aquel circo, aún siendo casos en los que no había ninguna duda y el culpable estaba entre rejas. La acusaron injustamente de manipular pruebas, de utilizar métodos ilegales para conseguirlas, y llevaron las emociones de la audiencia hasta el límite, con elucubraciones sin sentido y sobre todo sin verdad alguna tras de ellas.

La inspectora finalmente se dio de baja, la presión era insoportable y fueron sus propios superiores los que le recomendaron hacerlo.

A mi no podía dejar de darme pena. A pesar de la trampa que intentó tendernos con el asunto de los micrófonos no le guardaba ningún rencor, al fin y al cabo sólo intentaba resolver el caso. La inteligencia siempre me pareció un valor positivo y ella fue la única que desde el principio tuvo claro lo que allí había pasado, aunque no pudo demostrarlo.

Sentí ganas de darle mi apoyo, así que busqué la tarjeta que aquel día le había dado a Zoe. No me costó mucho encontrarla, estaba en el cajón del aparador del salón. En el mismo sitio que la había dejado hace cinco años. Pensé en escribirle un correo electrónico pero finalmente me decanté por un mensaje: “Inspectora siento lo que le está ocurriendo. He pensado mucho en nuestra conversación de aquel día y le aseguro que nunca deseé que este fuera el desenlace. Espero que cuanto antes pase todo esto y pueda volver a las calles a perseguir a los culpables.” Sin darle más vueltas se lo envié.

## **El agradecimiento**

Era la última semana de junio. Yo estaba corrigiendo exámenes y Zoe que ya había terminado el curso hace una semana estaba en la cocina preparando la

comida. Parecía que ya se habían calmado un poco las cosas, llevábamos varios días sin que los periodistas hiciesen guardia en nuestra puerta.

Fui a la cocina a coger algo de beber, Zoe me sonrió al verme entrar. — ¡Qué agradable visita! —me dijo mientras me reclamaba un beso para dejarme pasar.

—Ya me queda poco cariño, creo que terminaré antes de comer y a partir de ahí toda para ti. —le dije mientras la cogía por la cintura.

—Lo estoy deseando. —me dijo ella besándome otra vez.

Volví al salón a terminar la tarea. Ya sólo me quedaba enviar las notas para que las publicaran al día siguiente. En un par de días iría para la revisión del examen y con eso daba el curso por cerrado, al menos hasta septiembre. Tenía ganas de terminar, Zoe y yo teníamos muchos planes para el verano. Para empezar nos íbamos una semana a la playa, para relajarnos y olvidar el ajetreo del último mes y medio.

Estaba cerrando el ordenador cuando sonó mi teléfono, no reconocí el número.

—Dígame. —Contesté.

—¿Lucía?. —Dijo la voz al otro lado.

Me sonaba familiar pero en un primer momento no la reconocí. Me quedé callada esperando que dijera algo más y lo hizo.

—Soy la inspectora Trujillo. Hace tiempo que quería llamarte para agradeceros el apoyo, habéis sido de las pocas que lo habéis hecho. —Dijo con gran sinceridad.

—Bueno, al fin y al cabo sólo hemos dicho la verdad. —Le dije quitándole importancia.

—De eso quería hablarte, de la verdad y por favor tutéame. —Me dijo.

Esta vez si estaba justificado así que lo hice.

—Laura, tu búsqueda de la verdad no te ha traído nada bueno, ¿aún sigues empeñada en alcanzarla? —Le pregunté.

Ella no quiso entrar en debates y simplemente dijo:

—Tengo algo para vosotras. Me voy de viaje a primeros de julio y es probable que no vuelva por aquí. Me gustaría dároslo antes de irme, es importante. —Me dijo.

—Bueno, podemos quedar en algún bar del centro. —Dije yo.

—No. Debe ser en un sitio más discreto, hay demasiada gente que me conoce. —Dijo y añadió. —Si os parece bien iré a vuestra casa el viernes que viene, tarde, a eso de las doce. Iré en taxi para que me deje justo delante de

vuestro portal, se que los periodistas ya hace días que os han dejado tranquilas. ¿De acuerdo?. —Preguntó.

Le dije que sí y colgué.

Fui de nuevo a la cocina, Zoe casi había terminado la comida, olía a gloria. Con el ruido de la campana extractora no se había enterado de la llamada, así que se lo conté. Le dije que nos había llamado la inspectora para agradecernos el apoyo, y que había insistido mucho en vernos el próximo viernes para darnos algo. Ninguna de las dos teníamos ni idea de que podía ser, pensamos que quizá nos había comprado algún detalle en agradecimiento, pero nos resultaba extraño.

## La espera

La semana pasó rápidamente. Sólo tuve que ir una mañana a la Universidad así que Zoe y yo pudimos pasar mucho tiempo juntas. Salimos de compras, paseamos, quedamos con los amigos, fuimos a cenar fuera, pero sobre todo disfrutamos la una de la otra, de las largas mañanas sin querer levantarnos y de las noches charlando hasta la madrugada.

Era viernes por la mañana. Zoe me había atrapado con sus piernas y me había impedido salir de la cama, llevábamos horas haciendo el amor, la miré pidiéndole una tregua, hasta nosotras teníamos un límite. Ella sonrió y acariciándome el pelo me dijo:

—Tranquila mi amor yo también estoy exhausta, sólo quería hablar contigo de una cosa.

—Dime. —Le dije

—Esta noche cuando venga la inspectora, ¿has pensado en la posibilidad de que de nuevo intente tendernos una trampa? —Me dijo mientras observaba mi reacción.

Yo me quedé pensativa. No me lo había planteado, aunque entraba dentro de lo posible.

—Lucía, esa mujer te ha perseguido durante años. Ahora su nombre ha quedado en entredicho. Quizá aproveche la ocasión para marcarse un éxito profesional que limpie su buen nombre. —me dijo haciéndome dudar.

—Por eso debemos tener mucho cuidado, diga lo que diga nosotras tenemos que mantenernos frías, no mostrarle emociones ni sentimientos que nos puedan delatar. —Le dije.

—Tranquila, esta noche seré un témpano de hielo, pero no ahora. Me dijo

mientras se sentaba sobre mí, dejándome claro que la tregua se había terminado.

## La caja

A las nueve y media nos pusimos a cenar, no queríamos que la inspectora llegase y nos encontrase aún sentadas a la mesa, cosa que habría pasado cualquier otro día porque casi nunca conseguíamos empezar antes de las once. Lo hicimos tranquilamente porque las dos estábamos un poco nerviosas con aquello, y no queríamos que nos sentara mal.

A las once menos cuarto ya teníamos todo recogido y nos estábamos poniendo un par de gin tonic. Nos salimos a la terraza a tomarlos, hacía una noche estupenda, de no haber quedado con la inspectora sin duda habríamos salido a tomar algo por ahí.

No eran aún las doce cuando vimos parar un taxi en nuestra puerta. De él salió una mujer, llevaba una bolsa grande y dentro había una caja. Tenía el pelo muy distinto, no la habríamos reconocido de no ser por esos andares marciales tan característicos.

—¿Qué demonios nos habrá traído? ¡La caja es enorme!. —Dijo Zoe riéndose.

A las dos nos horrorizaban los objetos decorativos y más si eran de grandes dimensiones.

La puerta de la calle debía estar abierta porque al poco tiempo sonó el timbre de casa. Zoe fue a abrir.

—Hola. —Dijo Trujillo

—Pase inspectora. Nos estamos tomando un Gin Tonic, ¿le apetece uno?  
—Le dijo Zoe.

Ella se lo pensó un momento y finalmente dijo que sí.

Zoe la acompañó al salón donde yo la estaba esperando. Nos saludamos y la invité a que se sentara. Dejó la bolsa a un lado y se quedó esperando a que Zoe se reuniera con nosotras.

La situación era un poco tensa, realmente no teníamos nada que ver con ella, el único tema que teníamos en común no era algo de lo que nos apeteciera hablar.

Zoe llegó con el Gin tonic y se sentó a mi lado. Entonces Laura sacó la caja de la bolsa y la puso sobre la mesa. Sobre la caja había escrito: “verdades relativas”. Estábamos intrigadísimas.

—Supongo que todo esto os parece un poco raro. —Dijo al fin.

—La verdad es que sí. —Contestó Zoe.

—Lo que os tengo que decir es largo y quiero que sepáis que no ha sido fácil para mí tomar esta decisión. —Dijo en tono serio y añadió. —Diga lo que diga os pido que os limitéis a escucharme.

No entendíamos de que iba todo aquello pero puesto que habíamos accedido a que viniera a casa, decidimos acatar sus normas y nos dispusimos a escuchar lo que nos tenía que decir. Nos contó que cuando el juez cerro el caso seguía convencida de que yo había matado a Carlos. Así que decidió seguir investigando por su cuenta. Mientras se ocupaba de otros casos fue recopilando posibles pruebas. Algunas se las encontró por pura casualidad y otras simplemente estaban ahí sólo que no había reparado en ellas.

Zoe se puso nerviosa, hizo amago de levantarse y echarla pero yo la paré.

Levantó la tapa de la caja y empezó a sacar una a una todas las cosas. Estaban numeradas, había varios sobres y también algunas bolsas. Las colocó en orden y empezó su relato.

El día que dejaste a Zoe en el aeropuerto estuve con él, probablemente sentada en la misma mesa, encontramos este mechero en su casa con tus huellas. Estos mecheros los repartieron en el estanco de la esquina ese día. El resto de la semana os visteis en varias ocasiones, por pura casualidad, en una redada encontramos en el móvil de uno de los detenidos unas fotos tuyas, se las había enviado el “Viti”, el tipo de los tatuajes, y le preguntaba que le parecía la tía que se iba a tirar Carlos el viernes. Situé casi todas las fotos gracias a las cámaras de seguridad de varios establecimientos y a las otras personas que salían en ellas. Cuando lo comparé con los movimientos que habías hecho según tu móvil me di cuenta de que ni una sola vez lo habías llevado encima. En la casa no encontramos ni una huella tuya, salvo las del mechero, supongo que te esmeraste mucho en limpiarlo todo, pero cometiste un fallo, imagino que ver la foto de Zoe en aquel pasaporte te debió dejar bastante impactada y sin darte cuenta pusiste un dedo sobre la foto y luego se te olvidó limpiarlo. Cuando le hicimos la autopsia, encontramos en su sangre una dosis altísima de Difenhidramina, y sin embargo no había ningún frasco de esta sustancia en toda la casa. Y a pesar de que había restos de cocaína, él no la había consumido, al menos no aquella noche. Estoy segura de que le drogaste en la cena. También era llamativo que tenía el estómago lleno y sin embargo no encontramos ni un resto de aquella comida en toda la casa. Teniendo en cuenta la hora de la muerte y lo que tardaras en limpiar todo

calculé que habrías dejado la casa cerca de las tres. Primero pensé en la opción de que hubieras ido en coche, pero en seguida lo descarté, con lo cuidadosa que habías sido, dejar delante de su puerta algo tan rastreable no me pareció lógico. Así que pensé que lo más normal es que te hubieses marchado andando hacia algún sitio más céntrico donde coger un taxi o cualquier transporte público nocturno. Por más que revisé grabaciones de los establecimientos por los que yo pensaba que podías haber pasado, no encontré nada hasta que vi la de la cámara de tráfico de la avenida que hay cerca de tu casa. Saliste de un taxi, eran casi las cuatro, hora muy razonable si habías tenido que ir andando gran parte del camino.

Hizo una parada y nos preguntó si podía ir un momento al lavabo. Le indicamos donde estaba. Zoe me miró, entendí su mirada y le pedí paciencia.

A los cinco minutos volvió y siguió hablando:

—Cuando asesinaron al Viti, lo único que tenía para incriminaros era la cinta en la que salía Zoe discutiendo con él, eso no era suficiente, no encontraba la motivación para asesinarlo. Pero cuando cayeron en mis manos las fotos de Lucia lo entendí todo. Seguramente el tío os estaba chantajeando. Entonces pedí que me enviaran todos los movimientos de vuestras cuentas de los diez días anteriores, y aquello me constató que tenía razón. —Dijo señalando un sobre, en el que estaban todas aquellas operaciones de mi cuenta y de la de los padres de Zoe. Siguió hablando:

—Por otra parte, si aquello hubiese sido un ajuste de cuentas, la carnicería habría sido mayor, y desde luego dudo que le hubiesen inmovilizado con una Taser. Por los dardos supe que ese modelo apenas llevaba un mes en el mercado y sólo la traía un distribuidor. Este me debía un favor y consintió en enviarme las facturas de compra de ese modelo, al principio no caí, buscaba vuestros nombres y aquello eran todo hombres, hasta que leí Manuel Sánchez Ramos: tu primo. Eso terminó de convencerme de que habíais sido vosotras. —Dijo parando un momento para beber.

La miramos atónitas, teníamos delante de nuestros ojos las pruebas para meternos a las dos en la cárcel, y a la única persona en el mundo, salvo nosotras, que sabía lo que había pasado.

La inspectora volvió a coger todo lo que había sobre la mesa y lo metió en la caja, la cerró con la tapa en la que ponía “verdades relativas” y se levantó.

—Yo sé lo que habéis hecho, sé que sois culpables de asesinato. Si hubiese tenido todo esto hace unos meses ahora estaríais en la cárcel, tardé

mucho en atar cabos y entender todo lo que había pasado, también tarde mucho en entender lo que me dijiste aquel día, lamentablemente ha tenido que morir una inocente para que abriera los ojos. Os aseguro que no me ha sido fácil tomar esta decisión, pero cuando me enviaste ese mensaje de apoyo en mitad de toda furia desmedida hacia mí, supe que no podría hacerlo. Por eso hoy os entrego todo esto para que hagáis con ello lo que estiméis oportuno. Aquel caso se cerró y yo no voy a ser la que lo abra de nuevo. —Dijo y se marchó, sin dejarnos si quiera acompañarla a la puerta.

Nos quedamos las dos sentadas, frente aquella caja en la que estaban todas esas cosas que nos podían incriminar. De todas las cosas que habíamos imaginado que podía traernos la inspectora, esa desde luego no era una de ellas.

—Tenemos que deshacernos de todo esto lo antes posible. —Dijo Zoe.

Abrí la caja de nuevo, además de todo lo que nos había enseñado la inspectora al fondo de la caja estaban nuestros expedientes, con todos los detalles de la investigación. También un cuaderno donde había un sin fin de anotaciones. Eran años de persecución sin descanso.

—Mañana por la mañana nos iremos al pueblo. Mis padres se han ido a pasar una semana a Benidorm, allí podemos ir a la casita que hay en el campo junto a las viñas, tiene una pequeña chimenea donde podemos quemar todo esto, la mayoría es papel y si lo hacemos aquí en casa se va a montar una humareda tremenda. —Le dije

Habíamos alquilado un coche para irnos a la playa el lunes, nos metimos en la web y cambiamos la fecha de recogida a las diez de la mañana del sábado.

## **Adrano**

Cogí el manojito de llaves del pueblo, vi que entre ellas estaba la de la casita, me pareció perfecto, las viñas de mis padres estaban un par de kilómetros antes de llegar al pueblo. Dejamos el coche a la sombra de uno de los pocos árboles que había por allí. Ya en la casa preparé la chimenea, cogí un par de troncos pequeños y una parte de los papeles, los rocié con el gel, no tardó mucho en empezar a arder, fuimos echando poco a poco todo el contenido de la caja hasta que no quedó ni un papel sin quemar. Lo último fue la propia caja, la vimos arder en aquel fuego purificador y nos sentimos francamente liberadas.

Cogí el mechero y los dardos y me los guardé en el bolsillo, luego pensaría que hacer con ellos. De pronto se oyó un coche parar cerca de la casa. Salí a ver quien era. Era Paciano un paisano del pueblo, me saludó.

—¡Lucía!, cómo estáis con la chimenea con el calor que hace. —Dijo

—Tenía muchos papeles en Madrid y allí tenemos poco sitio, como eran recibos y esas cosas no quería tirarlos al contenedor. —Le dije

—Di que sí, que luego vete a saber quien los lee. Yo también los quemó que el fuego se lo lleva todo. —Dijo mientras se despedía con la mano.

Nos quedamos en la casa hasta asegurarnos de que todo había quedado reducido a cenizas, recogí todo y nos fuimos al pueblo. Llevábamos ya las maletas para la playa, volver a Madrid era una tontería, además no teníamos donde aparcar el coche de alquiler, así que decidimos pasar allí el fin de semana.

Cuando entramos en la casa del pueblo eran casi las tres de la tarde. Escribí a mis padres para decirles que íbamos a pasar allí un par de días, en seguida me contestó mi madre con la lista de comidas que había a nuestra disposición.

Saqué el mechero del bolsillo, lo limpié bien, no para quitar mis huellas sino las de Carlos y lo eché a la bolsa de mecheros que tenía mi padre para encender la chimenea, me di cuenta de que en la bolsa había uno exactamente igual, aquella promoción también debía haber llegado al estanco del pueblo.

Sólo nos quedaba deshacernos de los dardos. Bajé al patio donde mi padre tenía la mesa de carpintería, los corté en todas las partes que pude, los aplasté y los lijé hasta dejarlos irreconocibles. Me llené el bolsillo con aquellos trozos y los fui tirando parte a parte en distintos sitios a lo largo de los siguientes días.

## **La libertad**

Volvimos a casa después de una relajante semana en la playa. Al entrar en el portal me di cuenta de que el buzón estaba lleno. Lo abrí, cogí las cartas y las metí en el bolso sin mirarlas.

Zoe estaba en el cuarto ocupándose de las maletas, así que yo me dispuse a revisar el correo, la mayoría eran recibos y publicidad. De pronto me llamó la atención una de ellas, venía a mi nombre y estaba escrita a mano. Vi que el matasello era del uno de julio, la giré para ver el remitente era de la inspectora Trujillo. Llamé a Zoe que al oír el tono de mi voz vino en seguida.

—¿Qué pasa Lucía? —Me dijo extrañada.

—Mira. —Le dije mientras le enseñaba la carta aún sin abrir.

Zoe trajo de la cocina un cuchillo y abrió la carta con gran cuidado, dentro del sobre había dos folios, los desplegó y empezó a leerla en alto:

*“Queridas Lucia y Zoe.*

*Cuando recibáis esta carta yo ya me habré ido. Supongo que habréis hecho lo necesario con el regalo que os dejé, si no hacedlo ya.*

*Lucía, tenías razón, la búsqueda de la verdad no me ha traído nada bueno. Lamentablemente he encontrado mi verdad: la de una mujer sola cuyo único apoyo son aquellas a las que tanto persiguió.*

*Mi carrera, que hasta ahora era el objetivo principal de mi vida, está destruida, y nada me garantiza que el error por el que todos me han condenado no se repita.*

*Viendo vuestro amor, y todo lo que habéis sido capaces de hacer la una por la otra, me doy cuenta de que sólo hay una manera de dar valor a mi propia existencia, llevarme vuestra verdad conmigo.*

*Laura Trujillo*

*P.D: Destruid esta carta cuando la leáis. Entregadle a la policía tan sólo la segunda página.”*

Zoe cogió la segunda página y la leyó:

*“Queridas Lucia y Zoe.*

*Gracias por vuestro apoyo. Espero que me perdonéis por los errores que haya podido cometer.*

*No puedo soportar más la presión y he decidido quitarme la vida, pero quiero que sepáis que la única duda en mi decisión la pusisteis vosotras.*

*Adiós”*

Nos quedamos heladas ante la certeza de lo que había pasado. Laura Trujillo lo tenía todo preparado, para que de ninguna manera pudiésemos evitarlo. Nos había dado una última lección de cómo cometer el crimen perfecto. Cogimos la primera carta y la quemamos tal y como nos había pedido ella, metimos en el sobre la segunda y sin cambiarnos siquiera nos fuimos a la comisaría de policía más próxima. De esta manera cumplimos sus últimas voluntades.

En la comisaría, no había nadie esperando, pronto salió un policía a buscarnos.

—Hemos encontrado esta carta en el buzón al volver de las vacaciones y nos tememos lo peor. —Le dije al agente entregándole la carta.

La leyó atentamente y al terminar se levantó y dirigiéndose a otro agente le dijo:

—Tenemos un 10-55, avisa al teniente.

Pronto, una pareja de policías salió del despacho y nos pidió que les acompañáramos al domicilio de la inspectora. En menos de media hora estábamos allí junto a un gran despliegue de medios, varios coches de policía, los bomberos, incluso una ambulancia.

Nos indicaron que esperásemos fuera mientras los bomberos reventaban la cerradura y todos entraban en la casa.

No tardó demasiado en salir un policía, hablaba por radio solicitando un juez para realizar el levantamiento del cadáver, se dirigió hacia donde estábamos nosotras con cara muy seria y nos dijo:

—Está muerta.

Zoe se abrazó a mí y lloró, acababa de ser consciente de que Laura Trujillo, aquella mujer que con tanto empeño nos había perseguido, que aquella mujer que había reunido todas las pruebas que podían haber destrozado nuestras vidas, con aquel triste acto acababa de llevarse consigo lo único que podía arrebatarnos la libertad, ella misma.

## **La vida sigue**

Habían pasado dos meses desde que volvimos de vacaciones.

Zoe me había propuesto salir a dar un paseo por Madrid y tomar después un aperitivo con los chicos. Me pareció un gran plan para aquella soleada mañana.

Nada más salir de casa me dio la sensación de que nos seguían, miré hacia atrás en varias ocasiones, pero no vi nada, a veces no podía evitar que las sombras reapareciesen en mi mente.

Caminamos hasta la Plaza de Oriente, se respiraba un ambiente festivo. Nos sentamos a escuchar a un cuarteto de cuerda que interpretaba La Primavera de Vivaldi con gran delicadeza. Zoe se acurrucó en mis brazos y la besé, aprovechando todo el romanticismo que flotaba en el ambiente. Ajenas al paso de turistas y transeúntes, disfrutamos de la música que tan bien representaba nuestro amor, “allegro”, “andante”, cada movimiento nos devolvía emociones e imágenes de besos y caricias, de juegos entre las sábanas y pasiones desmedidas, de su deseo y del mío, cómplices inseparables y amantes divinas.

Nos habíamos dejado llevar por el momento, cuando el reloj, siempre frío e incomprensivo nos devolvió a la realidad. Si no queríamos llegar tarde tendríamos que darnos prisa.

A pesar de la premura, no nos apetecía coger el metro, así que le propuse a Zoe atajar por las calles que hay detrás del Senado, siempre me llamaba la atención la diferencia entre lo señorial de la parte de Bailén que daba al Palacio Real y aquellas lúgubres y lóbregas calles, atractivas por su mundanidad a pesar de estar tan cerca de la realeza.

Nada más girar por la calle del Río, frente a nosotras, parado en mitad de la calle había un tipo de aspecto siniestro. Sentimos el impulso de darnos la vuelta, pero no lo hicimos.

Cuando pasábamos a su altura el tipo cogió a Zoe del brazo. Yo le agarré con fuerza la muñeca obligándole a soltarla.

—¡Tranquila fiera! ¡Que sólo quiero hablar con vosotras! —Me dijo mirándome con chulería.

—Soy amigo del Viti. Me envió unas fotos tuyas muy interesantes. —Dijo mientras golpeaba con su dedo mi esternón de manera intimidatoria.

—No sé de qué hablas. —Le dije sin querer mirar a Zoe.

—Sí, si lo sabes guapa. Creí que las había perdido, pero eso de la nube es una maravilla, ¿no creéis? —Dijo riéndose desproporcionadamente.

—Quiero pasta o se os pueden complicar mucho las cosas. —Afirmó. — Está bien, pero este no es el lugar para hablar de ello. Danos tu teléfono y te llamaremos en un par de días, a ver cuánto podemos reunir. —Dijo Zoe.

Saqué un bolígrafo y un papel y apunté el teléfono que nos dio.

—Dos días, no espero más. —Dijo mientras recorría su cuello con el pulgar.

Se fue por donde había venido y entonces, tras guardar el papel en el bolsillo, levanté la mirada y lo que encontré ya lo conocía. Esos grandes y preciosos ojos verdes, capaces de albergar el más bello de los sentimientos y la mayor de las iras.

Lo que me dijeron aquel día, mejor no lo queráis saber.

Nota de Prensa:

Agencia EPE: Madrid, martes 12 de octubre.

La policía, alertada por Luis G.H y Ramón M.L, senderistas que paseaban por la Reserva Natural de La Pedriza, encontró esta mañana muerto a Iván Heredia Ramos, alias Iván “el terrible”, que había salido recientemente de la cárcel tras cumplir condena por tráfico de drogas. Por el brutal asesinato, le realizaron la llamada “corbata colombiana”, la policía sospecha que se trata de un ajuste de cuentas.

## Sobre la autora

María Las Heras nació en Madrid en Junio de 1970. Con orígenes aragoneses, andaluces y castellano manchegos, se declara “Castellana”. Sus principales influencias intelectuales proceden de su padre, Javier, quien vivió los límites de la locura y del amor y con quien compartió grandes momentos literarios y de su madre, Mercedes, quien promovió siempre su espíritu crítico y le proporcionó las herramientas para desarrollar su intelectualidad aportándole un alto nivel de conocimiento cultural y literario y transmitiéndole su amor por las letras.

Incluso con sus influencias en el mundo cultural y de las letras, se formó en Ciencias Físicas. No obstante, y a pesar de su mente científica y su curiosidad sin fin, nunca abandonó su gran deseo de escribir y transmitir con ello una faceta poco conocida, incluso por sus seres más cercanos, su gran emocionalidad y capacidad de percibir la belleza, de empaparse de los colores y aromas de un amanecer, de llenarse de un instante y de jugarse todo al “caballo ganador”.

Cuando entrevisté a la autora me pidió hablar de lo que amaba. Hay historias de ficción que son realidad, me dijo...